

RECUERDOS DE UNA ENFERMERA

Alejandro Domínguez Araújo



Alejandro Domínguez Araújo

RECUERDOS DE UNA ENFERMERA

Derechos de Propiedad Intelectual e Industrial.

Los contenidos de este libro “**Recuerdos de una enfermera**” se encuentran protegidos por derechos de propiedad intelectual e industrial.

Con el número de asiento registral **03/2009/736** y número de solicitud **SC-163-09** esta obra se haya registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Únicamente se podrá descargar material contenido en las páginas, blog o canales oficiales de © **NUEVAS TENTATIVAS** y siempre para uso personal y no comercial, siempre que se respeten todos los derechos de autor, de marcas y otros derechos de propiedad.

La titularidad de los derechos de propiedad intelectual sobre la propia página Web, sus contenidos, su diseño gráfico, el código fuente en lenguaje HTML y los códigos JavaScript corresponde, salvo indicación en contrario, a © **NUEVAS TENTATIVAS**; por lo que cualquier utilización no autorizada de los mismos, mediante su reproducción, distribución, comercialización o transformación para fines distintos del uso personal y privado, supone una vulneración de tales derechos.

Asimismo, el usuario reconoce que las marcas, nombres comerciales o signos distintivos contenidos en el presente libro son titularidad, salvo indicación en contrario, de © **NUEVAS TENTATIVAS**, sin que pueda entenderse que el uso o acceso al Portal Oficial de Nuevas tentativas y/o a los servicios atribuya al usuario derecho alguno sobre las citadas marcas, nombres comerciales o signos distintivos. Toda utilización no autorizada de los mismos implica la contravención de dichos derechos.

NOTA DEL AUTOR

No recomiendo la lectura de Recuerdos de una Enfermera, a menores de 15 años, no hago esta recomendación porque crea que su contenido pueda herir o maleducar a los jóvenes que pudiesen leerla. Hago la recomendación previniendo una inadecuada interpretación del texto.

Creo y estoy convencido que esa hipotética, pero posible mala interpretación, es fruto de la basura televisiva y social a que son sometidos los jóvenes desde niños, así como el ocultamiento de la realidad, revestida de un lenguaje soez y pensamientos que rozan lo patológico, pero socialmente aceptados.

Todo esto se permite como normal, sorprendiéndose los progenitores cuando sus hijos necesitan ayudas psicológicas por sus comportamientos antisociales.

No obstante, debo recordar que la literatura es una frivolidad comparada con la tragedia humana en la vida real. Mi intención es contribuir, por medio de esta frivolidad, a que limpiando un poco las mentes de quienes esto lean, no participen activa ni pasivamente en esas tragedias, sino que contribuyan a su alivio y a ser posible a su exterminio.

Capítulos

1º La máquina.....	6
2º La mujer del moño.....	8
3º La sortija.....	12
4º Lo que desconozco de mí.....	14
5º Terror disimulado.....	16
6º Cosas de niños.....	19
7º Lección de motos.....	21
8º Ruptura con mi pareja.....	24
9º Los perfumes.....	29
10º La sociedad secreta.....	30
11º La derecha o la izquierda.....	32
12º Un paso necesario.....	34
13º Los callos.....	37
14º La banderilla.....	40
15º Actuar a la gallega.....	43
16º De patitas en la calle.....	46
17º Dios los da, ellos se juntan.....	48
18º La comida hecha al revés.....	50
19º Enseñando modales.....	52
20º El reloj.....	54
21º Alcohol y quirófano.....	56
22º Ruedas o chakras.....	58
23º Infidelidades.....	62
24º Madre e hija.....	64
25º Preparadas para ser madres.....	68
26º La bofetada.....	73
27º Un caso de anorexia.....	76
28º Los engaños.....	80
29º Está como un queso.....	85

30º Reflexionando	88
31º El oculto encanto de lo negro	90
32º Los protectores	95
33º La rodilla	98
34º La compañera.....	103
35º Pajaritos	106
36º Un joven donante.....	111
37º Sirenita	116

1º La máquina.

Realicé mis primeras prácticas en la planta de cardiología de un conocido hospital general. Joven y sin experiencia alguna, servía de telonera a las enfermeras, como suele llamarse en el argot musical al grupo de relleno que acompaña a la banda estrella. De ellas aprendía y bajo sus indicaciones llevaba a la realidad los conocimientos teóricos que en las aulas había recibido.

Una de las enfermeras tenía un carácter áspero, rayando en la mala educación las contestaciones que frecuentemente daba a los enfermos y familiares.

Por mi parte no la soportaba, pero yo no era más que una enfermera que lo único que sabía de un enfermo, es que era alguien que se encontraba postrado en una cama por causa de una dolencia.

Ahí finalizaba todo mi conocimiento, precisamente en el lugar en donde tenía su comienzo. De todas maneras, detestaba ese trato y esas respuestas, pero nada podía hacer.

Los pacientes no la tragaban, cuando la veían entrar en las habitaciones apretaban los labios manifestando sus rostros expresión de desagrado.

En una de las ocasiones administrando la medicación, uno de los aparatos que registraban las mediciones del corazón de una enferma, se había parado.

La enfermera al verlo de esa manera comenzó a despotricar culpabilizando indirectamente a la enferma. Intenté calmarla desviando la atención diciendo que las máquinas son máquinas y tienen averías.

No atendía a razones, mis palabras no servían para nada. Después comenzó a decir repetidas veces mientras manipulaba los botones y mandos.

- ¡Pues el aparato no funciona, no funciona! ¡Antes funcionaba y ahora no funciona! ¡Esto no puede ser, la máquina no funciona!

Me fijé en la enferma que comenzó a mover la cabeza lentamente a la vez que su rostro adquiría un color pálido.

Con los años aprendí que los ojos, las miradas, las expresiones y el color del rostro son indicativas señales predecesoras de comportamientos.

Un perro primero lo indica con el ladrido, con sus diferentes gamas e intensidades, si manifiesta agresividad además se le erizan los pelos del lomo, con una mayor agresividad gruñe al tiempo que arruga la piel del hocico enseñando ligeramente los dientes. Con estas actitudes está avisando, pero cuando la piel del hocico se arruga de tal manera mostrando los dientes y los colmillos, es que va a realizar un ataque inminente.

Al rostro de las personas le ocurre algo parecido, si tengo una discusión con alguien y a este alguien se la hincha un poco la cara, o se pone rojo, como suele decirse, rojo de ira, está mostrando su enfado y su cólera.

La razón no es otra que la sangre acude a su cara, pero cuando el rostro pasa de ese color a un color pálido quiere decir que la sangre se traslada a los músculos y entonces al igual que el perro mostrando los colmillos, ese alguien va a pasar a la acción.

Eso fue lo que ocurrió, con un movimiento rápido extendió su brazo agarrando a la enfermera por el pelo, balanceó su cabeza como una muñeca de un lado para otro, mientras le decía.

- ¡Pues yo estoy viva! ¡Yo estoy viva! ¿Me oyes? ¡Estoy viva!

La enfermera chillaba hasta que logró desasirse, o hasta que la mano libró su cabellera. Por mi parte no hice el menor ademán de ayudarla.

Salió escopetada de la habitación con el pelo revuelto de loca, que le iba a su carácter como anillo al dedo de una aspirante a matrimonio.

Salí tras ella, guiñándole un ojo a la paciente al tiempo que, levantando el pulgar de mi mano, le mostraba mis más sinceras felicitaciones.

2º La mujer del moño.

Recién acabados mis estudios de enfermería me fui a Londres, donde trabajé durante tres años en varios hospitales. La decisión de Londres no fue tomada sin haber pensado antes los pros y contra. Por un lado, aprovecharía mi estancia en ese país para practicar y perfeccionar mi inglés, viviría en una de las ciudades más importantes del mundo, conocería la sanidad hospitalaria inglesa y me vendría con algunos ahorros. Pero sobre todas estas consideraciones, lo que acabó convenciéndome, era el trato que dispensaban tanto el personal médico como los pacientes a las enfermeras españolas. Me aseguraban que destacábamos por preparación y conocimientos y que nuestro carácter risueño era muy apreciado.

Pasado ese tiempo volví a mi ciudad, ese mismo año aprobé sin mucho esfuerzo los exámenes en los que se me admitía como enfermera fija de la sanidad pública española.

Puesto de trabajo asegurado de por vida, con una actividad que era de mi agrado, joven y con toda la vida por delante, que más podía pedir.

En esos momentos nada, pero poco después, lo pedía todo sin saber lo que ese todo era. Hay momentos en la vida de las personas que se sienten vacías, con vaciedad anímica, es como si uno sintiese el alma y el cuerpo separados como dos elementos distintos, que viviendo juntos y necesitándose ambos, no vibrasen al unísono. El equivalente es el de un matrimonio en el que el hombre y la mujer no tengan nada en común, sintiéndose como dos extraños, aburridamente extraños y obligados a vivir con esa rutinaria monotonía día tras día. Así comencé a estar yo, pero peor, porque a esto debe añadirse la soledad, la soledad no es estar sola, la soledad es estar sola con una misma, y yo no podía ni eso, porque mi yo se encontraba dividido, siendo incomprendida por otras personas y lo que era peor, sintiéndome incomprendida por mí misma.

Después de las tormentas viene la calma y eso fue lo que con el tiempo sucedió, el tiempo solamente no, el tiempo así considerado es como un mantel sobre una mesa, necesita algo encima, ese algo son los acontecimientos, sensaciones, experiencias, sentimientos, actuaciones e intenciones que en el tiempo suceden.

Con todo eso, el tiempo cobra vida, se humaniza, sin eso, el tiempo es tiempo que podrá ser utilizado para formulaciones en física cuántica, pero sin humanidad y sin vida, al menos aparente.

Que estaba al borde de la depresión, casi seguro, de la desesperación era muy posible, de la enajenación muy probable. Pero quien no haya caminado alguna vez en su vida por la acera que bordea la locura, no dejará nunca de ser una persona vulgar y simple, de mente estrecha y espíritu mezquino.

Llevaba dos años trabajando en un conocido hospital, los últimos meses me destinaron a la planta de cuidados paliativos, como bien se entiende por el enunciado de la planta, paliar no es

curar. Paliar es disminuir, dulcificar, en otras palabras, asistir con medicamentos a una muerte inexorable y cercana o ayudar a bien morir.

El trato con este tipo de personas enfermas, la mayor parte de ellas ancianos, cada una de ellas con enfermedades distintas y con personas jóvenes cada vez con más frecuencia, aquejadas sobre todo de cánceres fue una de los primeros peldaños que me condujeron a la unión de mi yo dividido, y que me hicieron comenzar a tener conciencia de mí y de lo que me rodeaba.

Es hermoso comprobar como el cuerpo va cumpliendo su ciclo, agotando sus fases; como hermoso es comprobar como el espíritu evoluciona hasta límites insospechados y como al final se estanca por el entorpecimiento de su principal instrumento.

Casi enfrente al control de recepción de enfermería, se encontraba la habitación cuatrocientos veintiséis.

Algunas noches oía hablar a alguna enferma que se encontraba sin atenciones de los familiares, hecho este mucho más frecuente de lo que puede pensarse. Imaginaba que hablaría una paciente con la compañera de al lado.

Una de las veces que entré en la habitación cuatrocientos veintiséis, con la medicación pertinente, caí en la cuenta que las voces que antes había oído no podían provenir de la otra paciente puesto que se encontraba totalmente sedada. La señora que estaba despierta y prácticamente sin visita alguna de día ni de noche me recibió con una sonrisa. Tengo por costumbre dirigirme siempre a los enfermos con tono cordial, alegre y familiar a veces hace más una palabra amable o una sencilla caricia que el más avanzado de los medicamentos.

Eso hice y además comenté –Así está de contenta, tiene visita.

-Y muy agradable por cierto, la señora de pelo blanco que recoge su pelo con un bonito moño es encantadora.

-Debe serlo porque las oí cuchichear bastante tiempo.

-Me dijo que volvería a visitarme.

-Por qué no habría de volver.

-Volverá, ella dijo que vendría, son tan tranquilizadoras sus palabras, su presencia da una paz que inunda el alma.

Era el momento de la medicación en planta, esa misma tarde a última hora hubo varias nuevas enfermas ingresadas y el trabajo se acumulaba en cortos periodos de tiempo. Salí de la habitación sonriendo e impresionada por las palabras que acababa de escuchar.

Me olvidé señalar que yo había escogido voluntariamente el turno de noche, la razón no era otra que el muchacho con el que salía en aquel momento también tenía un trabajo nocturno.

Días más tarde escuché de nuevo hablar en la habitación, me encaminé por curiosidad, lo reconozco, a la 426.

Las voces cada vez eran más claras, un timbre suena y la luz roja de una de las habitaciones se enciende al fondo del pasillo, sigo caminado para ver qué ocurre.

Podría dejarlo para que lo hiciese una compañera auxiliar, pero ya que estaba en el pasillo, preferí hacerlo yo misma. Cuando volví y entré en la 426, las voces habían cesado.

- ¿Hubo visita también hoy? Pregunté.

- Sí, y agradable por partida doble.

- ¿Porqué por partida doble?

-Una por la visita en sí que la agradezco, otra porque me dijo que no me preocupase, esta semana me darían el alta hospitalaria, que todavía no llegara mi hora.

El médico no podía ser porque a esas horas, salvo que sean llamadas de urgencia no aparecen por la planta.

- ¿Quién le ha dicho esa buena noticia? Pregunté con muestras de alegría, sabiendo que esta mujer no pasaría de los diez días de vida.

-La señora que tiene el pelo blanco recogido en un bonito moño.

- ¿Dónde está, se fue ya?

-No os habéis cruzado, tendríais que haberos visto en el pasillo. Es imposible, añadió, que no te hayas fijado en ella, tiene algo especial.

Esa misma semana, la paciente fue dada de alta. Seguía con su enfermedad, pero todas las pruebas efectuadas en esos días dieron resultados aceptables y su salud había mejorado inexplicablemente.

Unos meses más tarde volvió a suceder una situación similar con otra paciente, con la diferencia de que me hizo este comentario cogiéndome de la mano –mañana me moriré antes del mediodía.

Para tranquilizarla le respondí: - Nuestra hora está escrita en el cielo, y esa escritura nadie la conoce.

- Yo sí, me lo ha dicho la mujer de pelo blanco recogido en un moño.

Fui siempre escéptica y muy materialista, no en el sentido económico, sino que para mí la materia era concentración de energía, pero que materia y energía era solo materia. Quiero decir que si hay personas que se inclinan por la psicología y el psicoanálisis, yo era de las que me inclinaba por la traumatología y las operaciones. Es decir, materia, materia tangible.

La noche siguiente al entrar en mi turno, me comunicaron el fallecimiento de la enferma de la habitación 426.

Un mes más tarde aproximadamente, estuve sin asistir al trabajo casi una semana debido a una torcedura de un pie, torcedura producida en una caída tonta, como suele decirse, como si hubiese caídas listas.

Cuando me incorporé de nuevo al hospital, la compañera que ocupó mi lugar durante ese tiempo me hizo el siguiente comentario –la paciente de la 426, me tuvo toda la noche intrigada, llegó incluso a asustarme, la oía hablar, entraba y se encontraba sola. Lo curioso era que yo escuchaba dos voces distintas. Ella me aseguraba que hablaba con una mujer de pelo blanco que lo llevaba recogido en un bonito moño.

3º La sortija

Recuerdo que había sido un verano especialmente caluroso, se encontraba ingresado en la planta de paliativos un paciente que por su aspecto nadie diría que una grave enfermedad consumía su cuerpo.

Había rechazado todo tipo de tratamiento de radioterapia y quimioterapia, muy de moda entonces y del que se abusaba hasta agotar al enfermo, conduciéndolo al borde de la muerte, no sabiéndose la mayoría de las veces quien aceleraba más su llegada si el tratamiento o la enfermedad misma.

A pesar de su dolencia y del tratamiento con potentes calmantes, mantenía la lucidez y buen humor, cosas ambas muy poco frecuentes, por no decir inexistentes en estos enfermos. Su conversación era inteligente y yo joven como era aprendía de él, siempre que podía y con cualquier pretexto entraba en la habitación para escucharlo, como apenas recibía visitas notaba en su rostro que mi presencia le era grata.

Ese verano su aspecto se deterioró visiblemente, así como sus fuerzas, todo ocurrió en un corto plazo de tiempo que no excedería mucho de un mes.

Poco antes de su muerte me comentó –He cumplido los setenta y cinco años, he vivido con la intensidad que he sabido y agotado las fases de mi vida hasta el último sorbo, la vida ha sido tan generosa conmigo que no puedo más que estarle agradecido, la enfermedad es algo natural y consustancial que va unida a la naturaleza animal del hombre. Morirse de una enfermedad o de otra es lo que menos importa, lo que ya tiene otra importancia es morirse en las fases tempranas, pero lo que tiene verdadera importancia es cuando te quitan la vida por la fuerza o cuando de impiden vivir, robándote la vida sin darte cuenta. Me refiero con esto último, a los muertos vivientes que han sido casi todas las personas a las que he tratado, puedo asegurarte que a muy pocas personas he encontrado con vida, realmente con vida y viviendo.

Me gustaría abandonar este cuerpo antes de que mi aspecto físico se deteriore más de lo que ya lo está. Pero como sabes, la moral y las leyes que esta moral hace como extensión suya, impiden que se me pueda facilitar una cantidad más de la morfina que habitualmente se me suministra. En fin, la piedad que se tiene con los animales, se les niega a los humanos, y todo, porque la vida es de Dios según algunos, o porque la vida pertenece al estado y es el estado quien decide en última instancia que hacer con ella.

Si yo en una reyerta en la calle doy muerte a un semejante, automáticamente me convierto en una asesina y el estado secuestra mi vida en una cárcel, o me condenan a una pena capital como eufemísticamente la llaman, y todo ello no con la intención de regenerarme, sino con la intención de castigarme con ánimo de venganza.

Si yo lo hago, cometo asesinato, si lo hacen ellos ajustician.

Pero si el estado me envía a una guerra, vaya yo a ella por voluntad u obligado como soldado, y en esta guerra yo doy muerte a mil semejantes, automáticamente me convierto en un héroe y recibo condecoraciones como tal.

Fatigado por sus palabras y con esfuerzo, me indicó que en el pequeño armario buscara entre los bolsillos de su chaqueta, mis dedos encontraron una pequeña cajita que le entregué. La abrió, observó cómo ensimismado una bonita sortija que esta contenía.

- Perteneció a una mujer hermosa a la que amé hasta donde es capaz de amar un hombre. La mandé hacer a propósito engarzando en ella un buen brillante.

Cuando esta mujer falleció que fue hace tres años, me la devolvió diciéndome, que la sortija había cumplido su cometido y que la regalase a quien creyera conveniente.

Así que he decidido regalártela a ti, deseándote con ella que encuentres a un hombre que te ame como yo he amado a su anterior propietaria, o todavía mejor, deseándote que encuentres a un hombre al que ames hasta el límite que una mujer sea capaz.

Es bueno que la dejes sumergida durante un día completo en un vaso con agua salada, con esto la limpiarás de energías extrañas, igualmente debes hacerlo con tus propias joyas una o dos veces al año.

- No puedo aceptarlo, dije moviendo la cabeza y turbada, es de mucho valor.

- Y yo no acepto esa actitud infantil de una mujer inteligente. Para disipar todo tipo de malos entendidos toma este papel escrito, con él cerrarás la boca de quien se haya atrevido a abrirla. No obstante, llama a una de tus compañeras, mejor si es hombre, tocante a ciertos temas el hombre suele ser más noble que la mujer, delante de él repetiré que el obsequio es en agradecimiento por los cuidados que de ti he tenido.

Por favor llama a uno de tus compañeros, siento que una gran fatiga invade mi cuerpo y necesito descansar.

Esa misma noche falleció. Falleció sólo y abandonado. No, falleció acompañado de sus recuerdos, y sin miedo alguno como sin miedos había vivido, su rostro estaba tranquilo y relajado, sin el aspecto grotesco que con frecuencia adoptan los rostros de los ancianos con la muerte.

Quién sabe si no estaba acompañado por la mujer a la que tanto había amado.

4º Lo que desconozco de mi

Hago referencia a la etapa en que me encontraba en la planta de paliativos, porque marcó mi vida en múltiples aspectos, aspectos todos ellos enriquecedores que contribuyeron a formarme como mujer.

En la vida de la persona, todos sus actos deben contribuir a su aprendizaje, toda experiencia debe ser reflexionada e incorporada a su bagaje vital como acervo de su espíritu, sin pararse en calificar estas experiencias en buenas o malas. Las experiencias son experiencias y nada más, el calificarlas es valorarlas con un esquema previo, esquema que obedece a menudo a criterios morales de ámbito local. Esto que parece tan sencillo me ha sido muy difícil de entender y todavía más difícil de interiorizar, puedo decir que fue labor de años de trabajo interno.

Recuerdo una enferma terminal de edad avanzada, por mi carácter risueño solía entrar en las habitaciones con alguna gracia o algún chisme de la calle unas veces real y otras inventados, contribuía a ello que mi abuela de edad avanzada también y a la que me encontraba muy unida, había fallecido ese mismo año. A ella le contaba pequeños incidentes que me ocurrían, y ella los oía y disfrutaba con sumo gozo, en los que más se regocijaba eran en los que había alguna carga erótica, sexual o amorosa que todo empieza en lo mismo y acaba en lo mismo. La mayor parte de las veces me las inventaba, ella lo sabía, estoy segura, pero hacía como si no se diese cuenta y nos reíamos, contando ella a su vez, alguna de sus aventuras.

Debo reconocer que me atraía el trato con las personas mayores, algunas de ellas tenían mal carácter pero un poco de amabilidad, un poco de amor en el trato y ese mal carácter se convertía en amabilidad y dulzura, creo que se actúa así, más por miedo e inseguridades acumuladas que por el propio carácter en sí mismo.

Esta mujer cierto día me dijo –Da gusto verte trabajar, hija mía, siempre vienes tan alegre.

- La procesión va por dentro. Respondí, por decir algo.

- El exterior de las personas es una manifestación de su interior. Nadie puede mantener durante demasiado tiempo una alegría fingida. En esto estarás de acuerdo conmigo. Además, te encuentras rodeada de tanto dolor y, sobre todo, de tanto miedo, porque todos nosotros que aquí nos encontramos estamos aterrados, la edad y la enfermedad, nos asusta y no nos permite prepararnos para la muerte. Sabemos que está a nuestro lado y nos negamos a verla, sabemos que ha llegado la hora de abandonar este mundo y no queremos reconocerlo.

No puedes imaginarte el bien que nos haces, eres encantadora.

- Muchas gracias, el encanto es el que usted tiene.

- Tú sí que tienes encanto, alegría y una gran virtud.

- Sí, ¿Cuál es?

- Que no temes a la enfermedad, por eso nos tocas y nos acaricias y nos hablas cerca, sin miedo alguno, esa es una gran virtud, pero todavía tienes otra que es mayor, en ella radica tu fuerza.

Intrigada pregunté - ¿Cuál es?

- Podría decírtela, pero de nada serviría, eso debes descubrirlo por ti misma, una vez que lo descubras debes cultivarla, desarrollarla y hacerla crecer hasta el infinito.

La besé en la mejilla diciéndole –Qué cosas tiene, qué cosas tiene y que palabras más bonitas me dice.

- Qué cosas tienes tú hija, que cosas grandes y bonitas tienes.

Pocos días más tarde falleció.

5º Terror disimulado

Llevaba casi una semana internado en la planta de paliativos, hablaba lo indispensable, como paciente era muy colaborador, aunque su enfermedad estaba en fase Terminal, pasaba la mayor parte del tiempo leyendo. Me fijé en los libros que estaban sobre su mesilla, no eran novelas ni libros de fácil lectura como correspondería a un enfermo, sus lecturas eran de filosofía, Lucrecio, Plotino, Shopenhauer, Krisnamurthi.

Cuando entraba en la habitación, tanto si era para medicar a su compañero o a él mismo, abandonaba su lectura y observaba atentamente cada uno de mis movimientos. Si era a él a quien atendía respetuosamente me daba las gracias, cuando salía reanudaba su lectura.

Pocas veces lo escuché quejarse, cuando trataba de entablar alguna pequeña conversación, él la rehuía con hábil delicadeza.

Comenté el caso con mis compañeros y con las auxiliares de planta, respondiéndome que era un hombre muy amable, si puede llamarse hombre a personas cuya enfermedad los tiene al borde de la muerte. En una cosa estaban todas de acuerdo, les parecía un hombre muy extraño y que las intimidaba la serenidad de su rostro así como la austeridad de sus modales.

No entraban incómodas en la habitación, pero su comportamiento y su trabajo lo hacían ante su presencia más solemne, más cuidadoso. El las observaba con sus ojos de mirada profunda, parecía que les llegaba a lo más profundo de su interior desnudando sus almas.

Ellas así lo percibían y yo no era una excepción. A pesar de todo no nos era molesto, curiosamente nos proporcionaba confianza, una especie de paternal confianza.

Cierto día, después de realizarle un control analítico hizo el siguiente comentario.

- Hasta ahora he podido levantarme para ir al baño, pero de aquí en adelante, tendrán que ponerme pañal y asearme en la cama. Es el último peldaño que se desciende en la pérdida de la dignidad.

- No exagere. Respondí, por otra parte, para eso estamos aquí, para ayudarle en todas estas cosas.

- No exagero, es lo evidente, cuando un hombre depende de otra persona y ya no puede realizar por sí mismo su aseo básico.

Cuando tiene que realizar sus necesidades primarias, los pañales suponen para él una humillación, la pérdida de su dignidad. Entenderlo de otra manera, es entenderlo mal o no entenderlo en absoluto. Usted como enfermera debería saberlo.

- No comparto su opinión. Dije.

- No digo que comparta mi opinión, nos separan años de vida y de experiencias. Solo digo lo que supone para un hombre este hecho. Si usted no lo comprende, comprenderá muy pocas cosas de la vida y lo que es peor, muy pocas de su vida misma.

Lacónicamente añadió –no tiene por qué estar de acuerdo usted con mis palabras. El entenderlas y el comprender el sentimiento ajeno es otra cosa. Yo no comparto sus opiniones, sin embargo, la comprendo.

Su deterioro físico fue galopante, a los pocos días la sedación se hizo más elevada con el fin de calmarle el sufrimiento que los intensos dolores le producían, con todo, mantenía la consciencia.

Una de las veces que fui a ponerle su mediación, me habló.

- No pasará de esta noche, es más, no creo que pase de unas horas. ¿Ha visto usted morir a alguien? Preguntó.

- No, respondí. Estupefacta.

- Sería una gran lección para usted y le vendría muy bien, perdería ese miedo infantil que le tiene a la muerte.

Ha de saber que cuando ella está, nosotros no estamos, y cuando nosotros estamos, ella no está.

- Eso es evidente. Dije haciéndome la interesante.

- Esta frase es de Sócrates, del Sócrates de Platón, porque hay más Sócrates según sea el discípulo que de él haya escrito. Y puedo asegurarle que si lógicamente es evidente como usted bien dice, no lo es realmente.

- Como es eso posible, no entiendo.

- La muerte está en esta habitación, al lado de mi cama desde ayer, usted no puede verla, yo tampoco hasta hace poco tiempo. Pero sí sentía su presencia, eso sí puede usted hacerlo con un poco de esfuerzo que haga.

Aquí realizó una pausa, le acerqué un poco de agua que bebió.

- Gracias. No obstante, continúo, si usted observa mi rostro, observa como el espíritu abandona este cuerpo, cansado, deteriorado por la enfermedad, si lo observa sin perjuicio y sin prejuicio, si lo observa sin más, aprenderá mucho. No sobre mí sino sobre usted misma. Es usted muy joven, necesita aprender esta lección.

Cerró los ojos y no volvió a abrirlos, avisé a mi compañera que me sustituyese, realizando ella el doble del cometido, su trabajo y el mío, y me quedé sentada a su lado observándolo como me había dicho.

Pasé más de dos horas sin moverme de su lado, tenía terror a la muerte, desde niña le tenía un terror que rondaba el pánico, sin saber que era, no en qué consistía. Él lo sabía, lo había descubierto en mí.

Poco a poco mi cuerpo se fue relajando, mi mente también fue familiarizándose con su presencia y casi sin darme cuenta apoyé mi mano en una de las suyas. En ese instante, un profundo suspiro salió de sus labios y supe que acababa de fallecer seguí con mi mano sobre la suya observando su rostro y su cuerpo y empecé a ver en la penumbra de la habitación como algo blanquecino comenzaba a desprenderse de su cuerpo, una especie de pequeña nube blanquecina que se paró a un metro aproximadamente de su cuerpo para irse desvaneciendo lentamente.

Cuando salí de la habitación, preguntaron que me había ocurrido, que tenía los ojos brillantes el rostro luminoso y que me encontraba hermosa, hermosa como nunca me habían visto.

La verdad es que había dejado de tener miedo, no tenía conciencia de lo que eso significaba, y ese sentimiento me acompañó durante el resto de mi vida.

6º Cosas de niños

A lo largo de mi ejercicio profesional como enfermera roté por varios hospitales de diferentes ciudades.

Realicé estudios y cursos de diferentes especialidades de enfermería, podría decirse de mí que fui una enfermera con excelente y completa formación, abarcaba desde la gerontología a la pediatría, pasando por la de quirófano y comadrona. Ejercí estos conocimientos en todos los destinos diferentes y en todos ellos obtuve grandes satisfacciones personales.

Me encontraba trabajando en una planta de pediatría.

Los niños han sido los mejores pacientes que he tenido jamás, dóciles, colaboradores y agradecidos, no siéndolo así, con frecuencia, sus padres y familiares.

A menudo los padres abandonaban a los niños enfermos en sus camas al único cuidado del personal hospitalario. Esto me causaba una pena atroz, me rompía literalmente el alma. Otras veces los acompañaban y era preferible muchos de ellos que no lo hiciesen y dejaran a los niños tranquilos, sin regañarles.

Madres histéricas, madres sometidas a tratamientos nerviosos, abuelas que desconocían lo que era la ternura y padres que por allí no aparecían y cuando esto sucedía eran auténticos brutos, enfadándose con el niño porque no se recuperaba, reprochándosele que por su culpa tenían que variar la rutina de sus hábitos.

Recuerdo a un niño de nueve años, padecía una grave enfermedad, una leucemia sin curación posible se había instalado en su cuerpo. Este niño era especialmente inteligente, alegre y risueño, por momentos su rostro adquiría una seriedad que sobrecogía.

Sus padres, no se separaban de él ni de día ni de noche, ni un solo momento se alejaban de su cama, no he visto abnegación ni entrega de tal magnitud en mis cuarenta y cinco años de trabajo en hospitales.

Sus padres habían recorrido los mejores médicos buscando a la desesperada una solución, la negativa era la respuesta obtenida. Solamente el tratamiento oncológico como posibilidad remota y sin esperar resultado esperanzador alguno era lo que se les ofrecía. Muy sensatamente, ante este dilema decidieron no someter a su niño a semejante suplicio, prefiriendo ver como se agotaba su energía vital lentamente a como se la extraía brutalmente.

A decir verdad, nos tenía a todo el personal de planta encandilados, él era consciente de su situación y la sobrellevaba con una entereza que nos asombraba. A veces cuando veía a sus padres excesivamente tristes, era él quien los animaba con una de esas salidas que solamente los niños tienen, arrancando de ellos sonrisas y acababan riéndose juntos.

El niño empeoró, muy poco tiempo le quedaba ya en este mundo, aunque su muerte era esperada, sus padres la sufrían como si fuese una noticia de última hora.

El niño notaba su desolación, en ese momento yo me encontraba con ellos, de repente el niño les dijo, -no debéis ponerlos tristes por mí. Aquí está mi abuela, mi abuelo y un señor que no conozco que está con ellos, me acarician y me hablan. Yo sé que no les veis, pero están aquí, siempre están aquí como lo estáis vosotros.

No dábamos crédito a lo que oíamos.

- Dices que están aquí.

- Sí, están aquí, conmigo, me dicen que no tenga miedo que ellos me ayudaran, me dicen que no debéis preocuparos por mí, que todo ha salido como había sido preparado, me dijeron que os diga que mi paso en este mundo está cumplido, a él sólo vine por este corto período de tiempo.

Su padre salió de la habitación para poder desatar abiertamente sus emociones.

- Aquí no hago nada, quiero irme a mi casa, estar en mi habitación con vosotros y con mis cosas. De morirme quiero hacerlo en mi casa.

Esa misma tarde abandonaron el hospital y esa misma noche falleció.

7º Lección de motos

Me encontraba destinada en la planta de traumatología, una conocida me telefoneó pidiéndome que atendiera a un buen amigo suyo, ese mismo día me visitó en el hospital. El hombre estaba desesperado, su hija a la que amaba más que su propia vida, acababa de cumplir los dieciocho años y con sus ahorros deseaba comprarse una potente moto. Como padre, temía un fatal accidente que pudiese acabar en una desgracia. Todos los razonamientos, impedimentos, inclusive las amenazas no habían dado resultado, se le ocurrió la idea de mostrarle a motoristas accidentados, tal vez con ese impacto visual recapacitase y desistiese de esa idea.

- Si logra usted convencerla, me dijo, me habría hecho usted un gran favor del que le estaría muy agradecido.

Por otra parte, estoy tan preocupado que por las noches despierto con el cuerpo empapado en sudor no pudiendo conciliar el sueño.

Comenzaba el verano y el buen tiempo, estación en que los conductores de motos salen más frecuentemente a las carreteras y por tanto la época en las que más accidentes hay de ellos.

- En estos momentos no hay ningún ingresado de estas características, expliqué, dejemos pasar un tiempo, que por desgracia no faltarán jóvenes ingresados de todas las edades con fracturas múltiples y aún en condiciones peores. Yo le llamaré cuando esto suceda.

Un par de semanas fueron suficientes para que acertase con mi pronóstico. Una tarde aparecieron en el hospital el padre y su hija.

Venía un poco contrariada y estaba algo nerviosa, no se imaginaba de que se trataba. Rogué a su padre que me dejase sola con ella, le puse una bata blanca indicándole que me siguiese, la fui llevando de habitación en habitación así hasta completar el número de cinco. En cada una de ellas le mostraba a jóvenes vendados, escayolados y entubados por todos los agujeros de su cuerpo, con las caras deformadas y amoratadas unos y a otros ni eso se les podía ver.

Accidente de moto y le explicaba los huesos rotos de su cuerpo, que órganos estaban dañados, las operaciones a que se habían sometido y las que probablemente les quedarían por hacer sin contar las secuelas de las que permanentemente quedarían aquejados.

Su rostro se puso pálido como la nieve, en un momento creí que iba a desmayarse, pero comprobando que aguantaba tampoco quise ofenderla preguntándole si se encontraba mal.

El último era un muchacho muy joven, pocos más años tenía que ella.

- Lesión medular por accidente de moto. Quedará en silla de ruedas toda su vida. Amó las ruedas y las ruedas le serán fieles, le acompañarán hasta su muerte. Dije antes de entrar con ella en la habitación.

La presenté como una colega, después le pregunté.

- ¿Volverás a comprarte una moto cuando abandones el hospital?

- Me compraré un tanque de guerra con blindaje de última generación, contestó mal hablando y a golpes.

El rostro de la muchacha estaba lívido, no decía ni una sola palabra, hasta ese momento había estado apartada y protegida de toda desgracia, ahora la tenía cerca de sí y podía palparla en toda su crudeza.

La conduje a una salita del personal interno, allí le expliqué por qué habíamos hecho esas visitas, disculpándome por si mi comportamiento había sido brutal y que esa parte oculta en la que nunca se piensa es como la acababan de ver sus propios ojos.

- Por otra parte, añadí, a los diecisiete años te sientes constreñida por la familia, atada por tus padres física y sobre todo mentalmente. Esta atadura tiene y no sin razón, cargas y contenidos sexuales que tu deseas romper siendo la única manera que se te ocurre para liberarte de ellas, la huida.

La moto es un perfecto aparato de huida, fácil de manejar, individual, sin lastre, rápido, veloz y además viril, ya que te lo pones entre los muslos como un gran falo masculino.

Sobre la moto a toda velocidad, te alejas de la prohibición y de la moral familiar, conquistas la libertad ansiada y ya nada tienes que envidiar a los chicos que pueden, según tú piensas, realizar lo que tú no puedes.

En fin, con la moto superas la condición de chica oprimida convirtiéndote en un muchacho independiente, libre y rebelde a los James Dean, a lo Marlon Brando o a lo Easy Reader.

La libertad sea familiar, sea social, sea interna no se logra con huidas, se logra con enfrentamientos, enfrentamientos muy duros y el enfrentamiento más duro de todos es el enfrentamiento con uno mismo.

Hay una frase que cuando tenía tu edad repetíamos, era del Che Guevara, un revolucionario, "La libertad no se mendiga, se conquista".

La moto, debes reconocerlo, representa para ti un engaño, una ilusión, una evasión, después será otra cosa y más tarde otra y así sucesivamente, tu vida se convertirá en una eterna y constante huida, por no enfrentarte contigo misma y con quien o con lo que te impida desarrollarte.

El porqué de todo esto, es muy sencillo, porque yo también he tenido tu edad y también he pensado en la moto, pero desde que tuve conciencia de su significado, he desterrado de mi vida motos, coches, aviones, barcos, viajes, casas y todo aquello que pueda resultar una engañosa evasión que me aleje de esta espléndida, maravillosa y sencilla realidad, que nada tiene que ver con la realidad de la televisión, del cine, del ordenador y del consumo virtual.

Solo me queda añadirte, si me necesitas aquí estoy para lo que pueda ayudarte.

La conduje junto a su padre y me despedí de ambos. Un mes más tarde recibía una invitación para un fin de semana en un lujoso hotel balneario, con una nota de agradecimiento.

8º Ruptura con mi pareja

Había ingresado un joven de veintidós años, una desafortunada caída de bicicleta cuando era niño le había seccionado las vértebras del cuello produciéndole una tetraplejia. Su cuerpo se encontraba inmovilizado e imposibilitado de todo movimiento corporal. Su familia era atenta con él, pero con esa frialdad amorosa que caracteriza a las familias de elevada posición económica. Es decir, la tacañería por un lado y el dispendio en lo tocante a la apariencia como correspondía a su estatus social. Se caracterizaban, según pude observar, por tener un profundo sentido religioso y una moral cercana al fanatismo.

En este tipo de familias la base de su educación se apoya, en no hablar de dinero, les parece ordinario y de mal gusto, a pesar de ser el dinero su principal preocupación y la fuente de sus satisfacciones. Otro de sus pilares educativos es el no manifestar y esforzarse en no exteriorizar públicamente sus emociones, esto es considerado por ellos como de mal tono. El sexo es otro de los asuntos que no deben tocarse jamás.

El sexo es considerado un tema tabú, como si no existiese.

Debe añadirse a estos tres pilares, el considerar a todas las demás personas que no pertenecen a su círculo económico, como seres inferiores, casi animales que han nacido en este mundo para su utilización.

Este profundo desprecio que sienten por sus semejantes a los que consideran diferentes porque no han tenido la fortuna de tener dinero, es arropado por un sentimiento especialmente inculcado por la religión que los hace considerarse privilegiados por Dios, y poder ser así su instrumento colaborando con limosnas, participando en asociaciones por ellos mismos fundadas, lavando en ellas sus actos, sus creencias y sus engominadas y pulidas conciencias.

Exteriormente todo es perfecto, corteses en sus maneras, expresiones y gestos cuidados hasta el extremo, hablar afectado y en tono bajo, al menos públicamente.

Interiormente sucede todo lo contrario, la enorme represión en que se han criado, la poca o total ausencia del cuidado y cariño familiar, cariño que se ha dejado en manos de doncellas y criadas. Esta actitud por parte de los padres generalmente desequilibradas y enfermizas desembocan en estupidez malsana y socialmente peligrosas. Muy peligrosas considerando sus posiciones de privilegio en el escalafón social.

Este joven reducido a la quietud y a la inmovilidad física desarrolló su mente de manera extraordinaria al no estar bajo los influjos de los condicionamientos externos de la educación familiar, puesto que permanecía aislado como algo oculto de lo que se avergonzaban, pudo así superarse y superarlos.

Jamás hablaba de estos o de otros temas con su familia, se limitaba a lo intrascendente, a veces con expresiones cargadas de ácida ironía que no llegaban a entender o que consentían por venir de un ser deforme y limitado, que además era de la familia.

Él mismo me lo confesó, como también me confesó que no sentía amor ni aprecio por ningún miembro de su familia cercana o lejana.

- Son todos sin excepción una pandilla de hipócritas, consumados expertos en la práctica de la doble moral.

Hacen una cosa y la intención es la contraria, dicen algo y su pensamiento es lo opuesto. Todo les es válido, son orgullosos y displicentes contigo y al día siguiente si les conviene, ante ti se humillan y se arrastran sin el menor pudor. Solamente quienes han sido educados en el desprecio son capaces de comportamiento semejante. Un sirviente es considerado como un mueble, como algo sin vida activa, pueden ante ellos hablar lo que deseen, que el sirviente callará, si no lo hace, sus palabras no saldrán de su bajo círculo social al que pertenece y si trasciende al de ellos, nada ocurre, porque las familias pudientes entre ellas, por cuenta que les tienen, se protegen y ayudan.

En lugar de aprecio, siento un profundo desprecio por ellos. No odio, eso es otra cosa y ese sentimiento no lo tengo, pero despreciarlos sí, por lo que son y por como son.

- Son palabras muy duras, le dije, no debes olvidar que perteneces a ese mismo reducido círculo.

- Yo no pertenezco a nada, solamente a esta cama de por vida, si vivir puede llamarle un hombre a esto y si a mí mismo puede llamársele hombre.

- Creo que exageras y quitas tus palabras de contexto, además hay resentimiento y envidia. Creo que estás ofuscado por el resentimiento y por la envidia, y ninguna de estas cosas te conducirá a alguna parte.

Al oír mis palabras soltó una carcajada.

- Conducirme a alguna parte, con que me llevasen a dar un corto paseo me daría por satisfecho. Añadiendo.

No me has comprendido bien, no tengo resentimientos, siento desprecio por ellos, por su banalidad y porque son seres estúpidos. Ellos lo tienen por mí, por mis limitaciones físicas, yo lo tengo por ellos, por sus limitaciones psíquicas y espirituales. Me gusta, me atrae, adoro la belleza y en ellos no hay más que fealdad a poco que te fijas o que sepas distinguir una cosa de la otra.

En lo tocante a la envidia, no te la niego, pero no a ellos, me considero infinitamente superior, ellos lo saben y lo notan en mí, y hacia mí manifiestan una especie de atracción y rechazo, de temor y de prepotente seguridad. Pero en el fondo puedo asegurarte que me odian y me temen o me odian porque me temen, que viene a ser lo mismo.

Sabes lo que envidia, envidia a todos vosotros que poseéis lo que yo no poseo y no le dais importancia alguna. Podéis mover vuestros cuerpos con gracia y armonía, podéis desplazaros al baño, comer por vosotros mismos, dar un paseo y sentaros cuando estáis fatigados, entablar relaciones y sobre todo...

En este punto se calló repentinamente.

- ¿Por qué has callado, pregunté, y sobre todo?

Tardó unos instantes, dudando si permanecer en silencio o seguir hablando. Finalmente se decidió.

- Y sobre todo podéis amaros y acariciaros. Dios santo como echo de menos poder a amar a un semejante, acariciar su cuerpo notando la suavidad de su piel, sentir sus labios en los míos.

Muchas rampas que eliminan escaleras para los inválidos, cabinas telefónicas a cincuenta centímetros de altura, barras en los wáteres de algunos establecimientos, camas que apretando botones te suben, te bajan, te elevan, te descienden y te pliegan total o parcialmente, todo menos pensar que eres un ser humano y que como humano tienes tus deseos de amor y de sexo.

Se mordió la lengua unos instantes.

- Mis miembros están inertes, no puedo comer por mí mismo, nada puedo hacer por mí mismo, ni siquiera auto consolarme. Sí, os envidia, pero con la envidia que produce la admiración de querer ser como el más torpe de vosotros.

Pedir que me amen, es un absurdo, pero permitir que pueda amar, aunque sea con remuneración económica como agradecimiento, eso sí puede pedirse y lograrse.

Esta es la mayor de las degradaciones, puedo asegurarte que no hay mayor infelicidad.

- Habla con tus padres de este asunto. Dije un tanto emocionada por sus palabras.

- Con mis padres de este asunto no puede hablarse. Lo intenté más de una vez y me cortaron tajantemente la palabra.

- Hazlo con tu padre, de hombre a hombre, explícale lo que quieres.

- Es miembro inscrito en Roma del opus dei. Creo que con esto queda todo dicho y explicado.

Dos días más tarde su compañero de habitación abandonó el hospital. En aquella época, había demandas de camas hospitalarias, a las pocas horas que un enfermo se iba, regresaba otro ocupando su lugar.

Hoy en día ese aspecto se ha mejorado considerablemente, habiendo hospitales centrales y hospitales especializados, así como aumentado el número de habitaciones y de camas hospitalarias por número de habitantes.

Tenía yo treinta y un años, entré en la habitación cerré la puerta, él y yo estábamos solos, mi corazón latía con fuerza inusitada, comencé a desvestirme hasta quedarme totalmente desnuda me di varias veces la vuelta muy lentamente para que pudiera verme con calma. Después cogí una de sus manos inmóviles y la pasé por mis hombros haciendo recorrer con sus dedos mi cuerpo, hasta finalizar en mi rostro introduciendo sus dedos en mi boca, después acercando mi rostro al suyo juntamos nuestros labios mientras mi mano se dirigió a su sexo.

Cuando volví a vestirme dijo.

- Desconozco como será una diosa, pero debe parecerse a ti.

- ¡Oh! Es lo más bonito que me han dicho.

- Y yo hoy he tenido el momento más hermoso de mi vida.

No podré nunca corresponder a un comportamiento tan generoso, estoy feliz, estoy feliz por mí y estoy entristecido por ti.

- Pues estate feliz únicamente. Además, estás muy bien dotado machote, añadí con picardía.

El rostro se le iluminó, esbozó una amplia sonrisa.

- Si tuviese una edad semejante a la tuya y no fuese un vegetal parlante, serías mi chica, ya lo creo que serías mi chica y mi diosa, ya lo creo.

Volviendo a la realidad que ahora me parece más llevadera, no debo permitir ni puedo permitir que esto vuelva a ocurrir, hacer esto conmigo por piedad es humillante para mí. No puedo permitirme caer tan bajo y admitir tus caricias por compasión, aunque debo reconocer que desearía repetirlo mil veces mil años, y que me estoy enamorando de ti. Perdóname, soy un idiota al hablar así, pero comprendes lo que quiero decir.

- Te comprendo perfectamente. Se me está ocurriendo una idea, con un poco de suerte tal vez pueda ayudarte.

Ese mismo día conté a mi pareja lo que había sucedido, él explotó con una sarta de insultos y reproches, montando una escena de celos sin precedentes y de tal envergadura que jamás hubiese imaginado ni esperado por su parte. Se marchó dando un portazo, regresó tres días más tarde. Cuando lo hizo le tenía todas sus cosas embaladas en cajas. Un compañero así no es el hombre que quiero para compartir mi vida.

Durante ese tiempo me dirigí al sacerdote que habitualmente visitaba el hospital, pertenecía también al opus dei, hablé con él largamente, ocultándole lo sucedido, pero hablándole de la naturaleza que no puede negársele a un hijo de Dios al que la desgracia no podía cebarse más en él, le hablé del excesivo rigor de sus padres y de un sin número de razones más. Le pedí si lo consideraba justo llevar un poco de alegría a la vida del muchacho, que hablase con sus padres e intentase con la autoridad que tiene ser un representante de Dios en esta tierra, para que fuesen flexibles en este punto y que permitiesen de alguna manera que tuviese acceso al amor físico, amor que si no fuese lícito, Dios no habría permitido que pudiera realizarse. Estas y otras muchas razones con las que intenté conmover su corazón ya que no convencer a su mente, las escuchó en silencio.

- Veré lo que puedo hacer, me dijo secamente aunque un poco conmovido.

Hablé también con el médico de planta, para que con la autoridad que el médico posee sobre los familiares de los pacientes le hablase a sus padres.

- Ese asunto no es de mi incumbencia y sale fuera de mis atribuciones en este hospital. Fue su respuesta.

Quedé estupefacta. No esperaba una respuesta así, mis palabras tampoco se hicieron esperar.

- También sale fuera de tus atribuciones, insistir en invitarme a cenar, como sale fuera de tus atribuciones intentar acostarte conmigo.

Eres un pedazo de inútil descerebrado, que obtuviste la licenciatura de medicina en una tómbola de feria. Por no saber ni medicina sabes.

Lo dejé en su despacho lívido y temblando como una rama agitada por el viento.

Cuando el muchacho recibió el alta hospitalaria, me comentó que había hablado con su padre, este le había sacado tímidamente el tema y lo encontraba abierto a una futura conversación.

9º Los perfumes

Recién acabados mis estudios de enfermería, me encontraba trabajando en un hospital en el Reino Unido. Era muy joven, tenía la costumbre desde niña de utilizar en abundancia todo tipo de colonias y perfumes que encontraba a mano, no reparando ni sabiendo cuando debía utilizarse cada uno de ellos, las echaba sobre mí con profusión y a cualquier hora.

A toda casa que iba, me dirigía al cuarto de baño, buscaba con la mirada y como una atracción irresistible mis manos destapaban el frasco y me duchaba prácticamente en perfume. De mayor, aunque selectiva y sin asaltar cuartos de baño ajenos, seguí sin poder remediarlo, echarme colonias como si se tratase de agua. No utilizaba perfumes caros, no podía permitírmelo, pero tampoco soportaba los de mal gusto, de olores fuertes.

En una de las habitaciones estaba ingresada una enferma que a pesar de la edad, su rostro y su cuerpo conservaban los vestigios de una hermosa belleza, no había perdido, a pesar del tiempo, la coquetería de una mujer de mundo que se había movido en ambientes refinados.

Un día me preguntó.

Niña, que tipo de colonia utilizas.

No utilizo una marca en concreto, y enumeré varias de la que tenía, todas ellas de módico precio y que sólo una de ellas podía ubicarse en lo que se llama alta perfumería.

Fijó sus grandes y expresivos ojos en mí, sonrió, movió la cabeza asintiendo para añadir.

- Serás una mujer fiel al hombre que ames, la mujer que es fiel a un perfume, solamente es fiel a sí misma y a sus cosas, se encuentra atada a lo suyo y por lo suyo, este tipo de mujer nunca es fiel a ningún hombre. Al menos yo no he conocido ninguna que lo fuese y he conocido a muchas y todas ellas consumidoras de costosos perfumes.

La mujer que como tú no guarda fidelidad a ningún perfume concreto, guarda por el contrario fidelidad a un hombre. He conocido a pocas de estas últimas, pero las hay y tú eres una de ellas.

Usted con que grupo de mujeres se identifica. Pregunté a mi vez.

A las que no han creído nunca en la fidelidad. Me respondió, esbozando una sonrisa de pícaro que iluminó su rostro ajado por la edad.

10º La sociedad secreta

Cada vez que oigo el nombre de Guillermo, me viene a la memoria irremediablemente una simpática broma que le gastamos a un auxiliar que se llamaba Guillermo.

Este auxiliar de enfermero, era un bien parecido chico de gimnasio, presumido y presuntuoso, se quería más a sí mismo y a su figura que a las chicas.

Presumía que no había chica que se le resistiese y se vanagloriaba de sus conquistas femeninas, se hacía cargante, no sabía hablar de otra cosa.

Una de sus compañeras y yo, ambas jóvenes también y dadas como es la juventud a gastar bromas, decidimos hacerle una de la que pudiésemos reírnos a placer.

Una noche ella y Guillermo tuvieron que trasladar un fallecido al depósito de cadáveres del hospital, me añadí voluntariamente a acompañarlos.

El traslado de una persona muerta por los pasillos y en el ascensor, se hace con gran solemnidad, no se habla, un nudo en la garganta nos lo impide y si se hace, es conversación trivial, forzada y nerviosa, ocultándonos la extraña sensación del lugar en el que nosotros mismos acabaremos.

En este caso no articulamos palabra alguna.

En el depósito había otro cadáver, que aún no habían ido a recoger, llevaba allí más de un día esperando, con su vientre hinchado por los gases de la fermentación del intestino y estómago.

Colocamos los dos cadáveres cerca. Yo acto seguido extraje de una bolsa dos estacas de madera, afiladas en una de sus puntas y un martillo, coloqué todo ese instrumental ordenadamente con mucha teatralidad sobre el cadáver que acabábamos de transportar.

Guillermo algo alejado de nosotras observaba mis movimientos con sorpresa, sin alcanzar a comprender nada de lo que hacía.

- Realiza la primera comprobación, dije secamente, con la voz más grave que fui capaz de poner a mi compañera.

Esta presionó con su mano el vientre hinchado del cadáver, de repente se incorporó su parte superior exhalando un tremendo eructo, para volver a caer pesadamente a su posición horizontal.

- Realiza la segunda comprobación, volví a decir.

Ella levantó sus labios, observó sus dientes.

- Sí, han crecido los colmillos tres veces su longitud, no hay duda, es un vampiro.

Me giré para ver a Guillermo, el color de su rostro en nada se diferenciaba de la cadavérica palidez de sus colegas inertes. Su cuerpo estaba rígido, anclado al suelo, los ojos se le habían agrandado de tal forma, que su apariencia nos estremeció y fuimos nosotros quien sentimos miedo ante su aspecto.

Mi compañera me dijo –seré yo quien le hunda la estaca en el pecho, agregando –puedes irte Guillermo, pertenecemos a la sociedad secreta internacional antivampiros, de lo que has visto y oído discreción total y absoluta, el menor de los comentarios sobre el asunto y nada podríamos hacer para evitar que acabases en esta morgue.

Guillermo no se movía, era incapaz de caminar, de hablar, de mover un solo músculo de su cuerpo.

Lo cogí de un brazo y tuve que arrastrarlo materialmente, no podía caminar, ya en el pasillo le di unas palmadas en la espalda y volví a entrar, cerrando la puerta.

Cada vez que Guillermo nos veía se arrimaba a la pared, no volvió a presumir de sus conquistas, dos meses más tarde había pedido el traslado a otro hospital.

El ser joven tiene la ventaja del atrevimiento en locuras semejantes, de mal gusto y exageradas, puede ser, pero fue tan divertida, tan divertida.

Añoro los veinte años por lo atrevidamente irresponsable que fui.

Las escenas de los films de terror en que se le clava en el pecho la estaca al vampiro, está basada en la novela de Bram Stoker, sacada de la historia real de Rumania. Vlák Draculæ, conocido como el Conde Draculæ, vivió en el siglo XV, militarmente frenó las tropas turcas, salvando a Europa de su invasión.

Social y políticamente era inflexible, a un embajador turco, en visita diplomática, al no quitarse el sombrero en su presencia hizo que se lo clavasen a su cabeza, ya que tanto le gustaba llevarlo puesto.

Los turcos le llamaban Vlák el empalador, por la costumbre que tenía de empalar vivos a los prisioneros que cogía.

A los reos de muerte los mandaba enterrar vivos y para que durasen más tiempo en su agonía les ponía una caña hueca en la boca, facilitándole la respiración. Días más tarde el verdugo clavaba una gran estaca afilada a la altura de su pecho para cerciorarse de su muerte. De ahí viene la leyenda de la estaca afilada hundida en el pecho de los muertos vivientes o vampiros.

11º La derecha o la izquierda

Me encontraba en el quirófano, por aquella época estaba destinada como enfermera en la especialidad de traumatología. Los celadores habían traído a una paciente que iba a ser operada de cadera. Se le puso la anestesia, el cirujano entra en ese momento en la sala de operaciones con la actitud de, he aquí señoras y señores, el perejil de todas las salsas.

Pocas personas saben que, en una operación, si bien es cierto que todo el equipo es necesario, el anestesista es por sí sólo los cimientos del edificio. Él es el encargado de mantenernos con vida y de mantener nuestras constantes vitales a raya. En contrapartida, si la operación es un éxito, la gloria la lleva el cirujano. Si la operación es un fracaso, hay complicaciones o fallece el paciente, el cirujano se libra, cargando con todas las culpas el anestesista.

En el fútbol, deporte que tanto gusta a los mirones, todos ellos voyeristas deportivos, ocurre algo parecido.

Si gana el equipo, la gloria es para los jugadores, sobre todo los delanteros que han marcado los goles. Si pierde el equipo, toda la carga y peso del fracaso se le echa encima al portero como único culpable de la derrota.

- ¿Operación de cadera?

- Sí, operación de cadera. Contesté.

- ¿Cuál de ellas, la derecha o la izquierda?

La anestesista vio al cirujano con cara de asombro, después dirigió su mirada a mí, me encogí de hombros, los dos auxiliares realizaron un gesto similar.

- ¿No tenemos aquí su historial clínico, verdad?

- Como vamos a tener su historial en el quirófano. Respondí ante una pregunta de perogrullo.

- Los familiares deben estar en la sala de espera. Quieres ir tú y preguntarles que cadera es la que debe ser operada.

Le dijo dirigiéndose a la anestesista.

- Te das a la bebida en horas tempranas o estás pasado de perica. Yo de aquí no me muevo hasta que despierte de la anestesia.

- Vaya usted a preguntarles que cadera iba a ser operada.

Me dijo a mí.

- Está usted turbado del vino. Si tiene usted vergüenza en realizar esa pregunta a los familiares yo la tengo todavía más, porque tengo por añadidura vergüenza ajena.

Las auxiliares adoptaron la misma actitud.

Tras unos momentos de silencio e indecisiones salió el hombre al pasillo, la suerte vino en su ayuda que se topó con un celador.

- Por favor en la sala de espera están los familiares de esta paciente, pregúnteles con cierta discreción, pero asegurándose bien, cual es la cadera de la que iba a ser operada.

De la operación con implantación de prótesis salió con vida del quirófano y del hospital. Como se desarrollaría el proceso posterior, si le quedaría una pierna más alta que otra, si le dolería la cadera igual que antes, si andaría bien o con bastón el resto de su vida. Eso ya es otro tema del que el traumatólogo cirujano se lava las manos. Como Poncio Pilatos lo hizo en su tiempo, cumplió con su deber.

12º Un paso necesario

Era una operación en la que habían surgido complicaciones, el enfermo tenía además una diabetes difícil de controlar. Sonó el teléfono, me hicieron una señal, preguntaban por el cirujano.

Ocupé su puesto en el auricular.

- Soy la enfermera de quirófano, dígame.

- Yo soy la esposa del doctor. Quiero hablar con él.

Reconocí la voz, llamaba al quirófano a cualquier hora para hablar con su marido de las frivolidades más tontas, le interrumpía las operaciones, él cogía el teléfono con aire contrariado y a desgana.

Siempre se lo oía decir lo mismo. Sí, sí, sí. Lo que tú quieres. Sí, sí, tengo que dejarte estoy en quirófano. Te tengo dicho que no me llames aquí. Sí, sí, sí. Lo que tú quieras.

- Se encuentra en plena intervención. Han surgido complicaciones y está en estos momentos muy ocupado ...

No me dejó terminar de hablar porque me interrumpió.

- Me da igual las complicaciones que tenga, ya las resolverá después. Dígame que se ponga al teléfono.

- No puede hacerlo en estos momentos, tan pronto acabe le diré que la llame, o si quiere usted le trasmito su mensaje.

Oí su voz de histérica furiosa al otro lado del teléfono.

- Que me pongas con mi marido, el doctor, ahora mismo.

- Tranquilícese usted, ahora mismo lo llamo, no cuelgue por favor.

Indiqué que no pasasen llamada alguna y volví al quirófano.

La mujer debió permanecer un buen tiempo al teléfono esperando e insistió amenazando que le pusiesen con su marido. Mi indicación había sido tajante, no pasar llamada alguna hasta que hubiéramos terminado.

Finalizada la operación comenté la llamada.

- Tu esposa te ha llamado por teléfono, decidí no avisarte, necesitabas toda la atención en lo que estabas haciendo.

- Ya lo creo que la necesitaba. Hiciste muy bien, en los momentos que se requiere concentración no deben oírse tonterías.

- Tu esposa se alteró en extremo, deberías llamarla.

- Mi esposa. Nunca mejor dicho, mi esposa. Eso es lo que es, mi esposa y a ella estoy esposado como un terrible castigo. Será mi karma como está de moda llamar con suavidad a las actitudes cobardes de los que no nos atrevemos a tomar decisiones personales.

Me dijo, a la par que su rostro adquiría rasgos de extrema pesadumbre.

- No seas exagerado. Le respondí. Si se tiene un hierro candente en la mano, debemos soltarlo. No hay otra opción, ni hay otra salida.

- No discutiré yo tus palabras, pero me falta valentía para dar ese paso. Yo soy de los que me peleo con la vida porque estoy lleno de miedos. En realidad, yo soy la verdadera causa de que no sea capaz de separarme y romper la cadena que voluntariamente construyo y acepto.

Mira, no entiendo la vida como una amiga sino como una enemiga. Los niños desde muy pequeños saben que el agua del mar los hace flotar, por mucho que quieran bucear, el agua los expulsa a la superficie. Yo lo entiendo a la inversa debo bracear en el agua para que no me engulla.

Estoy acabado, soy un fracaso como hombre, debo reconocerlo, lo reconozco y lo acepto.

Sentí muchísima lástima, sus palabras eran de una sinceridad descarnada. Por otro lado, aunque era un hombre poco dado a exteriorizar su alegría, era un buen profesional.

- Conozco a una persona, un buen amigo mío, que podría ayudarte a superar por no decir a eliminar el temor que albergas dentro de ti.

Escribí su nombre y número de teléfono en un papel y se lo metí en el bolsillo de su bata.

Seis meses más tarde se había separado y roto con su esposa. Dos meses después entraba en el quirófano canturreando, por los pasillos repartía halagos y chascarrillos a diestro y siniestro. A sus enfermos los seguía médicamente y con alegría hasta donde su ciencia alcanzaba.

El cambio había sido total. Este amigo mío hace milagros, pensé para mis adentros.

Una tarde vi a una pareja que no eran jóvenes precisamente, sentados en una terraza, dándose un buen flirteo. La escena llamó mi atención así que los observé deleitándome, siempre me ha gustado ver como las personas se aman, me encantan si son jóvenes y me enternecen si son mayores.

Mi sorpresa fue que el señor que sin recato ni reparo alguno así actuaba era el doctor autodesesposado. Así me expliqué los canturreos, los chistes y el silbar mientras caminaba por los pasillos.

13º Los callos

Un familiar primo mío, muy cercano en el trato desde la infancia, fue ingresado por padecer un cólico de riñón. Tenía alguna edad más que yo, rondaba los cincuenta años. Gustaba de comer bien y beber todavía mejor. No había lugar que no supiese donde preparaban a la perfección tal o cual plato, no dudando en recorrer cien o doscientos kilómetros por una buena comida. En vinos era un auténtico experto, experto de verdad, no de esos que hablan de vinos por revistas o por oídos. Había comenzado los estudios de farmacia, a mitad de carrera plantó y se matriculó en químicas.

Se tomó los estudios con calma y los aprobados todavía con más calma aún.

- Esta carrera necesita masticarse lentamente, el conocimiento como la digestión deben realizarse sin prisas. Decía, mientras esbozaba una leve sonrisa.

Dirigía el departamento de química de una empresa, además de administrar el patrimonio familiar.

Soltero, sin compromiso y con una buena posición económica, pudo permitirse en poseer una excelente bodega de seleccionados vinos europeos, cuyas marcas y clases ignoran los que tanto les gusta hablar de lo que no saben.

Le hicieron las pruebas pertinentes, descartando la inflamación del apéndice, así como la inflamación de ovarios como era lógico de suponer. Cálculos en el riñón y uno de gran tamaño, fue el diagnóstico. Si de aquí a unos días no se expulsan, habrá que extirpar el riñón derecho, el otro riñón hará la función de los dos, pero tendrás que contemplar una estricta dieta y por supuesto abandonar la vida que hasta ahora has llevado.

Al oír esto mi primo palideció. Si hubiesen entrado una manda de toros en la habitación, creo que hubiese guardado más entereza. Decirle que le extraerían un riñón y que tendría que variar su modo de vida fue golpearle con un mazo en el epicentro de su alma.

Era jueves cuando le comunicaron la noticia, al día siguiente, suspirando y resignado ante el inexorable destino, me dijo.

- Prima, mi niña bonita. Te acuerdas cuando eras niña de quien te cumplía los caprichos y quien te compraba las chucherías a costa del poco dinero que de niños teníamos.

- Sí que lo recuerdo. Respondí emocionada.

- Me alegro por ti que no hayas perdido la memoria, sino estarías gagá y serías una vieja achacosa en lugar de una bonita e intrépida mujer.

- Muchas gracias.

- Me apetece y tengo el antojo de embarazada o de hombre hospitalizado, que viene a ser lo mismo, de comerme unos callos con garbanzos o a la gallega como dicen los de Madrid, y para bien pocharlos en el horno de mi estómago se necesita un rioja que lo irás a buscar a mi casa, yo te indicaré como encontrarlo.

Una cosa más, los callos, ya de pedir, tráemelos de Casa Janeiro son los mejores.

Pensé que tal vez esa sería la última vez que podría realizar un exceso semejante en el mejor de los casos y todo saliendo bien.

A la hora de la comida, allí tenía la botella de vino y la buena ración de callos. Permanecí a su lado mientras comió y bebió todo muy lentamente, saboreando con exquisita pulcritud, cada bocado y cerrando los párpados con cada sorbo del vino.

No pude resistirme, aunque soy bebedora de agua, cogí su vaso y le di un buen trago al vino.

- ¡Qué bueno está! Exclamé.

- Que brutiña me eres. Esa no es manera de beber el vino. Lo haces como si bebieras un jarabe.

- Como tú quieras, pero está buenísimo.

Y le di otro buen trago.

Unos días más tarde, el lunes volvieron a realizarle una ecografía y para asombro de todos, médicos, familiares y familiares médicos también. La gran piedra había desaparecido así como la mayor parte de los pequeños cálculos.

- Fueron los callos y el vino que me trajo el alma sensible y caritativa de mi prima, la única mujer de corazón y al parecer de seso y sexo también de la familia.

Su hermano pediatra se enfadó, tachándonos de irresponsable. Mi marido, médico también, otro tanto de lo mismo. Conduje a los dos a la habitación de mi primo, que contento como en días de pascua les tomó con habilidad dialéctica el pelo, llamándolos ingenuos, faltos de humor y amargados por las aspirinas.

Después dirigiéndose a mí.

- ¿Tu marido aun no te ha llevado de vacaciones a la luna?

- No, respondí riéndome, más por las caras de los dos galenos que por la pregunta.

- No me extraña, es médico y los médicos están tan faltos de imaginación que su mayor aspiración consiste en tener un chalet en una playa, un barco y un mercedes. De ahí no pasan y si lo hacen es para poseer el doble de lo anterior.

Esa misma tarde mi primo fue dado de alta en el hospital.

14º La banderilla

Rondaba yo por la treintena de años, había tenido una fuerte bronquitis que casi llegó a la neumonía. Recuperada de esta dolencia me sentía cansada, más que cansancio era agotamiento, sobre todo al subir escaleras o ascendiendo por pendientes. Me enviaron al servicio de cardiología para saber si tenía el corazón afectado. Me realizaron análisis y mediciones todo salió perfectamente.

Tan pronto vi al cardiólogo que iba a hacerme las pruebas de esfuerzo, me di cuenta que era un imbécil rijoso con aire de prepotente superioridad.

Me indicó que me desvistiera totalmente. Sabía que no era necesario tal cosa, quedarme en braga y sujetador con un camisón por encima, eso sería lo normal y lo indicado si se tiene un mínimo de delicadeza y consideración al paciente.

- ¿Es necesario desvestirme totalmente?

- Por supuesto. Contestó con sequedad, al tiempo que esbozaba una leve sonrisa.

Sabía por donde iban los tiros y por donde iban a venir también.

Me desnudé totalmente, me observaba con el mayor de los descaros cada uno de los movimientos que hacía. Me sentí incómoda, muy incómoda, aguanté el tirón depositando mi ropa lentamente y bien doblada sobre una silla.

Sentía sus ojos sobre mi cuerpo.

- Ahora que debo hacer. Pregunté con un tonillo sutilmente irónico y plantada ante él, desnuda de pies a cabeza.

Cogido por sorpresa, tartamudeó.

- Agáchate flexionando las piernas y vuelve a ponerte en pie. Hazlo diez veces.

Sus ojos libidinosos no se apartaban de mi cuerpo, me estaba cabreando, pero decidí seguir la corriente. Finalizada la prueba me auscultó, depositando una de sus manos en mi espalda, en mi cintura y en mi vientre.

Después me hizo dar unos pequeños saltos, vi claramente como sonreía y se regocijaba al ver como se movían mis pechos.

Volvió a realizar la operación anterior pero esta vez su mano descendió por mi espalda.

La siguiente prueba después de ponerme los electrodos con respectivos manoseos, casi babeando me indicó que corriese sobre una cinta similar a la existente en los gimnasios.

Sonreía sin recato alguno paseando en torno mío.

- La verdad es que tienes un cuerpo atractivo y excitante sobre todo viendo cómo se te mueven los dos hermosos limones.

La cinta de rugosa goma me hacía daño en las plantas de los pies, me sentía fatigada y puteada. Este imbécil había hecho lo mismo a quien sabe cuántas pacientes. Estaba encolerizada, sin embargo, sonreí.

Al quitar los electrodos de mi cuerpo dejó una de sus manos en mi culo.

- Los tienes duro ¿sabes que estás muy apetecible?

- Si hemos acabado ¿le importa que me vista?

Nos encontrábamos uno frente al otro sentados a ambos lados de la mesa de su despacho.

- No tienes nada de corazón, todo ha salido bien.

- Dirá usted, que las pruebas según usted las ve, usted no aprecia nada anómalo en el corazón.

- Sí, eso es lo que dije, bueno eso es lo que quería decir.

- Es parecido, no es lo mismo decir que yo no encuentro nada mal, que decir que no hay nada mal.

Respondí yo, al tiempo que jugaba con uno de los bolígrafos que había en la mesa.

- No, no es lo mismo, pero para el caso viene a ser igual. Además, aquí el médico y quien diagnostica, soy yo.

Alargué lentamente mi mano y cogí la suya que estaba apoyada en la mesa.

Con la velocidad del rayo, le descargué un golpe con toda la fuerza que fui capaz hundiendo el bolígrafo en su mano hasta atravesársela totalmente. Un grito retumbó por las paredes del despacho.

- Estás loca, puta de mierda.

Me gritó mientras miraba dolorosamente su mano ensangrentada y sin saber qué hacer, si sacarse el bolígrafo o dejarlo allí clavado.

- Vuelve a insultarme y te clavo este otro bolígrafo en el corazón que tienes lleno de baba.

Al tiempo que cogía otro bolígrafo en mi mano. –Atrévete solamente a abrir la boca, estoy deseando que lo hagas. Le dije desafiante.

Lentamente me levanté de mi asiento.

Trabajo de enfermera listillo, si quieres nos vemos en el juzgado, pero también puedo asegurarte que me encargaré de buscar a las pacientes que hayas tratado y como seguramente les has hecho lo mismo que hoy hiciste conmigo, antes de finalizar el año te veo estudiando electrónica.

Salí del despacho más chula que un ocho, dejando al toro en su redil con la banderilla bien puesta. Lástima de no haberle puesto el par.

15º Actuar a la gallega

Después del incidente con aquél indeseable con licencia para ejercer la medicina, el diagnóstico no se hizo esperar, y como ocurre en estos casos que así se diagnostica, el diagnóstico es infalible, ansiedad nerviosa.

En absoluto era una persona en exceso nerviosa, no me encontraba preocupada por ningún motivo aparente ni oculto, no consumía tampoco bebidas excitante ni estimulantes. Por otra parte, dormía a pierna suelta, simplemente me dolía la espalda, no siempre, solo algunas veces y no con mucha intensidad.

Me recetaron ansiolíticos y sedantes para dormir. Ni que decir tiene que a nada hice caso, mis conocimientos de medicina son los suficientes como para saber distinguir y diferenciar los diferentes síntomas de estas enfermedades.

España un país de católicos tenemos un refrán: ¡Fíate de la Virgen y no corras!

Decidí pues, no fiarme de médico alguno y buscarme la vida a la gallega, es decir, jugar a dos bandas.

Una conocida me habló de un curandero y allí me fui a la desesperada con algo de temor, temor a qué, sin lugar a dudas a lo desconocido, temor a lo que yo no podía controlar. Ese temor es absurdo, si es desconocido no debe temérsele porque lo que no se conoce, no se conoce y a lo que no se conoce no se le puede temer, sentimos temor de nuestros propios miedos. Estoy por asegurar que estos miedos propios, estos miedos muy íntimos tienen un gran componente y una gran carga sexual.

Me recibió sonriendo, me hizo esperar.

Diez minutos más tarde salió de la consulta una mujer con un niño de pecho, pero el niño era el quien lo traía en brazos. Tranquilizó con un par de frases a la madre hizo unas carantoñas al niño besó una de sus manos y se lo entregó a su madre.

Fijó su mirada en mí y sonriendo dijo.

- Como éste niño me comería treinta o cuarenta, a besos solamente, ya en el desayuno.

El temor desapareció por arte de magia. Le conté lo que me sucedía, me interrogó preguntándome por los síntomas con una precisión que me asombró, nadie me había preguntado ni descrito lo que me sucedía como este hombre lo estaba haciendo. Sus ojos se posaban sobre mí y su mirada me cubría como grandes alas de pájaro. Me sentía observada plenamente, su rostro serio y relajado no me molestaba, sin embargo, todo en él estaba alerta y en atención.

- Vamos a ver que encontramos, pero yo creo que son mimos de enfermera.

Me indicó que me tumbase en la camilla.

- Retiro alguna ropa. Pregunté.

- No es necesario, los zapatos tal vez, de momento déjelos puestos.

Respiró profundamente, entornó los ojos como si su mirada fuese dirigida hacia sí mismo y pasó su mano apenas rozando mi cuerpo.

Marcó con sus dedos una serie de lugares y me describió síntomas que hasta ese momento me habían pasado desapercibidos o, mejor dicho, me describió síntomas que yo consideraba como normales en el funcionamiento de un organismo.

Me di la vuelta, pasó su mano por mi columna, después por mi espalda y dijo.

- Además de lo que antes hemos dicho, las fatigas vienen de la columna que está mal alineada y la musculatura está más revirada que la economía del país.

- ¿Está torcida?, pregunté preocupada.

- Como una carretera de montaña. No es extraño que no pudieras inspirar más que una pequeña cantidad de aire.

Así como estaba vestida, frotó mi espalda unos instantes, paso sus manos sobre mi columna sin tocarla, pero sintiendo un intenso calor en ella.

Seguidamente comenzó a manipularla, notaba como si las vértebras fuesen de material flexible parecido a la plastilina. Una ligera molestia era lo único que sentía.

Minutos después comenzó a manipularme la musculatura de la espalda.

Esto ya está, pero aquí hay un disco dorsal que es el verdadero causante de lo que te está ocurriendo.

- ¡Una hernia discal! Exclamé aterrada.

- Sí, aunque todavía se encuentra en fase juvenil.

- ¡Dios Santo, tendré que operarme!

- Ni hablar de eso, bueno a no ser que lo desees. Esto lo solucionamos ahora mismo.

Sentí un intenso calor, como si algo candente penetrase en mi columna, después sensación de burbujas y de hilos y alambres. A los pocos minutos puso sus manos encima de la columna.

- Ya está, ves que fácil. Esto no tiene gran ciencia, es como tocar el piano, solo hay que mover los dedos.

Me ayudó a levantarme, me previno de un ligero mareo o abombamiento de cabeza que pasarían en unos minutos.

Cogía aire perfectamente, mis pulmones se llenaban plenamente, es como si me hubiese liberado de un cinturón que me oprimía el pecho.

- Baja las escaleras, subes de nuevo y dime como te encuentras.

A la vuelta estaba radiante, no podía dar crédito a lo sucedido.

- Estoy genial, genial.

- De eso sí, pero quedan las cosas que señalamos antes.

- ¿Cuándo debo volver? Pregunté.

- De una semana en adelante cuando quieras.

16º De patitas en la calle

Tengo en mi memoria grabada la amenaza de expulsión del hospital que recibí por parte del médico jefe de planta. Era joven enfermera, aunque con años de experiencia profesional en el medio hospitalario.

No era día de recibir a familiares de los pacientes.

Los médicos se habían marchado ya de la planta después de pasar la rutinaria consulta de la mañana.

Yo me dirigí al despacho del médico jefe en busca de historias clínicas para archivarlas, sabiendo que el despacho se encontraba vacío, entré en él sin llamar a la puerta.

Allí me encuentro jadeando al médico con el culo al aire, temblando sobre el cuerpo semidesnudo de alguien que pertenecía por las ropas al personal sanitario.

Ambos se encontraban sobre una camilla, camilla a la que nunca le había encontrado utilidad lógica en ese despacho, pues teníamos una habitación adaptada para servicios de urgencias en la propia planta. Por fin descubrí su utilidad y su peculiar forma de uso.

Recogí las historias clínicas que se encontraban sobre la mesa, diciéndoles con ironía al salir.

- Por favor, no interrumpen por mí su íntima exploración anatómica.

No alcancé a ver el rostro de ella, solamente sabía que era personal de la casa.

Poco después me comunicaron que el médico jefe quería verme en su despacho, llamé esta vez a la puerta y entré intentando contener la sonrisa de complicidad que forcejeaba por instalarse en mi rostro.

- Lo que ha presenciado esta mañana en este despacho, no ha existido jamás.

Por lo tanto, usted no ha presenciado nada.

- Si usted lo dice. Respondí con algo de sorna.

- Lo digo y le ordeno que sea usted discreta o de lo contrario la pongo de patitas en la calle.

- Que sea discreta, no necesitaba usted decirme nada, no ha sido para mí más que una graciosa anécdota. En cuanto a sus palabras de amenaza de dejarme sin empleo por culpa de una graciosa anécdota de la que yo no he sido la protagonista, ya es otro cantar.

Elevando la voz al estilo militar, volvió a repetirme.

- Lo dicho, la pongo de patitas en la calle. He terminado, puede irse.

Era el final del turno, las nuevas enfermeras y el resto del personal que venían a sustituirnos se encontraban en el mostrador y en la salita.

Comunicábamos los detalles a tener en cuenta, así como los ingresos y altas hospitalarias, cuando apareció el médico.

No lo pude evitar. En voz alta dije.

- Escuchadme, esta mañana entré en el despacho del jefe de planta y me lo encontré beneficiándose sobre la camilla a alguien que no reconocí, pero que no era ajena al centro.

Lo grave es que amenazó con ponerme de patitas en la calle si hacía algún comentario.

Al oír mis palabras se quedó petrificado y lívido.

La voz de un compañero se oyó decir.

- Estas pasado de vueltas chaval. Se te olvidaron las pastillas o tienes fiebre.

Varias voces se oyeron tomándolo a pitorreo. Se marchó abochornado en medio de nuestras risas desafiantes.

Un celador esa misma tarde retiró la camilla de su despacho depositándola en el almacén. A la vuelta dijo.

- Que haya jodienda sí. Pero que nos quiera joder a nosotros, no, eso sí que no.

17º Dios los da, ellos se juntan

Me encontré por los pasillos del hospital con un conocido que tenía cita para una consulta en el servicio de nefrología.

Sentía molestias en uno de los riñones con un insistente dolor que se le manifestaba hacía la parte delantera.

Debo mencionar que este conocido vivía de noche, solamente se le veía por el día en condiciones especiales. Su vida y sus hábitos eran totalmente nocturnos, no había garito para él desconocido, la ciudad para todos oculta, la ciudad del submundo, para él no tenía secretos. Sus relaciones personales se extendían desde industriales e individuos relevantes que pasaban por personas de bien durante el día, a delincuentes y prostitutas.

Bebía como un cosaco, sin embargo, jamás se le vio tambalearse. Comía como un cura y sin embargo su cuerpo permanecía ágil y sin adiposidad indeseada.

Tenía conversación fluida, aunque lo era mejor escuchando pacientemente a todo aquél que se topaba por las noches.

Nosferatu, le llamaba yo cariñosamente cuando nadie nos oía, por su analogía con el protagonista del histórico film del cineasta Murnau.

El me respondía, Nosferatu es solo lascivia mezclado con el deseo y el temor sexual de funcionarios, ambos carecen del refinamiento hedonista del amante de la noche.

Comunicarme el nombre de quien iba a consultarle y prorrumpir yo en carcajadas, todo fue uno.

Preguntó con sorpresa el motivo de mi alegría.

- La susodicha señorita especialista en riñón o nefróloga, como más gustes llamarla, tiene por personal y placentera costumbre, a todo paciente varón esté aquejado de la enfermedad que sea, le realiza un tacto rectal.

En pocas palabras, no te va a meter un dedo por el culo, sino dos, que es como a ella le place hacerlo.

No podía parar de sonreír, sonrió el también, instantes después su rostro cobró una oscura y reconcentrada seriedad que solo había visto ponerse en circunstancias comprometidas.

- Estoy deseando que lo haga, seré un paciente modelo. Me dijo.

La seriedad se borró de su rostro, sonriendo se alejó sin despedirse de mí, pero la oscuridad permanecía en su cara sin que la sonrisa llegase a ocultarla.

Unos meses después volvimos a encontrarnos, pero esta vez en la calle. Le pregunté sin recato alguno y llena de curiosidad, como le había ido la consulta.

- La consulta aquella fue estupendamente. Nunca debió haber un caso semejante de tan buena colaboración entre paciente y doctora.

- ¿No te hizo el tacto rectal? ¿Pudiste librarte de él? Te negaste claro.

- En absoluto. Me hizo el tacto rectal, permití que introdujese sus dedos y que explorase a sus anchas y a sus largas, con algún que otro intencionado gemido por mi parte, difícil de interpretar si de molestia o de placer. Lo que si sentía yo en mi cuerpo era la excitación del suyo.

- ¡Está todo bien! Me dijo ella turbada al finalizar de explorarme.

Yo, repentinamente me giré, tenía los pantalones bajados, la cogí por los brazos, le día la vuelta, la puse en la misma posición que ella me había puesto antes, coloqué una de mis manos en su nuca, bajé sus bragas, con la otra mano, recogí con mis dedos una buena cantidad de vaselina del bote y los hundí en su culo hasta el fondo.

- ¡Joder que fuerte! Exclamé.

- Después la sodomice, llegando al final los dos al mismo tiempo.

- ¡Joder! Volví a exclamar sin salir de mi asombro.

- Sí, eso mismo hicimos y eso mismo hacemos diariamente, por delante y por detrás. Llevamos un mes viviendo bajo el mismo techo y durmiendo en la misma cama. Creo que estamos enamorados.

18º La comida hecha al revés

Era una paciente de avanzada edad, recuerdo que ese mismo mes cumplía los cien años. La enfermedad no revestía peligro en sí misma, solamente por la edad de quien la padecía, una bronquitis con dificultad respiratoria.

La mujer era de buen carácter y muy buena enferma, que en nuestro argot quiere decir, obediente y colaboradora.

Las personas mayores al entrar en un hospital y suministrarle medicación, casi siempre en altas dosis, suelen perder su ubicación, desconcertándose y no llegando a saber en dónde se encuentran.

En todo momento mantuvo su firmeza mental. Siempre sonreía y nos agradecía todo lo que se le hacía, incluso las judiadas, me refiero cuando teníamos que pincharla varias veces al día para su control de azúcar en la sangre que se le había elevado asombrosamente debido al tratamiento con corticoides. Tampoco protestaba cuando se le pinchaba para extraerle sangre y realizar posteriores análisis.

En su casa caminaba con un andador, aquí había perdido esta facultad, momentáneamente quiero pensarlo.

Por orden médica se le puso una dieta sin sal. La paciente que hasta ese momento había colaborado perfectamente, dejó de comer, únicamente algún yogurt era lo que ingería.

La animaba a comer, ella con toda la experiencia que la vida le había dado, y consciente de que se encontraba en inferioridad de condiciones por ser un lugar en el que ella no podía imponer su criterio, callaba mostrando en su rostro un evidente mal humor.

Al tercer día se le proporciono un líquido pastoso sustitutivo de comida. Estaba presente e insistí adornándoselo con alguna frase graciosa para que se lo bebiera.

Probó una cucharada del pastoso líquido, lo tragó, después con su voz aflautada me dijo.

- Isto, bonita, comédelo vos e máis o médico.

La auxiliar encargada de darle la comida y yo, soltamos una carcajada que debió oírse en la habitación de al lado.

Para la noche se le trajo la cena triturada en puré, la probó, la tragó y sin mostrar grandes síntomas de desagrado, posó la cuchara, torció la cabeza y se puso a ver por la ventana.

Estaba decidida a utilizar todo mi poder de persuasión, estaba decidida a todo, ya que temía de seguir así, que al día siguiente, como vulgarmente se dice, la alimentaríamos artificialmente.

- ¿Alma de Dios, con lo guapa que es, porque no come?

Nada contestaba, su mirada se perdía a través del ventanal.

- Pues yo la como, míreme usted.

Metí su propia cuchara en mi boca, tragándome el contenido. Ella me vio de soslayo con ojos de pícara adolescente, esbozó una leve sonrisa, y siguió viendo por la ventana.

- Poís si tanto che gusta, come nela filla, que ademáis eche boa para gardar a línea.

Toda la seriedad y compostura que hasta ese momento tenía se me vino abajo.

Riéndome yo de mi solemnidad le pregunté.

- ¿No come porque la comida no tiene sal, por eso no le gusta?

- Para saber iso, no fai falta estudar para enfermeira.

Contestó sin apartar la vista de la ventana.

- Vaya por Dios, tiene usted un carro lleno hasta los bordes de mimos. Olvidó ya las penurias y la falta de comida durante la postguerra.

- Iso non se olvida nunca, iso non se olvida nunca.

- ¿Entonces porque no come?

Le pregunté aprovechando, lo que creí una debilidad de su terquedad por el recuerdo de lo pasado.

- Porque esta comida non me sabe. Ademáis esta feita do revés.

Salí riéndome de la habitación, me dirigí al puesto de control, cogí un salero y de vuelta en la habitación le eché sal en la comida delante de ella.

Sin yo decirle nada, cogió la cuchara y probó la comida.

- Isto eche outra cousa. Unha comida sin sal non he comida. Unha vida sin sal non he vida. Aínda eres moi nova para saber estas cousas.

19º Enseñando modales

Una de las cosas que no soportaba del personal hospitalario era la falta de consideración hacía los enfermos y sus acompañantes.

Era consciente que habíamos recibido una educación autoritaria, no obedecíamos ni seguíamos a la capacidad, sino que obedecíamos y seguíamos a la autoridad.

Cada servicio hospitalario al igual que ocurría en cada planta, era un fiel reflejo del carácter y del comportamiento de los superiores, era la imitación como fotocopia y más frecuentemente como una caricatura del comportamiento principal.

Cada vez que era destinada a un nuevo servicio, observaba detenidamente el funcionamiento de mis compañeros durante los primeros días, no dejando escapar comentarios, frases sueltas y actitudes, después de este tiempo pasaba yo a la acción.

Cerraba las puertas de las habitaciones, después pedía a alguna auxiliar que me acompañase a realizar una visita a los enfermos.

Abría las puertas trayéndolas hacía mí y después giraba suavemente el picaporte, todas las puertas se abrían sin ruido alguno, al salir las cerraba con cuidado. Al finalizar la fingida visita hacía un comentario sobre el ruido que se hacía al abrir de forma inadecuada las puertas, sobresaltando a los enfermos y a sus acompañantes, muchos de ellos extenuados por las noches de mal dormir en los sillones.

Esto iba haciendo con todas las auxiliares que sin darse cuenta corregían la viciada actitud anterior de abrir puertas bruscamente y penetrar en las habitaciones al galope, al tiempo que encendían las luces e iluminando las habitaciones totalmente.

Con las compañeras enfermeras aplicaba una terapia diferente, ponía ejemplos, incluso yo misma me inventaba una historia sobre mí, de cuando estuve hospitalizada por un ficticio accidente de automóvil y de cómo había observado lo molesto que resultaba el abrir las puertas de ese modo, penetrando en ellas encendiendo todas las luces de manera innecesaria, todo este comportamiento más me parecía, les comentaba yo, más propio de personal tratante de ganado que de técnicos en el cuidado de personas enfermas.

Siempre me dio buenos resultados, consiguiendo que molestásemos lo menos posible a los enfermos y acompañantes.

Una vez tenía una enfermera en mi turno, que no conseguía que cambiase.

Pertenecía a una familia de clase media acomodada, sus modales eran comedidos, rígidos a la inglesa con un cierto aire de superioridad despectiva.

Era un tanto perezosa, como si ese trabajo fuese de poca importancia, como si ella estuviese destinada a trabajos de corte.

Lo intenté todo con ella, incluso llegué a decírselo directamente sin rodeo alguno. Sonreía y decía.

- ¡Yo! Yo abro bien las puertas y si hago ruido es sin darme cuenta y las luces son necesarias para eso están. Por otra parte, el acompañante no viene aquí a dormir.

- El acompañante además de tranquilizar y dar seguridad al enfermo, nos facilita y alivia en gran manera nuestro trabajo. Le respondí.

- A mí en nada, se lo facilitará a las auxiliares.

Como ya mencioné, era perezosa, a la menor oportunidad abría una revista del corazón, si era por las noches dormía con la misma placidez que en su casa.

Una noche que la vi así dormida y una auxiliar me comunicó que un enfermo que pertenecía a sus cuidados la necesitaba, decidí ser yo quien la despertara.

Cogí varios objetos metálicos y una jarra de metal, los coloqué todos en una bandeja y los lancé al aire para que chocasen contra el suelo. Se despertó gritando ante el ensordecedor ruido.

- En la habitación trescientos dieciocho hay un enfermo que necesita tus atenciones, le dije, añadiendo cuando salía yo por la puerta.

- Recuerda no ser brusca cuando entres en la habitación, querida.

20º El reloj

Lo que voy a describir brevemente fue uno de los sucesos que más me han impresionado en mi vida.

Durante tres meses había estado ingresado un hombre de mediana edad aquejado de una dolencia a la que no encontraban con certeza un diagnóstico preciso. El tratamiento que recibió en su ingreso era únicamente sintomático, es decir intentar que los síntomas de la enfermedad fuesen disminuidos.

Recibía muy pocas visitas, era un buen paciente o como en jerga hospitalario suele decirse, un paciente colaborador. Y es que hay que ser paciente y con mucha paciencia para ser ya no un buen paciente, sino un paciente sin más.

Sentí por este hombre, olvidado de su familia, un humano aprecio solidario, conversando con él durante algunos minutos cada vez que le proporcionaba su medicación.

Finalmente fue operado, mejor expresado, fue abierto sin diagnóstico fijo, es decir, lo abrimos y haber que encontramos.

En su día fue dado de alta, coincidiendo por mi parte con una corta baja médica debido a la gripe que aquel invierno se presentó con especial virulencia.

No pudimos despedirnos, ni desearle yo, largo tiempo en volvernos a ver de nuevo en hospitales.

Unos meses más tarde me encontraba organizando el material en la pequeña sala de curas de urgencia que teníamos en la planta, detrás de mí oigo una voz que me saluda y llama por mi nombre, al girarme veo a aquél paciente de quien no había podido despedirme. Después de superada la primera sorpresa, comentamos lo que usualmente suele comentarse en estos casos.

Dijo que venía a darme las gracias por las atenciones que había tenido con él mientras estuvo ingresado.

Me preguntó también si me había gustado su pequeño obsequio.

Con extrañeza, comenté que no había recibido obsequio alguno suyo.

Pues se lo di a una de sus compañeras. Y me la describió. Es un bonito reloj de pulsera que hice comprar, debes pedírselo pues es tuyo y me gustaría que lo pusieses en días de pesadumbre que tengas en el trabajo, así recordarás y sobrellevarás mejor las rudezas que con frecuencia los enfermos tenemos.

Por supuesto que voy a recuperar este reloj, y lo llevaré con agrado y orgullo. Respondí.

Una última cosa quiero decirte, agregó, ya estoy muerto y no nos volveremos a ver, al menos en esta tierra.

Su figura se desvaneció. En ese momento casi me desvanezco yo también del susto.

Recuperé el reloj y casi tiro por la ventana, después de una tremenda disputa a la enfermera que negó repetidas veces que nadie le había dado un obsequio para mí.

21º Alcohol y quirófano

Había dispuesto el quirófano, todo estaba preparado para una operación. El cirujano entra, lo observo y le encuentro algo extraño, al poco tiempo me doy cuenta que se encuentra bebido. Bebido es una forma suave de decirlo. Crucé miradas con la auxiliar y con el anestesista, este último hace un gesto encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza.

- Creo que no se encuentra usted bien, debería posponer la intervención, le digo.
- Me encuentro perfectamente, nunca me he encontrado mejor. Me respondió riendo.
- Lo sé, pero no está en disposición de operar, creo que debería tomarse el día de descanso.

El anestesista salió en mi ayuda.

- Deberías dejarlo, la realizamos mañana, no es urgente y todo saldrá a las mil maravillas.

Elevando la voz le contestó a su colega.

- Haz tu trabajo que yo sé cómo debo hacer el mío.
- Déjate de tonterías tienes una curda como un piano de cola, la hacemos mañana y se acabó volvió a responderle el anestesista.

Se armó una trifulca verbal en el quirófano en la que no faltaron los reproches y los insultos personales.

- No es la primera vez y no me arriesgo a poner en juego a que la dejes lisiada de por vida.
- ¡Quien fue a hablar! ¿y tú qué? Acaso no has estado tu así.
- No en esas lamentables condiciones, de no estar así no hablarías ni te comportarías como lo estás haciendo. Le respondió alterado también el anestesista.
- ¡Opero como me da la gana!
- ¿Eso quieres? ¿eso quieres? Bien, hagámoslo, yo me limitaré únicamente a mi responsabilidad, no esperes ayuda personal ni que haga pandilla contigo si surgen problemas y denuncias posteriores. ¡Eres un perfecto animal! ¡Sea, operemos!
- ¡Animal eres tú y tu padre! Le respondió el cirujano.

En ese momento salí del quirófano traían a la paciente con el peculiar traqueteo de las ruedas de la camilla. Me dirigí al celador indicándole que llevase a la paciente de nuevo a la habitación, con una sonrisa forzada y cogiendo la mano de la paciente le digo –surgió una operación urgente,

un imprevisto que no puede tener demora, lo suyo puede esperar hasta mañana, a lo mejor esta tarde nos toca la lotería. Al decirle esto último, pensé para mí, ya lo creo que le ha tocado la lotería.

Llamé al jefe de planta, que no di localizado, llamé al director y al jefe de personal poniéndoles en antecedentes de lo que ocurría y de lo que había hecho.

Y si ese cirujano realizaba hoy alguna operación sería yo quien realizase denuncia judicial al médico, al centro y a la dirección. Colgué el teléfono sin esperar a obtener respuesta.

Minutos más tarde allí estaba el director, el gerente, el jefe de servicio y el jefe de personal.

El borrachín me lanzó una mirada asesina, es decir me lanzó una mirada de cirujano, agresiva y afilada como un bisturí.

Los dejé con sus cosas y me fui al centro de control a prepararme una infusión.

¡Qué bien me sientan las infusiones calentitas!

22º Ruedas o chakras

Un día comencé a perder paulatinamente la apetencia sexual, en un corto período de tiempo no solamente había disminuido, sino que había desaparecido totalmente. Me explicaba a mí misma que el fuerte trabajo que había tenido junto con la muerte de un familiar cercano, así como las preocupaciones cotidianas de un cambio de casa, eran los motivos y causas reales. Un poco de tiempo más y todo había de pasar, pues no hay mal que cien años dure.

Pasado un tiempo que me pareció prudencial, todo seguía igual que antes, pero con un agravante más, era incapaz de alcanzar orgasmo alguno y si lo alcanzaba no llegaba a una plena liberación de la tensión sexual creada, era algo así como un ligero alivio que me dejaba en un estado de ánimo irritantemente incómoda.

Probé con estimulantes, fumé marihuana todo resultó inútil y peor ya que comencé a sobredimensionar el problema convirtiéndolo en una obsesión.

Me sentía castrada como mujer, limitada como ser humano, la sensación anímica era horrible, la depresión me hacía guiños a los lejos, percibía ya su maloliente tufillo.

Toda esta energía que no encontraba cauce de salida se transformaba en inagotable disposición de energía para el trabajo. Pero esta disposición que al principio me sorprendía fue degenerando hasta convertirse en una disposición nerviosa con rasgos de histerismo.

Acudí a una conocida mía psicólogo que no me ofreció solución, tampoco un psiquiatra, que me recetó ansiolíticos por una parte y antidepresivos por otra.

Ni que decir tiene que no les hice caso. Una por no tener ni idea y el segundo por no enterarse de nada.

Una tarde, de repente, me vino a la mente el nombre del curandero-sanador, su imagen se iluminó ante mí. ¿Cómo no había acudido a él antes? La verdad es que no se me había ocurrido pensar que pudiese solucionar tales casos, pero ahora sin saber si podría ayudarme, me aferraba a él como una posible esperanza.

Marqué su número, escuchando su voz, envolvente y vital, me gustaba su voz.

Un día se lo dije, me miró sorprendido y añadió,

- Me das una alegría, mi voz me parece seca y sin brillo.

Interesado, tuve que describirle lo que me gustaba de su voz, como insistía comenté los matices y tonos que yo veía en ella considerándola bella y armoniosa.

Esa vez se negó a cobrarme la consulta, alegando que le había proporcionado alegría para todo el mes.

Pedí cita para que me recibiera preguntándome que me ocurría y si era urgente.

En cuatro frases le condensé describiéndole mi estado de ánimo y lo que me estaba pasando. Por respuesta escuché una carcajada, carcajada que lejos de ofenderme, la tomé como tranquilizadora.

- Eso para mí lo considero urgente y prioritario, mañana por la tarde. Fue su respuesta.

Ya en su consulta describiéndole con más detalle lo que estaba padeciendo y en donde creía yo que podían estar las causas sonriendo me contestó.

- Cuando tengas hambre, en lugar de comerte la cabeza, prepárate un bocadillo y cómetelo, deja la antropofagia para los que nada tienen que comer.

Sin más, me indicó que me echase vestida en la camilla. Cinco minutos más tarde que a mí me parecieron eternos habló de nuevo.

- Tienes todas las ruedas o todos los chakras, como está de moda denominarlos ahora, a la virulé o si te gusta más, los, tienes todos revirados. Interpreta esto como te plazca.

- ¿Volveré a estar como antes? Pregunté con incertidumbre.

- Como antes no, estarás mucho mejor que antes.

- ¿Volveré a sentir orgasmos? Volví a preguntar.

- ¿Orgasmo? ¿Qué es eso? Me preguntó a su vez.

No supe responder.

- Ves como las palabras no sirven para describir sensaciones ni sentimientos, solamente sirven para comunicarnos lo convencional, el lenguaje es una convención para lo convencional. Las sensaciones y los sentimientos se realizan con gritos, exclamaciones, interjecciones, suspiros, gestos y miradas.

La palabra es incompleta e inexacta, la palabra rosa por ejemplo, no dice todo lo que hay que decir o expresar de una rosa cuando se la nombra, siendo por ello incompleta, habiendo rosas de color rojo y amarillo es del todo inexacto llamarlas rosa.

Responderé a tu pregunta, pero es necesario que me escuches atentamente.

La energía orgásmica o el Orgón lo estudió el psicoanalista y científico excepcional Wilhem Reich, te recomiendo la lectura de sus dos libros, "La función del orgasmo" y "El análisis del carácter".

Esta energía está en toda la naturaleza y en todo el universo o si quieres para matizar más, como hay muchos universos, el orgón se encuentra en el cosmos.

Podemos identificarla como la energía vital.

Hubo filósofos, magnetistas y alquimistas que conocieron esta energía y la denominaron con diferentes nombres, pero en esencia vienen a representar algo similar.

Pero Reich fue el primero que comenzó a establecer sus bases científicas para sorpresa de sus colegas y para su propio escarnio al ser incomprendido. Se opuso al régimen político del nazismo europeo, cuando todos los intelectuales de Europa, callaban y veían solamente aquello que sus intereses deseaban ver.

Por otra parte, proclamaba que el psicoanálisis así utilizado, era solamente para los ricos y con una función tan limitada como absurda ya que no alcanzaba más que a unas pocas personas durante años de sesiones. Decía que estábamos ante una sociedad psíquicamente enferma, la única solución era ir directamente a la eliminación de las causas sociales que originaban esta neurosis colectiva.

No has visto en la playa en el verano, pequeñas lucecitas que se movían y que desaparecían al poco tiempo. Ese es el Orgón.

La sensación orgásmica humana podemos clasificarla en tres tipos, la física que alcanza únicamente al cuerpo, habiendo aquí diferentes grados de intensidad. Puedo asegurarte, el cincuenta por cien de las señoras no obtienen sensación física alguna. La energía orgásmica mental, que se obtiene al tener una mente desinhibida sin perjuicio, es decir al tener una mente sana. Este tipo de orgasmos engloba el orgasmo físico, tienen acceso a él no más que cinco de cada cien mujeres con orgasmo físico. Soy generoso con los porcentajes no creas que exagero. Finalmente está la energía orgásmica espiritual, que engloba la física y la mental, este tipo de orgasmo es la comunión con la naturaleza y con el cosmos entero, sintiéndote uno con el todo, en esos instantes se es la unidad. Este tipo de orgasmos muy pocas personas lo alcanzan y los que lo logran lo tienen una o dos veces en su vida.

Puedo asegurarte, es suficiente con sentirlo una sola vez.

Por mi parte te ayudaré a conseguir el físico, te ayudaré un poco, no mucho, encaminándote a conseguir el mental. Conseguir el espiritual es un camino que debes realizar en solitario, únicamente corresponde a tu esfuerzo y superación, nadie podrá ayudarte y mentirá como un político todo aquél que pretenda venderte fórmulas y medios fáciles para conseguirlo.

Dejó de hablar y comenzó a agitar sus manos en remolinos violentos por la parte anterior de mi cuerpo, a veces sentía frío, otras calor, otras veces como si algo saliese de mí, otras como si algo entrase. Así estuvo algo más de media hora.

Puso su mano en mi frente diciéndome.

- Voy a descansar un poco y volvemos, pero esta vez con los posteriores.

Alrededor de otra media hora volvió a agitar sus manos sobre mi cuerpo recibiendo yo sensaciones parecidas a las anteriores.

Me hizo permanecer acostada un buen rato antes de permitir que me levantase.

Se despidió de mí diciéndome.

- Ahora a recuperar los atrasos y como los bancos cobra todos los intereses, no perdone ni un sólo céntimo.

23º Infidelidades

Era por la tarde, me encontraba con la cabeza embotada, signo que presagiaba en mí una futura afección de garganta o de bronquios.

Además de intentar ponerle remedio, me dirigí al exterior del edificio y dar unos cortos paseos todo a lo largo de él.

El aire fresco sobre el rostro, limpiaba mi mente como de telarañas en mi cabeza depositadas. El ambiente hospitalario puede llegar a crear un sopor cronificante que se incorpora cotidianamente a nuestro cuerpo de manera insensible, considerando después este estado como habitual.

Visto desde abajo, el edificio tenía una estética horrible, casi diría que de mal gusto, añadiendo además, que el arquitecto que intervino en su diseño debía tener un gran terror a la enfermedad, de ahí este horroroso edificio.

En una de las ventanas del tercer piso, que coincidía con la planta de recién nacidos, había una mujer. No sé por qué, pero un pequeño escalofrío recorrió mi espalda.

Seguí paseando arriba y abajo por la pequeña acera, dejando vagar la mente sin ningún pensamiento fijo, a veces la suelto como se suelta a un animal doméstico cuando se saca de la casa permitiéndole corretear a sus anchas.

Dejaba de esta forma corretear a mis pensamientos, pero no me permitía desde hace años, ensoñación alguna.

La ensoñación es algo nocivo que abotargando la mente en profundidad la embrutece y una mente embrutecida es propensa a envilecerse fácilmente.

Mis ojos se fijan de nuevo en la fachada del edificio y veo a la mujer que intenta subirse a la ventana. No comprendo en un primer instante que pretende hacer, por la ropa con que va vestida, sé que es una madre con un parto reciente. Adivino sus intenciones y con la rapidez de que soy capaz, echó a correr hacia la puerta del edificio, a mi paso por la puerta casi tiro al celador al suelo, al que sin pararme grito que me siga.

En lugar de coger el ascensor, me dirijo hacia escalera subiendo los peldaños de dos en dos, a la entrada de la planta de un tropezón y cogida por sorpresa una auxiliar da con su trasero en el suelo insultándome con todo lo que se le ocurre, apenas se levanta, vuelve a caer de nuevo, esta vez es el celador el causante, que desconociendo las prisas se para a levantarla, yo abro la puerta de una habitación, abro otra, a la tercera puerta, veo a la mujer sentada en el borde de la ventana y dispuesta a saltar al vacío. Me abalanzo sobre ella, rodeo con un brazo su cuello y allí nos caemos las dos espatarradas sobre el piso de la habitación.

El celador y la auxiliar atropellada entraron poco después. Todo se solucionó al menos en principio.

La mujer había dado a luz a un niño, un niño que había traído a este mundo sin haberle pedido permiso, que tonta soy, quien le ha pedido permiso alguna vez a una criatura para venir a este mundo.

Parece ser según me dijo cuándo se sinceró conmigo, que el niño no era de su marido, sino de una relación ocasional que había mantenido con un medio novio de juventud. No soportaba la idea de haber engañado a su marido y de seguir engañándolo de esta forma convirtiéndolo en un padre que no era.

Al oír esto último, no pude menos que reírme a carcajadas. No lo pude reprimir.

- ¿Porque te ríes de esa manera de mí? Preguntó extrañada.

- Ingenua, encantadoramente ingenua. Le dije, de cada cien niños que veas por la calle, sesenta por no decirte más, su padre biológico no corresponde con el de sus apellidos.

- ¿Qué dices?

- Lo que oyes, esto lo sabemos en el hospital, hemos elaborado estadísticas fiables. Seguí riéndome hasta que ella misma, comenzó a reírse y a llorar alternativamente. De vez en cuando cogiéndome la mano decía, sesenta de cada cien, y volvíamos a reírnos como poseídas.

- Si te gusta tu marido, si estás bien a su lado no le digas nada, como nada les dicen a los suyos sesenta de cada cien mujeres católicamente casadas. Pero vas a prometerme que a este retoño lo querrás más que a tu vida y digo más porque si digo igual ya veo que no la tienes en mucho aprecio y valor.

Con esta última frase, las dos reímos un buen rato.

24º Madre e hija

En el pasillo de la planta de recién nacidos me encuentro con una mujer que sale llorando de una de las habitaciones, le pregunto qué le ocurre. Entre lágrimas me responde que su hija ha dado a luz a un niño y que apenas ha entrado en la habitación para visitarla la ha echado, a gritos y con insultos me dijo que me marchase y que no volviese. Está fuera de sí, está enloquecida. Agregó la angustiada mujer.

Preocupada entré en la habitación, recibí un par de buenas y soeces palabras.

La muchacha se encontraba alterada, muy alterada.

Entré con autoridad y firmeza.

- ¿Qué me estás llamando? Le pregunté, haciéndome la ofendida y también la sueca.

Cogida por sorpresa, su actitud cambió radicalmente disculpándose.

- Perdóname, esas palabras no iban aquí dirigidas a ti, creí que era otra persona.

- ¿Qué persona puede ser, para hablarle de esa manera?

- ¡Nadie! Respondió.

- Eso está mejor, a nadie se le debe hablar de esa manera y de esos modos. A no ser que estés haciendo conmigo lo que Ulises utilizó para librarse y escapar de la isla habitada por los gigantescos cíclopes, que solamente tenían un ojo aquí.

Dije esto señalando la frente, a la par que ponía los dedos índice y pulgar semejante a un ojo.

- ¿No conoces ese relato?, te lo voy a contar.

- Ulises estaba atrapado con sus compañeros en la cueva de un cíclope. enorme, grande y feo, y además terrible porque se los iba comiendo. Ulises el astuto, el rey de las artimañas trató de convencerlo de que los dejara marchar, diciéndole que se llamaba Nadie. Mientras el cíclope dormía cogieron entre varios un gran madero que ardía en una enorme fogata, y se la clavaron en su único ojo, cuando el cíclope soltó a sus ovejas de la cueva, que eran en proporción a los hombres gigantescas, se escondieron entre los vellones de su lana para que no los encontrase al palparlas con sus ciclópeas manos.

Una vez fuera y libres corrieron a su nave, desplegaron la vela y se alejaron todo lo rápido que el viento y los remos le permitían.

El cíclope se lamentaba de la mala suerte de haber perdido su único ojo, al oírlo sus compañeros, cíclopes también, le preguntaron quién le había hecho semejante daño. A lo que él respondió.

- Fue Nadie, Nadie fue el causante.

- Pues si nadie es la causa de tu mal, por qué te quejas entonces. Deja de molestarnos y de clamar al cielo, que si nadie es el culpable, lámentate tú sólo en la soledad de tu cueva.

Me había sentado en su cama, cogí su mano preguntándole.

- Sospecho que ese nadie, no es Ulises, pero tiene un nombre y por las palabras que recibí al entrar, es femenino.

- ¡Es mi madre! ¡Peor que diez cíclopes!

- Has de saber que Ulises es un personaje de Homero de su novela la odisea y los cíclopes es otra invención, jamás ha existido un gigante con un solo ojo en la frente, y todavía menos, han existido diez cíclopes juntos. Excepto en las novelas.

- ¡Pues esta es real, te lo juro, es real!

- Únicamente conozco una parte del cuerpo que tiene un solo ojo, y ese ojo no tiene niña.

- Mantenía su mano cogida. Al oírme eso último comenzó a sonreír y me dice.

- Viene mi madre a visitarme, yo reciente del parto y casi sin saludarme, sin preguntarme siquiera como me encuentro, se dirige al bebé y comienza a decirle estupideces, se parece a su padre, que si tiene los ojos de su abuelo.

No pude soportarlo más. La eché fuera de la habitación.

- Menos mal que lo hiciste por la puerta. Por la ventana la hubieras arrojado de haber podido hacerlo.

- Creo que lo hubiera hecho.

- Creo también que el cíclope, en ese momento eras tú y no tu madre.

- Habiendo tenido el parto esta mañana no puedo considerarme un cíclope, aunque le hubiese dicho lo que dije.

Solté su mano permitiéndola que la retirara de la mía, adelantándome con ello a su deseo.

- Tienes un problema con tu madre sin resolver. Acabas de tener un furibundísimo ataque de celos al ver que tu madre hacía más caso al recién adquirido nieto, que de su hija. Esperabas ser el perejil de la salsa, esperabas las atenciones de tu madre, que según tu opinión deberías tener antes

que nada y antes que el bebé. Esperabas recibir atenciones de tu madre, que según tu opinión, nunca te había prodigado y digo según tu opinión, porque la suya seguramente, será una opinión bien distinta. ¿Me equivoco?

- ¡No! Respondió.

Volví a coger su mano a la que apretaba ligeramente.

- Además, con tu madre mantienes una lucha cuerpo a cuerpo y una guerra sin tregua, guerra y lucha de ambas partes beligerantes igual de aguerridas.

Esto lo llevas haciendo desde la adolescencia, además tienes uno o dos hermanos mayores, pero lo que sí es seguro es que tienes uno menor que tú.

Me miraba con ojos de asombro y muy abiertos.

- ¿Cómo sabes todo eso?

- Es muy fácil saberlo. Pero no viene ahora a cuento explicártelo. Lo que sí puedo decirte es que estás buscando a tu madre, todavía a tu edad buscando a una madre ideal y te has quedado mentalmente en la infancia. Eres adulta, tienes independencia económica, estás casada y todavía buscas a tu madre para que te proporcione afectos y palabras infantiles, tranquilizadoras y de estímulo.

Llevas toda tu vida mentalmente pendiente de la opinión de tu madre, de cómo enjuiciará cualquiera de tus actos, inclusive el más mínimo y trivial.

Puedo ir más lejos aún, has elegido por marido a un hombre de los gustos de tu madre, o lo has elegido a la inversa, solamente por llevarle la contraria. En ninguno de los dos casos has elegido libremente, en el primer caso, por agradarla y llamando con ello su atención, en el segundo para enfrentarte a ella y llamar su atención también.

Llegado a este punto grandes lágrimas rodaban por sus mejillas. Yo seguí hablando, porque iba a dejar de hacerlo, nunca le habían hablado de esto y de esta manera, ella lo necesitaba, tal vez pudiese servirle de alguna ayuda, era improbable, pero siempre había una posibilidad.

- Todo el montaje se complica, si tu marido es ganado por el bando de tu madre y apoya a tu madre dándole la razón en las discusiones que tenéis.

Discusiones que comienzan por lo más trivial y sin motivos aparentes. Si por el contrario se sitúa en tu bando y se enfrenta a tu madre, ésta lo odiará y tú te apoyarás en él, pero internamente habrás comenzado a desarrollar un odio y un desprecio hacia tu marido similar o aun superior al de tu madre. Cuanto más luchas contra este sentimiento, más fuerza parece recobrar y más fortalecido aparece.

La pobre casi se desmaya, era como si le estuviese diseccionando el alma.

- Debes tener presente una cosa, debes tenerla presente mientras vivas. Tu madre es como es, tuvo su infancia y su vida y esto la configura en la persona en que se ha convertido, transmitió lo que a ella le han transmitido. Un profundo egoísmo y una profunda preocupación por sí misma. El cambio y la superación de esta condición, es trabajo exclusivamente de ella.

No busques nada en quien nada puede darte, en este caso no busques afecto en quien afecto no puede darte, porque los desconoce. Pero tú si puedes a poco que te esfuerces, en superar la condición en la que te encuentras que es muy similar a la de ella. Tienes que ver a tu madre con objetividad, verte a ti con objetividad y analizarlo bien y muchas veces. El problema entonces se resolverá por si sólo.

No olvides nunca que no tienes ningún derecho a tener engañado ni hacer infeliz a tu marido, te apoyas en él y lo utilizas pero no lo amas, porque aún tienes que descubrir lo que es el amor.

Tampoco debes olvidar y esto es lo más terrible, que si no resuelves el problema de querer seguir siendo hija cuando ya eres madre a tu vez, harás desgraciado a tu hijo. Le darás de todo, menos lo que deberías darle.

No debes permitir ni un solo momento más que el sentimiento de búsqueda de tu madre viva en ti.

Solté su mano y salí de la habitación.

25º Preparadas para ser madres

En el tiempo que estuve trabajando en la planta de maternidad, hubo momentos espléndidos, gratificantes y también los hubo de gran tristeza. No sucede lo mismo con todos los trabajos, al igual que en las distintas especialidades y en las diferentes plantas en que he estado, en unas se está más propensa que en otras a este tan acusado contraste.

Si poco antes había escrito sobre la mujer que había echado de la habitación a su madre, voy a contar el caso de otra madre primeriza y ya no tan joven. Su edad superaba la treintena, no deseaba tener hijo alguno, postura en la que se mantenía firme sin preocuparle el deseo de su marido.

He conocido a mujeres que rehuían el embarazo, porque tenían la convicción de que el cuerpo le quedaría deformado para el resto de sus vidas. Las caderas, decían, se anchean, el vientre se dilata, la piel quedará con estrías y los pechos colgarán perdiendo su turgencia y dureza.

No conseguí a ninguna de ellas convencerlas de que todas esas creencias no eran más que tonterías, les explicaba que los huesos de las caderas en su dilatación vuelven posteriormente a su lugar y quedarán igual que antes con un poco de ejercicio, al igual que el vientre volvería a ponerse plano y a adquirir la dureza muscular anterior con una adecuada gimnasia post-parto.

A los pechos les ocurriría exactamente igual, pudiendo a lo sumo perder algo de su firmeza anterior, pero que con una dedicación de cinco minutos diarios se corregirían con facilidad.

Además debe tenerse en cuenta, que el pecho de la mujer tiene su mayor firmeza hasta los veinte años, a partir de esa edad los pechos van perdiendo su turgencia natural. Este es el motivo por el que los fotógrafos profesionales utilizan para la publicidad los pechos de jovencitas.

Las estrías de la piel se evitarían con una crema de las muchas que hoy hay en el mercado.

De nada servían mis palabras, lo que me hizo pensar que detrás de esa negativa a quedarse embarazadas y darles de mamar a los hijos había un problema mayor y secretamente oculto. Las mujeres así son más de las que puedan creerse, muchas de ellas se quedan embarazadas y tienen hijos, sí los tienen, pero con una calculada finalidad, la de sujetar a los maridos bajo su férula y la de invertir en sus hijos con la intención de que las cuiden cuando sean mayores. Egoísmo por un lado, hipocresía amorosa por el otro, casi siempre ambas van unidas.

En todas ellas veía unas constantes comunes, preocupación excesiva por su físico exterior, que aplacaban con asistencia asidua a peluquerías, tratamientos de belleza frecuentes y la compra de ropas en comercios de moda.

Todas ellas se preocupaban por las dietas de comida, acudiendo a la consulta de profesionales que las ponían innecesariamente a dieta, dietas que ellas mismas al cabo de un tiempo dejaban de

cumplir. No haciendo ni preocupándose jamás de hacer un racional ejercicio o una tabla de ejercicios gimnásticos especializados para el fortalecimiento y realce del cuerpo femenino.

Otras de las constantes que comúnmente unía a estas mujeres, jóvenes o no, era la frivolidad. Todas ellas eran de naturaleza frívola. Esta frivolidad la aplacaban con la programación de frecuentes viajes, las cenas en restaurantes, la permanencia en cafés y en terrazas en los días de buen tiempo.

Otra constante de todas ellas, era lo anodino de sus conversaciones que junto con su estupidez mental se me hacían tediosas e insoportables.

Detrás de todo esto, había en ellas una terrible insatisfacción y un gran complejo de inferioridad rallando lo patológico que las hacía pelearse con la vida. Todo les parecía bien si todo iba por el cauce de sus deseos, todo les parecía mal e incomodaba si no coincidía con sus querencias del momento.

Toda contrariedad les suponía una afrenta, la vida para estas mujeres, aunque lo ocultasen, las ofende constantemente porque pocas veces es coincidente con sus variables deseos.

En una ocasión, una madre primeriza de las que podemos ubicar en el grupo descrito anteriormente, tenía en la habitación un ostentoso ramo de flores y una gran caja de bombones en la mesilla. Bajo la máscara de alegría, noté al momento que toda ella era fingimiento, que tras ese fingimiento se ocultaba el fantasma del temor y le llamo fantasma porque el temor no es otra cosa que un fantasma creado por nosotros mismos o por otras personas que nos hacen creer en ellos como una realidad tangible.

Para animarla un poco, a pesar de su aparente alegría, le dije que me ayudase, que íbamos a cambiar el pañal al pequeño.

Le sugerí que fuese ella quien lo hiciese así iría practicando y ganando seguridad en el manejo del cuerpo del pequeño, indicándole que los recién nacidos aunque delicados son muy fuertes.

Al desabrochar el pañal, surgió ante nuestra vista unas hermosas y claras heces de bebé sin olor alguno que pudiese causar desagrado.

Y digo hermosas heces, porque eran claras, si fuesen verdosas indicarían con mucha probabilidad que el recién había tragado meconio durante el parto, esto en el futuro podría acarrearle trastornos de intestino, reflujo, desarreglos estomacales y alergias, derivando unas veces hacia problemas de piel y otras hacia problemas respiratorios.

Esto era algo en que solía fijarme y con insistencia les decía a las madres que observasen en sus casas las heces de los niños.

Estas heces eran magníficas, de libro, podría decirse. Apenas la madre las vio, una arcada y el posterior vómito salió de su boca, casi sin tiempo para desviar su trayectoria que caía directamente sobre el pequeño.

Asombrada exclamé.

- ¡Alma de Dios! ¿qué te ocurre?

- No lo puedo evitar, es superior a mis fuerzas.

- ¿Estás diciendo que las heces de un recién nacido que además es tu hijo, te hacen vomitar?

- Eso mismo. No lo puedo soportar.

Diciendo esto se dirigió a la cama y se acostó. Lavé al pequeño y cambié el pañal, quise dárselo para que lo tuviera a su lado pero me lo rechazó con un gesto de la mano.

El niño puesto en la cuna, no tardo en volverse a dormir, durante los primeros días, los niños únicamente duermen y comen, si lloran es para comunicar que tienen hambre o que se encuentran incómodos con algo que les molesta, a menudo la excesiva ropa y casi siempre los gases que les producen los alimentos en su joven intestino o el propio aire que tragan estos mamoncetes.

- Así que tú también eres de las que renuncias a dar pecho a tu bebé.

Le dije mirándola fijamente a los ojos.

- Sabrás que al no ingerir el calostro, el niño obtendrá menos defensas naturales con las que podría evitar muchas enfermedades.

Malhumorada me contestó. Para eso están los medicamentos.

- Sabrás también que los medicamentos en su mayoría únicamente tienen un efecto sobre los síntomas y no sobre el origen causante de la enfermedad. Los medicamentos sintomáticos, alteran profundamente el funcionamiento de ciertos órganos, disminuyendo todavía más las defensas naturales del cuerpo.

Se encogió de hombros y comportándose como una niña caprichosa dirigió sus ojos hacia el televisor apagado. Permaneció un buen tiempo con ese mutismo obstinado.

Llegado a este punto, me entraron ganas locas de abofetearla.

Instantes después añadió.

- Era adolescente cuando mis padres tuvieron a mi hermano el pequeño. Me acuerdo perfectamente del día en que mi madre me dijo que le cambiase del pañal. Sucedió exactamente igual que ahora, con la diferencia que aquella vez vomité sobre él.

- Nunca te has llevado bien con ese hermano pequeño, y él siempre se ha portado bien contigo, no creo que recuerdes alguna mala intención por su parte.

Ella negó con la cabeza.

- Sin embargo no lo has podido evitar. Tu madre siente por él debilidad y clara preferencia. Eso tu no lo puedes sufrir, tú eras la reina, ha nacido el pequeño y te ha destronado, para él y no para ti, fueron desde ese momento todas las atenciones, atenciones que habías previamente arrebatado a tus hermanos mayores. Porque tienes hermanos mayores, no es así.

A mi pregunta asintió con la cabeza, añadiendo.

- Dos hermanos mayores que yo.

- Temías ser destronada y perder el afecto de tu madre, que probablemente era muy poco el que de ella recibías, aun así, temías perder ese poco afecto que te proporcionaba y veías su embarazo como un auténtico peligro contra tu seguridad familiar. Odiabas el embarazo de tu madre, y por supuesto detestabas a su causante, la criatura que llevaba dentro.

El día de su nacimiento fue el peor de los días de tu vida, fingías alegría, pero no tenías consuelo posible, ni siquiera tu padre del que siempre has tenido su cariño, logró consolarte. Desde ese día comenzaste a odiar a tu madre, a tu pequeño hermano y al mundo.

El día que tu madre dijo que le ayudases a cambiar el pañal, te encontraste con sus heces y no pudiste reprimir las arcadas y el vómito. Vómito que representaba una expulsión y un rechazo, al igual que ahora representa una expulsión de tu cuerpo, un aborto. Seguro que has pasado gran parte de tu embarazo vomitando. Volvió a encogerse de hombros y fijó sus ojos desafiantes en mí. Iba a continuar hablando sin hacer caso alguno de sus miradas cuando me espetó fríamente.

- Con mi marido estoy en el baño, no me importa absolutamente nada el mal olor de sus heces, ni a él le importa como huelen las mías.

- Lo celebro y eso está muy bien. Pero debes tener presente que la mierda no huele ni bien ni mal, la mierda huele a mierda. Si hay algún cerdo ese es el que no caga porque deja la mierda dentro de sí, además es un síntoma de tacañería, sobre todo de tacañería amorosa, a veces se tiene lo que hoy en día se conoce como colon irritable, enfermedad que tiene mucho que ver con lo que hemos hablado anteriormente.

Quiso defenderse insistiendo sobre su comentario anterior.

- Con mi marido en el baño, jamás he tenido una sola arcada, ni un asomo de vómito, ni tan siquiera una mueca de disgusto.

- La razón es bien sencilla, a tu marido no lo rechazas, me atrevería a decir que no lo quieres tampoco, si lo quieres es para utilizarlo y manipularlo. Te agarras a él como naufrago a un madero,

has buscado un personaje similar a tu padre, buen hombre probablemente, pero absorbido por el neurótico carácter de tu madre. Has hecho una fotocopia de ese comportamiento con tu marido y el adopta contigo una actitud paternalista y tú la de hija manipuladora.

Hice una pausa y luego le espeté de súbito.

- ¿Cuántas relaciones totales, y cuando digo totales, digo con penetración, mantienes con tu marido a la semana?

- Llevamos diez años casados.

- Ya me has respondido y yo ya he hablado suficiente. Avisaré que vengan a limpiar el suelo.

Ya en la puerta dije.

- Si tuviera autoridad, a las mujeres como tú le retiraba inmediatamente sus hijos. No estáis preparadas para realizar la función de madres.

Salí de la habitación, preguntándome mentalmente ¿Quiénes lo están?

26º La bofetada

Estaba en la planta de enfermos paliativos, a última hora de la tarde ingresan a un paciente de edad avanzada, le acompañan varios familiares. No tiene sentido tanto acompañamiento ni tanto séquito.

Cuando un enfermo ingresa en esta planta, es para no salir de ella con vida en la mayoría de los casos y en los pocos que de ella salen, no tardan en volver.

No obstante, con anterioridad a permanecer ingresados en esta planta, han estado ingresados otras muchas veces en otras plantas diferentes según iba desarrollándose la enfermedad, lo que quiere decir que están acostumbrados a los ingresos hospitalarios.

En una frase resumida, a paliativos se viene a morir. Es triste morir en un hospital, está de moda hacerlo, porque a la muerte se le teme, y por tanto los familiares y el propio enfermo la ocultan. Se asemejan al avestruz, que según dicen ante un peligro inminente oculta su cabeza bajo el ala, creyendo que no viendo el peligro, el peligro desaparece. No creo esto del avestruz, pero sí lo creo del hombre, apartando de sí la visión de la muerte, cree que su presencia desaparece. Este es el principal motivo y no otro, por el que les permiten sus familiares que abandonen este mundo en un lugar extraño y no en su casa rodeados de sus objetos cotidianos y de sus allegados.

El temor, ese terrible fantasma paraliza la mente humana convirtiéndola de racional en irracional, de flexible en inflexible hasta llegar a una rigidez que se rompe por su misma tensión.

Se teme al futuro, se teme al presente, se teme al pasado, aunque nadie se haya puesto a pensar lo que es el futuro, el presente y el pasado. Se teme a la enfermedad, se teme a las penalidades, a los disgustos, a la miseria, a la pobreza, al dolor, al sufrimiento, se teme al fracaso, se teme perder el estatus económico, se teme al despido en los empleos, se teme al qué dirán, la lista puede ser interminablemente infinita. ¿Hay a menudo algo real en estos temores?, nada real, son temores infundados. Pocas personas se han detenido a reflexionar lo que es el temor y lo que este representa en sus vidas. Quien esto hace, su vida toma una dirección opuesta a la que hasta ese momento ha llevado. El que tiene temor a la miseria, nunca logrará hacer desaparecer su temor por muy nutrida que sea su cuenta bancaria, de ahí su obsesiva necesidad de agrandarla cada vez más. El dinero en este caso, es como el medicamento paliativo del dolor que suministramos en esta planta, calma el dolor y enmascara la enfermedad.

Uno de estos familiares era mujer, sobre los treinta años, venía acompañada por su novio, me pareció afectada y teatral, por la manera como que se comportaba.

Allí permanecieron siete personas en la habitación y en el pasillo por espacio de dos horas, después se marcharon, la teatral, la llamo así porque era teatro todo lo que tenía encima, iba

apoyada en el brazo de su novio, éste solícito y realmente afectado por el comportamiento de su novia, se lo ofrecía compungido.

Durante la semana que el paciente permaneció ingresado, únicamente una mujer permaneció a su lado día y noche, abandonando la habitación en las obligadas horas de limpieza y visita médica.

Transcurrido este tiempo, el paciente entró en coma y se le comunicó al familiar que era cuestión de horas la vida que le quedaba, siendo seguro que en su estado agonizante no pasaría de esa noche.

Con la noticia volvieron a reaparecer todos aquellos familiares que habían venido con su ingreso, entre ellos la teatral con ojos llorosos y andares de Verónica procesional, se desplazaban de la habitación al pasillo, del pasillo a la habitación y vuelta de nuevo a empezar. Permanecían impacientes a la espera del anunciado y esperado final.

Con frecuencia el médico ha pronosticado la muerte inminente de un enfermo y con frecuencia este tiempo se alarga. Lo curioso de este hecho, es ver el comportamiento nervioso y lleno de ansiedad de los familiares que hartos de esperar, pasean intranquilos como tigres enjaulados. A menudo me pareció ver en algunas caras enfado y contrariedad, en otros al pasar por su lado es como si oyese decirles ¡porque no te mueres ya de una vez!

Los días de sufrimiento y agonía del enfermo junto con esas últimas horas, preparan el corazón de aquellos familiares que lo tienen, para ese inevitable desenlace.

Me encontraba en el control de enfermería cuando escucho ruidos y llantos al fondo del pasillo, varias compañeras acuden allí. Había fallecido un enfermo y la familiar teatral, estaba poseída de un llanto histérico que alternaba con gritos. La llevaron a una pequeña salita de urgencias de la planta, cuando llego, la habían acostado en la camilla de la que traba de incorporarse impidiéndoselo varias auxiliares y algún familiar.

Entré, mandé salir a los familiares y sola con las auxiliares, les dije:

- ¡Dejad que se incorpore!

Era de noche y alborotaba toda la planta molestando a los enfermos, no me hubiese importado ese comportamiento si estuviésemos entre caballos, pero estábamos en un hospital. Le propiné dos bofetadas, la verdad es que fueron dos buenas bofetadas una del derecho y otra del revés para equilibrarla bien de ambos lados.

El efecto fue como la purga de Benito, instantáneo. Abrió los ojos asombrados y cerró la boca sin poder decir absolutamente nada.

- ¡Así está mejor! Le dije. Las formas no están reñidas con el dolor.

Llené un vaso con agua, cogí al azar una pastilla cualquiera del estante, y se la ofrecí.

- Esto te sentará bien.

No volvieron a oírse gritos ni llantos esa noche.

27º Un caso de anorexia

En pocas ocasiones traté con personas anoréxicas, cuando digo personas debería referirme a muchachas y mujeres ya que raramente es el hombre quien la padece. El hombre suele padecer una enfermedad que se le denomina vigorexia, quienes la sufren se hacen adictos al gimnasio realizando varios entrenamientos diarios con pesas, llegando al no tener grasa su cuerpo a consumir el propio músculo.

En la anorexia las muchachas que son en su mayoría quienes la padecen, se niegan a comer, llegando hasta el extremo de peligrar su vida y de morir en muchos más casos de los que comúnmente se cree. Puede calificarse esta enfermedad de muy corriente hoy en día, como grave.

Se sabe mucho sobre la anorexia, pero ese mucho que de ella se sabe es muy poco, a mi forma de entender se desconoce casi totalmente. Pueden clasificarse en anorexias incipientes, medias y anorexias totales, alternando a veces con ataques de bulimias, que no es otra cosa que el comer sin medida alguna.

Pueden clasificarse también en base a sus causas, difícil a menudo de determinar. Pero todo ello no da conocimiento alguno sobre la enfermedad, como tampoco lo da el que al no ingerir alimento, el cuerpo se consume a sí mismo, alimentándose de su propia grasa, después de los músculos, después de los órganos y finalmente del cerebro.

Hay tratamientos psicológicos en su mayor parte ineficaces y practicados la mayor parte de las veces por psicólogos inexpertos.

El tratamiento científicamente efectivo, y esta es la cruel realidad, consiste en alimentar artificialmente por la fuerza a quien se niega a comer.

He reflexionado detenidamente sobre las muchachas que padecían esta enfermedad, soy de las que creo que la enfermedad debe observarse en quien la padece y en quien la genera. Observar es para mí comprender, y comprender no es para mí diagnosticar ni clasificar, con este propósito visitaba con frecuencia la planta donde se encontraban hospitalizadas este tipo de pacientes.

Una de las veces que me encontraba en esa planta en el control de enfermería, una mujer que tenía a su hija internada les armó un buen escándalo, no recordando ahora el motivo. Lo que sí recuerdo era la cara de histeria que esa persona tenía.

Intrigada me dirigí a la habitación, sabía que la madre se había marchado, la hija que tendría dieciséis años, se encontraba sentada en la cama llorando.

La vi de reojo mientras me encaminaba sin detenerme directamente a la ventana, mirando hacia el exterior permanecí de pie dándole la espalda una buena cantidad de tiempo.

El ambiente estaba cargado de una densa y desagradable tensión. Dejé que mi presencia se hiciese como algo más de la habitación, al tiempo que mi silencio la intrigase produciéndole la natural curiosidad.

Sin darme la vuelta y sin dirigirme a nadie, dije.

- A veces las madres son tan histéricas que rayan en la imbecilidad.

La respuesta no se hizo esperar.

- La mía no raya en la imbecilidad, la mía es imbécil totalmente, histérica hasta la saciedad y gilipollas.

Seguía de espaldas a ella, temía que si me daba la vuelta podría intimidarla y que se encerrase en sí misma.

En estos momentos la rabia, el enfado, la discusión o lo que fuese, había derribado parte del muro que ella se había como defensa construido.

- ¿Tu padre qué opina? Le pregunté con la intención de conocer algo de su entorno familiar.

- Que va a opinar. Se marchó por no aguantarla, estoy segura.

- ¿Están divorciados?

- Si, hace seis años que se divorciaron, tenía yo diez años.

- ¿Estás con frecuencia con tu padre, o lo ves pocas veces? Volví a preguntarle, al notar que tenía ganas de hablar.

- Hace mucho tiempo que no lo veo por lo menos tres años. Además es un irresponsable.

Esta última frase me sonó a su madre, una muchacha no habla así de un adulto y menos de su padre.

- ¿Por qué es un irresponsable?

- Porque un irresponsable es un irresponsable, no hay más.

- ¿Pasa a tu madre el dinero para tu educación? Le pregunté, eludiendo premeditadamente la palabra alimentación. Antes de la separación de tus padres tienes de él un mal recuerdo, y después de separarse ¿cómo es el recuerdo que conservas de él?

Esta vez la respuesta se hacía esperar, era como si estuviese pasando revista a sus recuerdos uno a uno, finalmente dijo.

- La verdad es que tengo de él buenos recuerdos, era alegre y cariñoso. Me compraba todo lo que quería, me llevaba al parque todos los días.

- ¿Por qué dices de él que es un irresponsable?

- No lo sé. Respondió con voz ausente.

- Tu madre es quien dice que es un irresponsable y se refiere, estoy segura de ello, que se refiere a él como el irresponsable de tu padre ¿me equivoco?

- Para nada, así es como lo llama.

- Además tu padre se buscó una mujer más joven, desde ese momento tu madre comenzó a llamarle así y a hablarte mal de él hasta lograr que dejaras de verlo. ¿Me equivoco? Volví a preguntarle.

Hizo un largo silencio como si no quisiera hablar más, creí que todo había concluido, iba a darme la vuelta y marcharme. Todo lo que desde ese momento dijese rebotaría contra el muro que ante sí había erigido.

- Así fue como sucedió. ¿Cómo sabes todo eso? Preguntó de pronto.

- Es muy fácil saberlo, soy mujer. Respondí. Además tu madre desde que se divorció no ha tenido a ningún otro hombre en su vida, de eso estoy segura.

- Yo también lo estoy. Añadió ella.

- Y tú, ante un padre que es un irresponsable y que no desea verte, cosas ambas de las que dudo y ante tu madre que es histérica y resentida manipuladora, optas ante una situación de soledad y desamparo, por huir y escapar de la vida, que según tú es una mierda que no merece vivirla ni ser vivida, te matas lentamente no comiendo. No le llamas suicidio le llamas cobardemente anorexia a esta huida.

Por favor, dime sinceramente si estoy equivocada, se sincera contigo misma.

Meditó las palabras que acababa de oír y como costándole trabajo, como sacándose las palabras agarradas a su pecho, dijo.

- Tengo que admitir que hay mucho de eso.

- ¿Por qué no te vas a vivir con tu padre?

- ¿Con mi padre? Preguntó asombrada y cogida por sorpresa.

- Que malo hay en ello. De él tienes buenos recuerdos. Y por él te sentiste querida, porque no puedes hacerlo.

- ¿Qué será de mi madre? Respondió.

En ese instante me di la vuelta, la observé, era una muchacha bonita, con facciones agradables, por la conversación que tuvimos, inteligente y despierta.

Avancé hacia ella, besé su mejilla y le susurré al oído.

- Hazlo querida, hazlo. Ya sabes lo que va a ser de ti.

28º Los engaños

Nos han educado en la culpa. La culpa, ese concepto de la religión judeo-cristiana ha invadido nuestras mentes de tal manera que nos creemos y lo que todavía es peor, nos sentimos culpables. Nacemos ya, según esta religión, con el estigma del pecado original, que al parecer no es otro que el sexo.

Culpabilizándonos esta misma religión, por pensamiento, palabra, oído, vista, acto y omisión, siendo el sexo el gran punto de mira del pecado religioso.

La mujer es vista como el mal tentador del hombre, como el pecado, como el mal humano que para redimirse, debe ser virgen, casta y pura.

La madre de Jesús de Nazaret, la hicieron absurdamente virgen, fecundada y absurdamente virgen post-parto, dando con ello un absurdo culto a lo absurdo. Una vez más se corrobora la máxima, cuanto más absurdo más creíble.

La religión judeo-cristiana, elabora una lista de culpas que divide en pecados capitales y veniales es decir mayores y menores.

Es una religión que al igual que las demás religiones y sectas religiosas, basa su poder y su fuerza en la represión de las necesidades fisiológicas, orientando su satisfacción por cauces artificialmente creados. Quien desee satisfacer sus necesidades sexuales debe contraer matrimonio por medio de una previa celebración religiosa y por medio de un permiso estatal. De no hacerlo así viviríamos en pecado y seríamos culpables ante los ojos y ante la ley de Dios. Al igual que seríamos perseguidos por infringir las leyes gubernamentales.

Dios al parecer es infinito y los sacerdotes logran poner lo infinito en un libro. Aquí está Dios, éste es el libro de Dios, este es el libro sagrado con la palabra, el mandato y las leyes de Dios.

Absurdo, tras absurdo y se cree porque es absurdo. Educamos con la culpa, educamos con la culpabilización y con el castigo. Culpa ésta, aunque dirigida, a su vez la dirigimos hacia otros como una válvula de alivio.

Cuando un niño tropieza con una mesa y se hace daño, sus familiares para cortarle el llanto alivian su dolor diciéndole.

- Pégale a la mesa, la mesa es mala, riñela a la mesa que te dio un golpe en la cabeza.

Al hacerlo, despista el niño el incidente aliviando su dolor, pero esta acción repetida y vista en sus múltiples variantes en sus progenitores, hipotecará su futuro aliviando cuando ya es adulto sus padecimientos culpabilizando a otras personas y su entorno. El mecanismo que le han enseñado en su infancia, lo reproduce cuando es adulto. La culpa es tuya, le reprocha la mujer al

marido o a la inversa. La culpa la tienen los políticos, reprocha el ciudadano sin querer reconocer su culpable pasividad. La culpa y los culpables siempre es de fuera, al igual que las tentaciones y el pecado, yo soy inocente. Así opera esta válvula de alivio compensatorio de la culpa religiosa interna.

Alguien dirá que hoy en día el peso de la religiosidad sobre las mentes es mínimo. Observen si las personas contraen vínculos matrimoniales por la iglesia y el estado, observen si los niños son bautizados, observen si a los niños se les induce a celebrar la primera comunión y finalmente observen si los sacerdotes offician el enterramiento del cuerpo a la hora de la muerte.

Si eso no tiene importancia, porqué se hace entonces. Porque sí tiene importancia para aquel que lo hace y para quienes quien quieren que lo hagan también.

El camino de Santiago se recuperó del olvido, miles de personas realizan este camino en sus vacaciones, argumentaran algunos, que la gran mayoría de estos concheiros, que es como se les denominaba a quienes peregrinaban a Santiago, romeros a los que lo hacían a Roma y peregrinos quienes lo hacían a Jerusalén, no lo hacen por fervor religioso alguno, que es más bien deportivo, turístico, vacacional y de aventura. No pongo en duda estas motivaciones, como tampoco niego que además se haga este camino como una huida de sus mujeres, como huida de sus maridos, hijos, padres, trabajos, estudios, etc. Pero sea por lo que sea por lo que el camino de Santiago se haga, se realiza por una ruta religiosa, gubernamentalmente trazada, programada y publicitada y que al final de esta ruta se encuentra una ciudad de comerciantes, una ciudad capital política de Galicia, una ciudad que es después de Roma, la sede de la cristiandad occidental.

A su llegada estas personas ansían entrar en la catedral y escuchar allí officiar una misa como el mayor de sus anhelos y obtener el justificante de haber realizado el camino que lo expende una oficina turística-religiosa.

Todo lo que se quiera, pero por caminos religiosamente trazados, todo con orden y vigilancia.

En este mundo traidor

nada es verdad ni mentira,

todo es según el color del cristal

con que se mira

siendo así, la rueda de la existencia,

pecar, hacer penitencia

y luego vuelta a empezar.

En las visitas que realizaba a la planta de ingresos por anorexia, con frecuencia me sentaba en la sala que tienen para su esparcimiento, permanecía tiempo sentada, mezclándome con las visitas y familiares acostumbrándoles a mi presencia y así poder observar los movimientos, los gestos, las expresiones, las palabras, las conversaciones, observar las vestimentas de los familiares, sobre todo observaba a las madres, observación que luego comparaba con las hijas.

No tuve trato directo con pacientes, porque mi trabajo no estuvo nunca destinado en esa planta, pero mi curiosidad por la psicología y la preocupación por el alma humana me condujo casi como una obsesión hacia esa planta. Quería entender como en la flor de la juventud, cuando la vida tiene más fuerza, cuando la vida posee un impulso irreprimible, alguien es capaz de negarla y sustraerse voluntariamente a esa fuerza.

No pasé allí demasiado tiempo de cada vez, excepto en mis turnos de noche, en esas horas en que el silencio del sueño invade la planta, entonces me dirigía a ella y escuchaba a algunas de estas infelices durante horas.

De ellas aprendí mucho y mucho me ayudaron por rebote, a conocerme a mí misma. Pero también con la confianza que íbamos adquiriendo y sabiendo que no era enfermera de la planta, bajo secreto y me lo hicieron jurar que no lo contaría a nadie del centro, me pusieron al día de sus trucos hospitalarios y domésticos.

Entre risas y bromas me iban contando como se libraban de la comida que en sus casas o en el hospital les obligaban a ingerir. Me decían.

- En casa delante de tus padres dejas que te vean comer, llenas la boca de comida, en un momento de despiste haces que limpias los labios y echas el contenido en la servilleta. Al final el plato queda limpio, incluso puedes permitirte el lujo de halagar la comida.

- ¿No se dan cuenta del engaño?

Se reían a carcajadas ante mi pregunta.

- Pueden pasar años, sin que tengan la menor sospecha. Por mucho que se diga quienes menos conocen a los hijos son los padres. Ellos están preocupados por otros asuntos.

- Increíble, jamás lo hubiera sospechado.

Les decía yo para alentarlas a seguir hablando.

- Otras veces comes en abundancia delante de ellos, después en el baño intencionadamente provocas el vómito y dejas el estómago más vacío que un bolsillo de mendigo.

- Otras veces por la tarde manchas una taza con algo de leche y deshaces unas galletas. Lo haces al igual otras veces por la noche mientras duermen. Al día siguiente lo ven y creen que has comido.

- Esa actitud es insostenible durante mucho tiempo. Fingir así debe ser un tormento insoportable.

Volvieron a reírse de mí. La verdad es que me encantaba escucharlas, hablar de todo esto con la despreocupada naturalidad y frescura de la gente joven.

- Que va a ser un tormento, es divertido, te acabas riendo de todos, puedes hacer lo más evidente que no se enteran de nada.

- No lo puedo creer.

- Te aseguramos que es cierto. Además también tomamos laxantes, nos producen una descomposición que nos deja el intestino limpio todos los días.

También tomamos diuréticos, con ellos meamos como monas.

Sus risas no se hicieron esperar, la mía las acompañaba con ganas.

- Dejamos bolsas de patatas vacías o de frutos secos bien visibles en la habitación para que crean que comemos a deshora.

A veces nos entran ataques de ansiedad por comer, es como si nos volviéramos locas por comer e ingerimos cantidades asombrosas de comida.

- Una vez, dijo una de ellas, me comí dos pizzas, tres sándwiches y una bolsa de patatas.

- ¿Te cupo todo eso? Pregunté.

- Estaba hinchada como una foca, claro que después de vomitar todo volvió a ser como antes de comer.

- Aquí, además de los diuréticos y laxantes, utilizamos otros trucos.

- La necesidad agudiza el ingenio. Sentenció una de ellas.

- Cuando nos van a realizar el control diario del peso, bebemos una buena cantidad de agua y con ella en el estómago pesamos más. Otras veces retienes la orina hasta que te pesan, después vamos al baño libremente.

Si retienes trescientos mililitros tienes casi trescientos gramos más y das el camelo. Otras veces no permites mover el vientre y retienes las heces, esto incrementa el peso también.

- Pero eso lo tienen presente, ya están familiarizados con estos trucos.

- No lo creas, no tanto como parece. Pero aún hay más, esto es el curso de primaria. Si quiero incrementar el peso, puedo ponerme pilas entre el pelo recogido en un moño, o pegados al cuerpo con esparadrapos.

- Pero con todo esto lo que se consigue es que os hagan una alimentación asistida. Respondí.

- Ahora viene algo que solamente es para doctoradas, cuando eso sucede, con una jeringa de las grandes, extraemos el líquido ese asqueroso. Hay más cosas, pero esas ya son “top secret”.

Me levanté para marcharme tenía un ligero dolor de cabeza que por momentos se incrementaba.

- ¿Cuándo volverás a visitarnos?

- Tan pronto pueda, tan pronto pueda. Les dije.

La cabeza se me iba un poco, salí consternada hacía mi planta.

29º Está como un queso

Se ha dicho que una de las principales causas motivantes de la anorexia eran los diseñadores de ropa porque realizaban sus diseños y fabricación con tallaje muy pequeño, tallaje pensado en cuerpos casi de niñas más bien delgados que de adolescentes y muchachas con un cuerpo normalmente desarrollados.

Se ha culpado también a los diseñadores y las modelos debido a la delgadez de muchas de ellas, como los grandes culpables. Las chicas las imitan, desean ser como ellas y se niegan a la comida.

No digo que no tengan algo de culpabilidad, pero solamente algo. De buscar culpables estos deben buscarse en el entorno cercano y familiar que es el que en realidad influye directamente sobre la educación y las costumbres de estas muchachas.

Es cierto que la televisión en sus numerosos canales con la emisión de estúpidas series norteamericanas dirigidas a las adolescentes, las infantilizan con una realidad que no es la suya. Igualmente ocurre con la utilización del ordenador, máquinas de juego y del tan al parecer beneficioso e indispensable Internet.

Si esto ocurre en una casa, es porque los padres permiten este excesivo uso y abuso de estos aparatos por parte de sus hijos, los padres tienen más tiempo para dedicarse a sus asuntos, en lugar de dedicarles el tiempo y la atención necesaria a sus hijos.

Ésta es, a mi manera de ver la auténtica causa. La televisión con sus programas y el ordenador, no son más que derivaciones.

Otra de las causas, es la imitación, pero esta vez la imitación es a las madres.

Algunas de estas madres, que no desean envejecer con dignidad, es decir no teniendo una alimentación sana, equilibrada, ni haciendo por pereza ejercicio alguno que tonifique su cuerpo manteniéndolo ágil y fuerte. Se dedican a realizar sin medida alguna, desproporcionadas dietas y brutales ayunos, con el resultado de deficiencias alimenticias cuyo primer síntoma es el cansancio, la alteración nerviosa y el insomnio.

Al formar parte de la dieta el café como estimulante, todavía se incrementan más los síntomas anteriores.

Quien no ha escuchado la frase “mi peso es”, “de siempre pesé”, “desde los diecisiete años mi peso es”, y tienen todas ellas edades que superan la cuarentena.

En su cuarto de baño no puede faltar la báscula a la que se suben para pesarse múltiples veces diariamente, convirtiendo esta costumbre, en un hábito, incluso hasta en una adicción.

Las niñas y las muchachas, oyen y ven e imitan aquello que oyen y ven, tomando por buena esta insana costumbre.

Estas madres por otra parte, se encuentran tan centradas en la apariencia de su aspecto exterior, que se olvidan del resto de sí mismas y de sus hijas.

Es como si quisiesen competir con ellas, produciéndose con frecuencia el caso de avejentar con la vestimenta a la hija, mientras la madre se enfunda en ropas y peinados adolescentemente ridículos.

Pero la culpa es de fuera, siempre viene del exterior de la familia. Quien no ha oído decir, “estudió gracias a nuestro sacrificio” y “se desvió por las malas compañías”. La hipocresía familiar no tiene límites, se estira dando siempre de sí sin llegar nunca a romperse. Si la hija llega a situarse socialmente es gracias al esfuerzo de los padres, sin embargo, si la hija es consumidora habitual de drogas, es debido a las malas compañías. Los padres lo dicen en voz alta acabando por creerse sus propias majaderías, no reconociendo nunca, el abandono la falta de dedicación y de amor a sus hijos.

En una ocasión me encontré en la sala de esparcimiento que tienen las enfermas de anorexia a la hija de unos conocidos, la muchacha a la que conocía desde niña, era realmente encantadora, muy inteligente y atractiva, aunque en estos momentos excesivamente delgada, las facciones de su rostro endurecidas y el carácter huraño.

Se alegró al verme, aunque noté que se avergonzó por encontrarla allí hospitalizada.

Ese mismo mes había cumplido dieciocho años.

Unos días después volví a visitarla, subí al ascensor que me conducía a su planta, en una de las paradas subió también un joven y simpático celador que había entrado a trabajar ese mismo año en el hospital.

Estaba lleno de vitalidad, era inquieto y servicial, siempre estaba haciendo algo, el no hacer nada lo aburría mortalmente. Cuando me cruzaba con él le decía.

- Lo tuyo no es ser funcionario.

A lo que él respondía.

- Veremos quien cambia a quien.

En esta ocasión lo cogí del brazo diciéndole,

- Acompáñame, voy a hacer una visita.

Lo llevé conmigo y le presenté a la hija de estos conocidos, charlamos un buen rato. Sabiendo que al celador le gustaba de viajar a la mínima oportunidad y que practicaba senderismo, desvié la

conversación por ese tema, la conversación se tornó muy animada, después de los primeros embarazosos momentos de la presentación.

El celador que no pasaba de los veintitrés años, comenzó a visitarla todos los días y varias veces al día, llegando a finalizar su turno de trabajo y permanecer los dos de cháchara durante horas.

A los pocos días a la muchacha le desapareció el gesto duro de su rostro y como por arte de magia el carácter huraño se volvió afable y risueño. Comenzó a comer y a ganar peso.

Su recuperación había sido asombrosa, el día anterior a que le diesen el alta hospitalaria, estuve con ella y le pregunté si le gustaba el celador.

- ¿Qué si me gusta? ¡está como un queso! Este fin de semana haremos una marcha por el monte. Entre nosotras. Me dijo. Hace el amor como los ángeles.

- ¿Cómo los ángeles buenos?

- ¡Y como los ángeles malos también! Respondió riéndose.

30º Reflexionando

La anorexia cuando alcanza un grado severo, deteriora los órganos produciendo en el cuerpo grandes desarreglos. Estos desarreglos son difíciles de detectar, pero ahí están y ahí se quedan.

Una muchacha anoréxica, es difícilmente comprendida por sus familiares, estos no entienden como teniendo comida variada se niegan a comer. A esto debe añadirse un carácter insoportable y un constante mal humor.

Estas muchachas llegan hasta el extremo de no encontrar sabor a los alimentos, todo alimento sea el que sea, es de un sabor uniforme, todo lo que mastican e ingieren, les tiene un sabor seco y pajizo.

La anoréxica siente su cuerpo como algo inflado, rebosante que está a punto de estallar.

No es que se vea de esta forma ante el espejo, es que se siente así, esa es su interna y real sensación.

En muchas de ellas los labios comienzan a perder sensibilidad al igual que la lengua, los dientes y el paladar, transformándosele la boca en algo insensible, sintiéndola ellas como una cavidad insensiblemente estúpida con la que inconscientemente hacen una relación con su genital femenino a la que consideran una cavidad vacía.

Considerada la boca de esta manera es natural el rechazo a todo lo que por ella pueda entrar.

Al relacionar la vagina con la boca, es natural que también tenga un rechazo a todo lo que en ella pueda penetrar.

Tal vez el razonamiento deba realizarse a la inversa, la vagina como cavidad estúpida e inservible, de la que se rechaza por motivos que ahora no vienen al caso señalar, la penetración del genital masculino. Y que por asociación se rechaza todo lo que por la boca pueda penetrar, en este caso el alimento.

En ambos casos está presente una gravísima disfunción emocional con respecto al sexo, estas personas tienen una sexualidad profundamente deteriorada.

La anorexia, como se puede ver, reviste para su buena comprensión una gran complejidad. Estas muchachas además de sentir la boca como si no formase parte de ellas, paulatinamente les va ocurriendo lo mismo a las diferentes partes de su rostro. La nariz, las mejillas, el mentón, los párpados, los ojos, la frente, es como si se fuesen acartonando, no sintiéndolos suyos.

El proceso es tan lento que ni ellas mismas se dan cuenta, considerando normal esa sensación, olvidada ya las sensaciones que su cuerpo poseía anteriormente.

Es muy difícil de entender para quien no lo padece porque desconoce totalmente esas sensaciones.

Estas fueron algunas conclusiones que extraje de mis reiteradas visitas a la planta en la que se encontraban estas infelices muchachas.

Nunca mejor dicho. INFELICES MUCHACHAS.

31º El oculto encanto de lo negro

El lunes me incorporé al trabajo, el fin de semana había librado de guardias y turnos. Se habían realizado durante mi ausencia varios ingresos, uno de ellos un hombre de nacionalidad marroquí con una afección respiratoria, complicada posteriormente con una alergia medicamentosa.

El idioma lo hablaba dificultosamente, empleaba muchos tiempos verbales infinitivos y su vocabulario era muy reducido. En los seis meses que estuvo trabajando en España en la construcción, partiendo de que su idioma no tiene origen latino, había hecho grandes progresos.

Al pasar la visita con el médico, noté en él que marcaba distancia con el paciente a la vez que mantenía un aire altivo y de superioridad humana.

El paciente no se daba cuenta y si cuenta se daba, permanecía en silencio, costumbre que había adquirido probablemente desde que puso sus pies en este país, que no es ni racista, ni clasista, ni nacionalista.

El inmigrante, sintiéndose enfermo, desvalido en tierra extraña a la suya, agradecía el menor de los cuidados sufriendo con paciencia los tratamientos y las incomodidades de la enfermedad.

Un nuevo medicamento volvió a darle una respuesta alérgica, acudí al despacho del médico para ponerlo en su conocimiento.

Me sorprendió verle poner cara de disgusto, indicándome que suprimiera ese fármaco a la vez que recetó otro en su lugar.

- Que tome esto cada ocho horas, a ver si largamos pronto de aquí a ese cerdo marroquí de los cojones. Me dijo.

No estaba preparada para este inesperado comentario. Una vez respuesta y asimiladas sus palabras le respondí.

- Lo más parecido a un cerdo marroquí, es un cerdo español.

Tampoco él se esperaba mi respuesta, pero sus palabras no se hicieron esperar.

- Estoy de acuerdo, pero los españoles no somos unos cerdos como lo son toda esa pandilla de ignorantes moros y negros que invaden nuestro país buscando comida como los cerdos.

No podía consentir aquellas palabras, mi interior se llenó de rabia, mordí la lengua para no decir nada más y marcharme. Pero no pude, no pude hacerlo.

- Has de saber, que las primeras civilizaciones surgieron en Babilonia la actual Irak, que la primera escritura conocida es la cuneiforme y es de Sumeria es decir la zona de Irak. De Egipto ya no te hablaré porque habrás oído algo de él, pero sí te diré que la época de mayor esplendor

cultural, musical, filosófico, médico y de mayor tolerancia religiosa y social, corresponde a la etapa en que los moros estaban en España.

Córdoba se iluminaba cuando el día cerraba sus parpados.

Escuchó mis palabras para después responder con rabia.

- Es posible que fuese así, pero ahora no son más que unos putos cerdos que nos están invadiendo a piaras.

Ellos no vienen con armas ni cañones, vienen con lo puesto buscando trabajo, ofreciendo lo mejor de sí. El gobierno español y unas pocas familias adineradas son los que sí han invadido como piaras de cerdos armando a infelices muchachos de aquí para morir en Filipinas, Cuba, Sudamérica, Guinea, Sahara, Marruecos. Todavía hoy quedan Ceuta y Melilla, vestigios de ese oprobio.

De tener algo en contra, debes tenerlo en contra de los ingleses que al parecer se han apropiado de algo que no les pertenece, le respondí.

- Los defiendes tú con mucho interés. Me dice irónicamente, añadiendo. ¡Ah, ya veo que te gustan!

- Te equivocas, lo único que estás viendo que no me gustan, son los babosos descerebrados que solamente tienen de hombres la apariencia.

Llegado a este punto, me espetó.

- Lo que estás deseando es que te follen todos ellos.

- ¿Por quién lo dices, por mí o por ti?

Tratando de insultarlo personalmente agregué.

- Ese deseo, aunque tratas de disimularlo te delata allí por donde quiera que vas.

Sus ojos se abrieron, su rostro se puso rojo y el cuerpo rígido. Lo dejé de esa manera y me marché de su despacho sin cerrar la puerta.

A partir de ese incidente, mi trato con él se limitó a lo estrictamente profesional, jamás volví a permitirle el menor comentario que fuese más allá de los límites médicos. Por su parte, el intentaba congraciarse conmigo, era como si me temiese, como si quisiese buscar conmigo la amistad.

Por mi parte no lo podía evitar, cada vez sentía por él mayor repugnancia.

Una noche de fin de semana en compañía de dos amigos charlábamos ante unos vasos de cerveza. El local en el que estábamos se había puesto de moda entre los gays, que en este lugar quería indicar, que eran homosexuales con estudios. Uno de los que me acompañaban,

efectivamente lo era, pero no totalmente ya que la mujer a veces también le atraía. Decía que ser limitado en el sexo era igual que ser limitado en la comida, ser vegetariano y excluir las carnes, pescados y mariscos, es hacer del alimento una religión, una filosofía.

Se negaba a considerar el alimento como algo tan limitado, el alimento se transforma en comida y esto es placer para el paladar, los sentidos y todo lo que conlleva socialmente consigo.

La limitación a una única tendencia hacia el hombre o hacia la mujer excluyéndose mutuamente, es una terrible y traumática limitación.

Añadía cuando se tocaban estos temas.

¿Qué opinas de la persona que solamente se alimenta de carne y pescado, rechazando de forma automática las verduras y frutas?

No albergan acaso un elevado grado de neurosis vislumbrándose en ellos algún suceso que han tenido o que han interpretado de tal manera que ha traumatizado su psiquismo. Igualmente ocurre cuando se elige una sola preferencia sexual, solo que en este caso es la moral y la educación que actuando contra natura, traumatizan el psiquismo por la represión ideológica del hábito de la costumbre y del miedo.

Yo le respondía, que estaba totalmente de acuerdo, pero que no había obligación de ser bisexual, ni que el hecho de que a mí me atrajese el hombre, no me atraían los hombres, que es cosa diferente, ni tenía obligación de acostarme con ellos.

- Hablamos de respetar la opción, hablamos de romper el estrecho cauce mental. Una vez rota esta estrechez limitadora uno puede hacer lo que mejor considere. Se puede jugar con niños y como los niños, pero no ser niño.

Yo no tengo porqué casarme, ni con un hombre ni con una mujer. El casorio es una cuestión legal y moral, que nada tiene que ver con la sexualidad o con los afectos.

Tampoco tengo porque permanecer eternamente enamorado, cambio, evoluciono, la otra persona cambia y evoluciona, a veces a la par otras veces no, a veces los afectos permanecen muy intensos y duraderos, pero solamente a veces.

Yo le añadía –una vez que se tiene todo esto bien dilucidado, debe no solamente respetarse la libertad de elección de las personas, sino potenciar la libertad de las personas en todos los ámbitos de su vida cotidiana y social.

- Me encanta oírte hablar así, no hay otra manera de entender al hombre libre o en la búsqueda de la libertad.

La libertad es todo o no es libertad, no hay libertad sexual, eso es una falacia, hay libertad en todo o no la hay en nada.

- A lo sumo habrá permisibilidad por parte del estado o del talante que posean los gobernantes en turno. Le respondía yo.

De ahí saltábamos a otros temas, pero siempre estrechamente interrelacionados unos con otros. Era de mente profunda y vital se pasaba gran parte del día trabajando como director de museo.

Por uno de los espejos veo entrar en el local una cara que se me hace conocida, ataviada de gafas oscuras de moda y marca, con una camiseta de licra también de moda y marca con el dibujo de un corazón en el pecho y chaqueta en concordancia.

Lo vi pasar y dirigirse al fondo del local.

Era uno de los médicos de mi planta, y no era otro que el que despreciaba visceralmente a negros y moros.

- ¡Caramba y carambitas! Exclamé. Le pregunté a mis amigos si lo conocían, indicándole a quien me refería.
- De vista, se deja caer algunas noches por aquí. Es de los que dan dos pasos hacia delante y uno hacía atrás. Me respondió.
- ¡Caramba y carambitas! Volví a exclamar.

Le conté el incidente que me había sucedido tiempo atrás con él.

- Que cabrón, le contestaste divinamente. Por supuesto que lo desea y cuanto más moro y negrazo sea más ensoñaciones tendrá. Me afirmó con convicción.

Fue entonces y solamente entonces cuando se me ocurrió la idea. Le propuse a mi amigo que lo sedujese y lo enredase en un trío con algún amigo que tuviese que fuese moro, de color o de raza inferior como él los consideraba.

Se rió estrepitosamente. Está hecho, déjame hacer un par de llamadas y en una hora está la liada organizada.

Al día siguiente me llamó por teléfono.

- Todo salió a la perfección, tenía más hambre el pobre muchacho que un internado en campo de concentración, jamás he visto hambruna sexual igual, lo quiso todo y todo lo admitió. Le encanta lo negro querida, le encanta lo negro.

32º Los protectores

Nunca llegué a comprender a las compañeras que sustraían del centro de trabajo todo aquello que necesitaban en sus casas y aún aquello que en sus casas no necesitaban, lo sustraían también.

Todo el que trabaje en la sanidad pública española, desempeñe el puesto que desempeñe, pueden permitirle sus emolumentos comprarse toallas para su baño y sábanas para sus camas.

De un centro de trabajo, si es privado nada debe sustraerse por que no es del trabajador, si no de la empresa. Si el centro de trabajo es público, el material que allí se encuentre es de la empresa pública y a todos pertenece y tampoco debe sustraerse nada.

Puedo admitir, que en algún momento pueden llevarse unas vendas, incluso termómetros, que por ser de vidrio, se rompen a decenas diariamente.

Pero no podré admitir nunca que puedan llevarse toallas, sábanas, pomadas, termómetros, tijeras, rollos de papel higiénico, servilletas de papel, material de limpieza, gel de baño, cremas hidratantes, etc...

Se tiene dado la paradoja de llegar una remesa de un producto y en dos días no haber absolutamente nada de lo llegado.

Esto no es necesidad económica, esto es miseria mental, esta clase de miseria no la elimina ni el dinero, ni el cargo ocupado en el trabajo, ni la posición social.

Podría pensarse que solamente un sector de los trabajadores de la sanidad son los proclives a estas acciones. El pensamiento estaría errado de parte a parte, estas acciones las ejecutan por igual todos los empleados, desde el jefe médico al subalterno más modesto.

Una vez leyendo unas pancartas reivindicativas sobre un asunto que nada tenía que ver con la sanidad, creo recordar que se trataba de la enseñanza, al fijarme en la tela, leí en varias de ellas el distintivo de la sanidad pública.

Me dije a mí misma, se reivindica algo justo con la injusticia de la apropiación.

Cierto que el estado lo hace y que los gobernantes también. Pero nosotros no somos el estado ni somos gobernantes para hacerlo, a no ser que alguien se crea aquello de que hacienda es de todos, de que el gobierno es de todos los españoles y un largo etcétera. Aquellos que sean creyentes en dichas consignas, sí pueden hacerlo, porque su idea es la de “roba bien y no mires a quien” parafraseando lo de “haz bien y no mires a quien”.

Una buena amiga mía, me pidió un día que le trajese algunos empapadores de los utilizados con los enfermos. Estos empapadores son unos cuadrados de plástico con algo de algodón y

celulosa de cincuenta por cincuenta centímetros, de un material parecido a los pañales y que se ponen en las camas a la altura de las caderas en aquellos enfermos que se les escapa la orina.

Siempre me hizo gracia el origen de estos empapadores al igual que los pañales de los niños. Pocos saben que en la expedición del Apolo XI a la luna, los astronautas que iban en la nave tenían el problema de la orina.

Idearon e inventaron un pañal para que pudieran mearse dentro del traje espacial.

Esta utilización militar, pasó posteriormente al uso civil comenzando por los pañales de los bebés.

- ¿Está tu madre enferma? Pregunté preocupada, ya que la conocía y visitaba alguna vez.

- No, que va, ella se encuentra como un roble. –Me respondió con alegría.

- ¿Para qué quieres tú los protectores? Volví a preguntar cada vez más intrigada.

- Para dos cosas, cuando estoy con la menstruación en lugar de utilizar toallas al mantener relaciones, porque acaban siempre moviéndose o calando el tejido hasta llegar a la sábana, utilizo el empapador que soluciona el problema radicalmente.

- ¿Te inspira hacerlo con algo así, tan hospitalario y tan poco romántico? Le pregunté.

- Yo no trabajo con enfermos, llenos de dolor. Para mí es una prenda que realiza un servicio y nada más, comprendo que tú no puedas utilizarlo.

- ¿Hablaste de dos razones, cual es la otra razón?, vivamente interesada realicé la pregunta.

- Es muy íntima, no sé si debo decírtelo. Me contestó un tanto incómoda.

- Ni muy íntima, ni leches, a mí no me dejas tú así, a medias. Desembucha que me parece por la cara que pones que ahora viene algo bueno.

- ¡Pues sí!

- Pues dale al pico, que estoy esperando.

- A veces en los juegos amorosos, sobre todo cuando yo estoy situada encima, me entran ganas imperiosas de orinar y como a mi compañero también le agrada pues lo haga encima de él.

- ¡Hostias, Pedrín! Exclamé abriendo los ojos como platos ¿Te estas corriendo y te estás meando?

- ¡Sí!

- ¿Y el dentro de ti, follándote?

- ¡Sí! Otras veces me acabo corriendo y meándome en su vientre y por su pecho.

- ¡Releches! Exclamé. Te traeré todos los que quieras. Nunca los protectores hospitalarios tuvieron tan buen uso.

Por otra parte querida, ya me explicarás con más detalle cómo se hace todo eso.

- ¡Qué ojos de putón verbenero se te han puesto!

- ¿A mí? ¿Qué va? Será del humo del tabaco.

33º La rodilla

Habían ingresado a una niña, una desafortunada caída de la bicicleta le había destrozado la rodilla, menisco y ligamentos cruzados habían quedado hechos trizas.

La operación de resultados inciertos se nos presentaba a todas luces como algo de consecuencias imprevisibles.

La pequeña no tenía más de siete años, pizpireta y de rostro risueño a pesar del dolor que padecía, no era consciente como suele ocurrir con los enfermos y más todavía si estos son niños, de la gravedad que investía su traumatismo.

Esta misma operación en un adulto ya formado reducía considerablemente los riesgos de desagradables secuelas. La casi segura futura cojera por un mal desarrollo en el crecimiento o por el resultado aleatorio de la misma operación que en el mejor de los casos la limitarían para realizar ejercicios futuros, añadiendo a esto, los dolores que le irían apareciendo con el transcurrir de los años.

Para colmo de males coincidía con las vacaciones estivales, los cirujanos que podían ofrecer alguna fiable garantía se encontraban de vacaciones. Los cirujanos traumatólogos inexpertos y carniceros se encontraban de servicio, la operación se realizaría en los días siguientes, mientras tanto a la infeliz se la mantenía inmovilizada y medicada con fuertes calmantes.

Su madre había tenido varios malogrados embarazos, finalmente consiguió llevar un embarazo a buen término, siendo esta niña, como suele decirse, la niña de sus ojos. Sus padres estaban desesperados.

Por mi parte intenté sin éxito localizar a los médicos que me ofrecían confianza.

Tomé este asunto como mío, me sentí solidaria con sus padres, temía por la pierna de esta niña.

Toda esa tarde realicé llamadas a amigos y conocidos, uno aportó la solución de que un colega en Barcelona pudiese realizar la operación y amortiguar, con su pericia en operaciones de este calibre, las posibles secuelas que pudieran quedarle, pero solamente amortiguarlas, el futuro se le presentaba como una cadena de operaciones consecutivas.

Planteé la posibilidad a los padres, respondiendo ellos que se ponían en mis manos.

No tardó en desvanecerse también esta posibilidad, se encontraba de vacaciones y de viaje.

Sus padres desolados lloraban y yo no pude reprimir mis lágrimas, uniéndome a su desolación.

El trabajo y la experiencia en hospitales me habían dado el suficiente criterio sobre la falacia de la medicina curatodo y que todo lo salva. Me resistía a este final.

De repente no sé cómo, acudió a mí la imagen de un hombre, de un curandero, de un sanador, o como quiera llamársele, mi corazón latió con fuerza inusitada, dentro de mí me decía insistentemente que él era la solución y hacia el me empujaba.

Casi anochece, intenté comunicarme con él, el teléfono sonaba sin que nadie respondiera. Vivía a unos setenta kilómetros de distancia, sabía que no gustaba de viajar y que su vida era sencilla y de gustos austeros, no podía estar lejos, no debía estarlo, lo presentía, interiormente lo presentía.

Agitada me dirigí a los padres de la niña diciéndoles mi intención de ir en su busca aún sin saber si podría localizarlo y que intentaría convencerlo a que me acompañase.

El padre vio en mis palabras una luz lejana, pero luz. Tráigalo con usted, por favor, si es por dinero ofrézcale sin reserva alguna lo que sea necesario.

Subí a mi automóvil y conduje a toda velocidad cada poco llamaba, el silencio era la única respuesta.

Era ya entrada la noche cuando timbré en su pequeña y humilde consulta, repetidas veces pulsé su timbre, nadie respondía.

Llamé a las puertas de los vecinos.

Decidida a esperarlo me senté en la escalera vigilante siempre a una posible entrada interior por el garaje. El tiempo transcurría interminable, varios inquilinos subieron a sus viviendas, reflejando en su rostro sorpresa al verme allí sentada, pero yo tenía la certeza que aparecería. Varias veces pulsé el timbre desde el portal y otras tantas más subí al piso y llamé.

Pasada la media noche apareció, venía silbando, lo recuerdo perfectamente, trataba de silbar una conocida parte del Peer-Gynt de Grieg, silbaba horrorosamente mal.

El corazón casi me da un vuelco al verlo.

Estaba radiante, había estado, según me contó, reflexionando sobre un tema que llevaba tiempo preocupándole.

Sencillísima, la solución sencillísima; decía, porqué será que las interrogantes más complicadas tienen siempre respuestas sencillas que están al alcance de nuestros ojos, y nosotros ciegos, no conseguimos verlas. Pero dime que te ocurre, háblame tú que eres la importante.

Familiar y asequible, como siempre, inspiraba confianza pero también respeto y a veces temor, ese temor de quien sabes que mirándote o simplemente escuchándote llega al fondo de tu alma.

Conté lo de la niña, dije que necesitaba que viniese al hospital conmigo, que mañana era la operación, que él mismo estipulase los emolumentos en la cifra que deseara. Pero que por favor me acompañase y curase la rodilla de esa niña y la salvase de una casi segura cojera.

Le hablé de la desesperación de los padres y de la mía misma.

Me escuchó pacientemente, después de oírme dijo con seriedad.

- ¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿Crees acaso que soy Dios o que juego a ser Dios? ¿Crees acaso que la sanación es un juego?

Lo único que creo, respondí, es que tengo la certeza y no sé por qué la tengo, que puedes sanarla, de eso estoy convencida. Hice una pausa y agregué, no puedo explicarlo pero estoy totalmente convencida que solamente tú podrías ayudarla.

Me escrutó con una mirada envolvente, suave, indefinida, no sabiendo decir si me miraba a mí o se miraba a sí mismo.

Entiendo que no estás dispuesta a irte sin más, no admities una negativa por respuesta y que me llevarás a rastras si es necesario.

Esto último lo palpo como palpo esta mesa, y apoyó sus manos en ella.

Sonrió, se levantó, se sirvió dos vasos de agua que bebió a grandes tragos. El agua debe beberse despacio, pero hay momentos que se bebe como se puede.

No perdamos tiempo y que Dios nos ayude y lo hará, lo hará. Nosotros mientras tanto a lo nuestro. Dijo estas últimas palabras como transformado, su rostro había adquirido una extraña expresión de dureza.

Durante el camino de regreso al hospital intenté varias veces entablar conversación sin conseguir arrancarle una sola expresión, estaba como reconcentrado en sí mismo.

Esto me chocaba, porque su naturaleza era expansiva y risueña, gustaba de hablar adelantándose con frecuencia a las respuestas e incluso a las preguntas. A veces costaba trabajo seguirlo, era como si su mente recorriese varios caminos simultáneos, todos ellos diferentes y sin embargo convergentes en un punto al que poco después hacia explotar en nuevas reflexiones.

Sintetizaba lo extenso, extendía hasta límites insospechados el concepto más pequeño o la conversación aparentemente sencilla y trivial. A veces para quien lo escuchaba resultaba agotador. Decidí permanecer callada respetando su silencio.

En la habitación se encontraban los padres de la niña, tras la presentación dijo que nos iba a necesitar colocándonos alrededor de la cama unió nuestras manos haciendo un círculo alrededor de ella, él se colocó dentro del círculo y comenzó a pasar sus manos por su pierna rozando apenas su piel.

Manipuló los tendones del pie, los músculos de la pierna y después con serena delicadeza la rodilla. La niña que hasta ese momento se encontraba adormilada por los calmantes despertó para volver a cerrar los ojos pocos instantes después.

Nosotros seguíamos con nuestras manos unidas creando un círculo sobre ellos, observábamos atentamente cada uno de sus movimientos. Apuntó los dedos de sus manos hacia la rodilla a una distancia de quince centímetros. Tened pensamientos de curación, pensamientos y deseos de que esta niña se cure, si lo hacéis me seréis de gran ayuda.

Sus manos comenzaron a moverse, semejaban que portaban instrumental quirúrgico, porque parecían que cortaban, separaban, sacaban, extraían algo que depositaba en un objeto invisible. Con sus ojos cerrados hacía movimientos precisos, su rostro contraído parecía deformarse adquiriendo un color oscuro, cetrino.

Me pareció estar ante una operación real, en un momento me pareció también ver mover sus dedos a una velocidad inusitada como si hubiese miles de hilos luminosos, apenas duró esta visión que achaqué a un efecto óptico.

Una sudoración profusa lo invadió, las gotas resbalaban por su frente y por su rostro, su camisa empapada como si le hubiesen arrojado un cubo de agua.

De vez en vez realizaba una lenta y profunda expiración.

Eran más de las tres de la madrugada, cuando después de poner sus manos sobre la rodilla durante treinta minutos, cosa impensable tocarla hasta ese momento, abrió los ojos y nos rogó que fuésemos a tomar un café un té o una bebida estimulante, todavía queda mucho por hacer, añadió.

Cuando regresamos no se había movido de la habitación ni se había separado de la niña un solo momento, permaneciendo con sus manos rodeando la maltrecha y dolorida rodilla.

Fui en busca de una prenda que pudiese ponerse en lugar de la empapada camisa, a falta de otra cosa aparecí con un camisón hospitalario, le obligué a cambiarse, a pesar de sus negativas me obedeció como un niño. ¡Ah! Ahora se está mucho mejor, gracias.

Su torso era atlético, sin llegar a la moda de gimnasio.

Volvió a colocarnos como antes, tengamos pensamientos de curación, insistió y comenzó a pasar de nuevo sus manos, pero esta vez por todo el cuerpo de la pequeña desde la cabeza hasta los pies. Así estuvo cerca de una hora, admiraba su fortaleza, debería estar fatigado, sin embargo no

mostraba signo de cansancio alguno, solamente bebió varios vasos de agua durante todo este tiempo.

Centró el movimiento de sus manos sobre la pierna dañada realizando en ella con los dedos movimientos que se me antojaron extraños signos. Después comenzó a hablar sin dejar de pasar sus manos sobre la pierna y rodilla. Le hablaba a la niña que permanecía profundamente dormida, le hablaba a su cuerpo, le hablaba a la pierna, le hablaba a la rodilla, le hablaba a los músculos, tendones, fibras, cartílagos, le hablaba una y otra vez, le pedía que se curasen, que por favor se curasen, le hablaba de las cosas que podrían hacer estando sanos y la felicidad que reportarían. Así estuvo hasta que la luz del día fue sorprendiéndonos lentamente.

Pueden dejarlo. Dijo de repente, ya está, les doy las gracias por haberme ayudado. En ese momento entró en la habitación una enfermera con la medicación. No es necesario, ya no necesita calmantes. Volvió a decirnos.

La compañera enfermera protestó, diciendo que era la medicación pautaada, la llevé a parte haciéndome yo responsable.

Poco después despertó la pequeña. Él le hizo encoger la pierna, cosa que para sorpresa de todos, hizo repetidas veces sin muestra de dolor alguno. Después la levantó y la hizo caminar por la habitación, cosa que hizo para asombro de todos nosotros. La niña caminaba como si nada le hubiese sucedido.

Se negó a recibir emolumento alguno, diciéndole a la pequeña que le gustaría asistir a su próximo cumpleaños, si le apetecía invitarlo.

Nos fuimos a mi piso, se dio una ducha y se acostó, me pidió si podía dejar la puerta abierta, ya que cerraría la ventana para evitar la luz y el ruido.

Me duché también al pasar por delante de su puerta, lo vi tumbado boca arriba y respirando profundamente, lo estuve contemplando un buen rato, dejé caer mi toalla y entré en su cama arrimando mi cuerpo desnudo al suyo. Dormido y de forma mecánica, como la persona que está acostumbrado a dormir acompañado, extendió su brazo permitiendo que me apoyase en él. Instantes después me quedé profundamente dormida.

34º La compañera

Mientras no obtuve el trabajo fijo con su oposición correspondiente, realizaba sustituciones en aquellos puestos vacantes por enfermedad o vacaciones.

En aquel momento hacía una larga sustitución en un centro ambulatorio. Las inyecciones, la extracción de sangre, así como las curas de heridas eran la mayor parte de las actividades que se realizaban tanto en el centro como en las visitas que hacíamos a domicilio.

Las visitas domiciliarias, me hizo ver no la miseria, sino la falta de higiene y la poca limpieza que comúnmente existen en las casas.

Las habitaciones permanecen siempre con la ventana cerrada impidiendo que circule a su interior el aire fresco, tan necesario para la recuperación de la salud. A veces realizaba las visitas por la mañana, comenzaba temprano, en muchas de las casas, al entrar en ellas, un vaho de aire viciado y denso me golpeaba el rostro. No se podía respirar, ese aire enfermaba necesariamente.

Recomendaba insistentemente que dejaran abierta alguna ventana, sino de las habitaciones al menos de la sala y que las habitaciones permaneciesen con las puertas abiertas, de no ser así que en cada habitación se tuviese una ventana abierta para que facilitase la entrada de aire fresco.

Mis recomendaciones resultaban inútiles, el apego a un hábito, sujetarse a la rutina de la costumbre es lo peor que puede sucederles a las personas.

Los miedos y temores de los que creían sentirse seguros los cercan de tal manera que le originan otros nuevos, incrementando su lista ya de por sí larga.

Podrá pensarse que estos domicilios pertenecían a propietarios de baja condición económica y con un nivel cultural a su vez bajo. Comprobé que este comportamiento antihigiénico y de dudosa limpieza afectaba por igual a todos los estamentos sociales, no dependiendo de su economía o de su formación cultural.

Durante el descanso nocturno la respiración es profunda, en una habitación en la que no entre permanentemente aire fresco, las personas que en ella estén, respiran su propio aire ya respirado. Estoy convencida que en muchas de las enfermedades sobre todo en las nerviosas y los insomnios, la poca o ninguna ventilación de los domicilios y como consecuencia la deficiente oxigenación corporal es una de las principales y más importantes comportamientos que las originan.

Éramos varias enfermeras quienes desempañábamos esta función, rotando según una lista preestablecida.

Visitaba a una mujer de cerca de sesenta años a la que había puesto inyecciones intramusculares en un tratamiento antituberculoso.

En una visita que realizo después de que una compañera lo hubiese hecho el día anterior, encuentro a la pobre mujer acostada en cama quejándose de dolores terribles cada vez que intentaba ponerse en pie.

- La última inyección que se me puso fue la causante de este horrible mal, que me obliga a estar postrada sin poder moverme. Lo noté nada más introducirme la aguja, el dolor se deslizó por toda la pierna dejándome en la condición que estoy ahora.

Me explico la pobre mujer.

- Le pregunté si conocía el nombre de quien la había atendido o que me explicase como era su aspecto.

Localicé a mi compañera comprobando además a quien le había correspondido el turno del día anterior. Le dije lo que había pasado y que le había sino roto al menos desgarrado el nervio ciático de la paciente.

Puso en su rostro expresión de sorpresa al tiempo que trataba de disimular un embarazoso nerviosismo.

- Te habrás confundido, porque yo no he sido. Me dijo.
- Ayer visitaste a esta paciente. Afirmé con rotundidad. Al igual que lo hago yo cuando es mi turno de asistencia domiciliaria. ¿Es o no es cierto?
- Sí, eso es cierto. Pero no le he dañado el ciático a nadie. Respondió con voz alterada.
- No estoy diciendo que lo hayas hecho intencionadamente, es un accidente al que todos nosotros estamos expuestos en un determinado porcentaje. Lo que no puedes es negarlo, ni debes tampoco hacerlo. La evidencia está ahí, en una mujer que es muy posible que se quede impedida o con enormes dolores en el mejor de los casos. Es justo y por humanidad reconocerlo, dar parte de este hecho a la dirección para que nuestro seguro proporcione la asistencia debida a esta mujer, así como la compensación económica correspondiente por los daños y perjuicios causados.

Piensa por un momento, si tu fueses la afectada.

- Ya consulté esto con quien debía consultarlo y no puede comprobarse nada, absolutamente nada que pueda ser debido a mi intervención.

No voy a manchar mi futuro profesional por culpa de una vieja.

Nunca podrá probarse nada, pudiste haber sido tu misma, o no ser nadie.

No pude contenerme más, la cogí por el pelo y estrellé su cara contra la pared, todavía la tenía sujeta, sangraba como un cerdo en el banco de un matarife, se encontraba semiinconsciente por el golpe. Le dije.

- Pondré este caso en conocimiento de inspección médica y de la dirección. Y como digas que yo te he hecho esto te juro que la cirugía plástica nada tendrá que hacer contigo.

Y le volví a arrojar su cabeza contra la pared.

Afortunadamente nadie nos había visto todo ocurrió muy rápidamente. Sin perder tiempo me dirigí a la dirección y posteriormente a inspección. Tomaron nota, aconsejándome que ellos se encargarían de todo el asunto y que mi cometido ya estaba realizado. Intuí que algo no marchaba bien, el inspector médico al que me dirigí después, fue mucho más amable, puso cara de disgusto.

- Estoy enterado extraoficialmente, este asunto viene doblado. Si eso es cierto, además de tu denuncia, debe haber la de la afectada, además debe comprobarse con informes médicos si eso es a su vez cierto y puedo asegurarte que es difícilísimo de probar, dificultad a la que hay que añadir que la citada enfermera es una buena amiga de un personaje distinguido de la sanidad.
- ¿Buena amiga? Pregunté.
- Si, la amante, la tía que se la tira el fulanito de los cojones. Respondió en voz alta, cabreado y tirando el rotulador que tenía en su mano que fue a estrellarse contra el ventanal.
- ¿Qué se puede hacer? o mejor ¿Qué podemos hacer? porque veo que tampoco soporta las injusticias.

Poca cosa, estamos atados de pies y manos. Por lo de pronto insta a la señora que realice cuanto antes la denuncia que evite abogados, estos son peores que los médicos, le quitaran el dinero que no tiene. Que se asesore con un abogado únicamente si es de la familia, si no tiene, que la denuncia la entregue en estos términos, haciendo constar las cosas de esta manera.

A la par que me hablaba me escribía las notas en un papel que me entregó con un impreso. Redáctalo tú y me lo entregas personalmente, rompe después el papel que está escrito con mi letra.

Hay algo que nos lo hacen recordar constantemente.

- ¿Qué es? pregunté interesada.
- Que donde hay un cabrón no mandan los corderos.

35º Pajaritos

Un nuevo médico vino al servicio. Todo lo nuevo atrae la curiosidad y con mayor intensidad a la mujer que es curiosa por naturaleza. Una mujer no puede quedar a medias con nada, su deseo es quererlo todo, poseerlo todo, esa es una gran contradicción con la que tiene que vivir.

Lo novedoso a la mujer le despierta una curiosidad inusitada, juzgando demasiado a menudo lo nuevo por bueno o lo bueno por nuevo que tanto monta. La moda la juzga la mujer como algo bueno por novedosa, de ahí que la moda vaya casi exclusivamente dirigida a la mujer bien sea en revistas de decoración, en complementos y muebles de vivienda, productos alimenticios, peinados, joyería y sobre todo en la vestimenta. La moda del vestir unida a la moda de peluquería viste y acicala a la mujer de maneras tan extravagantes que más bien parecen diseños realizados por surrealistas franceses de los años veinte.

Es como si con lo nuevo la mujer quisiese romper con su pasado, saltando sobre el presente proyectarse hacia el futuro. Evidentemente es un querer romper en apariencia ya que internamente no se atreve a planteárselo, simplemente sus continuas ensoñaciones diurnas le sirven como ruptura psíquica, a esto le apoyan las modas y lo novedoso como algo tangible y materialmente sensitivo.

Cualquier situación que a la mujer se le antoje novedosa, que le rompa de alguna manera su cotidiana rutina es tomada como pretexto suficiente para dar rienda suelta a estas emociones contenidas.

Las llamo emociones contenidas por utilizar un término dulcificado y suavemente apropiado. Personalmente creo que a partir de los cuarenta años tenemos hongos en la entrepierna, aunque muy pocas de nosotros reconozcamos que nos pica.

En este caso era el médico nuevo el causante de la novedosa situación. Todas las enfermeras y auxiliares revoloteaban como gorriones a su alrededor, otras movían sus alas como vistosas mariposas, su presencia levantaba las más oscuras y ocultas pasiones, en fin, que despertaba lo que antes di en llamar, emociones contenidas.

En pocos días una catarsis colectiva se extendió por todo el servicio, se buscaba la frase amable o la sonrisa del susodicho como si se nos fuese la vida, para ello competíamos en vestimenta antes de embutirnos en el uniforme, porque en el trabajo de nada nos serviría, pero este hecho tan evidente nos daba absolutamente igual. Cuando nos cambiábamos de ropa en algunas compañeras noté que su ropa interior era más selecta, más erótica, más peliculera, más sexy. Siendo igualmente quienes las llevaban que estuviesen casadas, solteras o viviendo en pareja.

La mente de la mujer es imitativa y fácilmente contaminante de unas a otras, porque entre nosotras hay una competencia interna de comparación. El hombre cree, dentro de su ingenuidad,

que la mujer se viste y arregla para gustarle, que equivocado está el infeliz al pensar de ese modo, la mujer se viste para medirse con otras mujeres que según nuestra mentalidad son nuestras enemigas naturales.

He conocido a pocas mujeres que cuidasen las maneras, los modales y la vestimenta en su propia casa, no importándole a la mayoría la impresión producida en sus parejas, se vestían con ropa muy gastada, de dudoso gusto, la mayor parte de las veces en chándal que en nada favorecían su figura y que cambian, por el contrario, cuando iban a salir de sus casas. Que extraordinaria metamorfosis cuando salían al exterior, en ellas se operaba una extraordinaria transformación, quien hubiese pensado al ver a estas mismas mujeres que una hora antes eran todo desaliño y abandono.

La catarsis del servicio invadió a todo el personal femenino y cuando digo a todo el personal femenino me incluyo en él, pues yo también participé de este voluntario contagio midiendo mis femeninas armas con mis compañeras de combate.

Comencé a cuidar más mi vestimenta, más que cuidarla, seleccionaba y ponía en ella cargas indefinidas.

Fui buscando ayuda en la peluquería, yendo en el espacio de ese mes dos veces, hecho inusual en mí, me marcaba con una fina silueta de kul los párpados. Cada cual se armaba con sus mejores armas.

La lucha era despiadada y a muerte, sacábamos de nosotras lo peor que teníamos o lo mejor que teníamos que no pasaba de ser esto.

Por aquél entonces tenía yo compañero sentimental en mi vida, dos años llevábamos viviendo en mi pequeño y bonito apartamento. Un día al finalizar la comida le pregunté si le gustaba y si estaba bien conmigo.

Me envolvió con su mirada, sentí al momento como penetraba suavemente en mi interior, su mirada penetraba en mí como el agua empapándolo todo.

A duras penas pude contener la compostura, fueron instantes eternos intentando evitar mostrar mi alma desnuda sin tener con nada que cubrirla.

- Esa pregunta debes invertirla, debes preguntarte a ti misma, si te gusto y si tú estás bien conmigo.

Habíamos acabado de comer. Su respuesta me dejó helada, no sabía que decir, infinidad de inconexas imágenes se agolparon repentinamente en mi cerebro paralizándolo por saturación.

- Llevas un tiempo con una incipiente agresividad contenida contra mí y el que nuestros cuerpos descansen en la misma cama no te da derecho alguno para tomarme como diana de dardos acusadores de tus insatisfacciones, me dijo.

En este punto su mirada se había tornado dura ¿Sabía algo de mí, como podría conocer mis pensamientos, como podría ser conocedor de mi alma? Me preguntaba a mi vez.

- Tienes demasiados pajaritos revoloteando en el interior de tu cabeza. Sería conveniente que tomásemos unos días sin vernos, tal vez...

Lo interrumpí bruscamente, me sentí herida por sentirme descubierta, reconozco que en cuestiones amorosas la lengua me pierde, debí morderla, en su lugar la solté.

- Sí, estaremos quince días o más sin vernos. Sentencié. Al finalizar la frase ya me estaba arrepintiéndome de haberla dicho, pero el orgullo me hizo mantenerme en esa postura que ahora era de incomodidad y enfado.

Pasaron unos instantes de silencio, que se hicieron insoportablemente eternos, fue el quien rompió la tensión.

- No debes preocuparte, no estamos enojados, no hemos discutido, nada estamos reprochándonos, simplemente son unos días de descanso para analizarte y pensar únicamente en ti y no en mí ni sobre mí. Yo seré una consecuencia de ese pensamiento, no la causa, no debes confundir ambos, como tampoco debes confundirlo con la costumbre o con el hábito de tenerme cerca.

La verdad es que llevaba un tiempo con ciertas ensoñaciones que si bien no tenían una plena explícita connotación sexual albergaban en su mayor parte este contenido o esta intención mental. No tenía deficiencias en mis relaciones, tal vez monotonía, tal vez cansancio, tal vez buscando algo novedoso y halagador o tal vez, simplemente haberme dejado llevar como una adolescente por el ambiente catártico del trabajo.

Recuerdo que de adolescente apareció en el instituto un niño peruano con una cara de indio indígena como los de las películas Andinas, tenía tres años más que nosotras, tuvo un filtrado con una de mis amigas y el contagio fue similar al hospitalario, todas de una forma o de otra lo buscábamos, a mí no me atraía en absoluto, pero inmersa en esa corriente me dejaba arrastrar. Recuerdo que mi padre algo se oía por lo que yo le contaba y se burlaba de mí preguntándome ¿aprendiste a hacer señales de humo?

Todas mis compañeras de clase se vestían con sus más modernas ropas, yo misma combinaba la ropa hasta el infinito y hasta el infinito la ponía y paseaba ante el espejo. Creo que cuando iba a ponérmela estaba gastada de tanto probar su efecto.

Dios mío, cuanta tontería hicimos a los catorce años por aquél muchacho novedoso que además a mí no me atraía. Lo grave es que ahora vuelva a repetirse una situación similar.

En esta presente situación actual he tenido ensoñaciones con plenas y explícitas ensoñaciones sexuales, lo reconozco.

Dos días más tarde me encontraba en la cafetería del hospital y se me acercó el médico.

Era bien parecido y de aspecto agradable, su voz tenía cierto gracejo afectado del sur.

La conversación comenzó como todas las conversaciones con algo intrascendente y trivial y así continuó durante los primeros cinco minutos y así continuó tópico tras tópico los diez minutos siguientes. A los quince minutos no lo soportaba, me di perfectamente cuenta que ante mí tenía un ignorante que no se había apercebido de serlo y que únicamente utilizaba la cabeza para peinarse.

Deseaba que en ese momento apareciese alguna de mis compañeras para ante sus ojos lucir el trofeo, lanzaba miradas llenas de ansiedad hacia la puerta y la puerta me respondía con el vacío o con otras personas que no eran las por mí buscadas.

No pude soportar más la cháchara insulsa del Adonis jeringuillas. Me levanté repentinamente diciéndole –me voy, se acabó mi tiempo, aquí me pagan por trabajar y no por beber cafés. Y me marché moviendo el repostero con tal garbo que encandilaría de igual manera a un obispo como a un bombero.

¿Cómo se puede ser tan estúpido de hablar todo este tiempo de marcas de vinos, de sus diferencias y no sé qué majaderías más, como pude ser tan estúpida de aguantarlo todo voluntariamente sin sentirme obligada, solo para que me viesan mis compañeras?

Había tenido ensoñaciones como una tonta de mentalidad infantil. Subía las escaleras del edificio con estas cavilaciones y en extremo enfadada conmigo misma. Era como si me sintiera engañada, seducida y engañada, al surgir en mí este pensamiento me paré en medio de la escalera, apenas pude refrenar el impulso de volver a bajarlas y decirle al pipiolo lo que pensaba de él. Pero simultáneamente y por fortuna apareció otro pensamiento que contrarrestaba el anterior.

Si fui yo quien me engañé y seduje, el infeliz no ha tenido arte ni parte en mis procesos mentales. ¡Tengo pajaritos en la cabeza! Exclamé en voz alta. Varias personas que descendía por la amplia escalera se fijaron, un señor ya de edad respondió ¡oh! Sí, veo volar unos pocos, les tiene usted la puerta abierta.

A lo que yo le respondí. La dejaré abierta hasta que no quede ni un solo pajarito dentro.

No acostumbro a comparar, pero a veces es inevitable hacerlo, qué diferencia con las conversaciones con mi compañero, éste seguía mis razonamientos, su mente era ágil, leía novelas solamente, es cierto, pero era ingenioso y relacionaba con prontitud un tema con otro, era yo quien aportaba los datos, él me escuchaba para después transformarlos en un nuevo razonamiento. Además, no estaba nada mal físicamente.

Durante los restantes días de la semana me bajé del femenino delirio del servicio, volviendo a la que antes era.

El médico no perdía ocasión de buscarme para intimar conmigo, llegó a invitarme a cenar, ante mis excusas, dijo que le gustaba que se sentía atraído por mí. Le respondí que me halagaba la autoestima femenina que esta noche me quedaría dormida satisfecha y con una sonrisa en los labios, pero que sus sentimientos al no coincidir con los míos no podrían corresponderle a ninguno de ellos.

- Pues yo no podré dormir. Me dijo.
- Pues pastillitas amigo, pastillitas. Respondí mientras me iba.

Las ensoñaciones desaparecieron ocupando su lugar unos celos que a medida que pasaban los días se acrecentaban hasta límites insospechados.

Era celosa, pero lo normal sin llegar a destacar ni a adquirir rasgos patológicos, pero ahora me consumían hasta acercarme al borde de la locura. Como mi compañero no estaba en casa, le enviaba mensajes, no obtenía respuestas, realicé llamadas a su móvil, su respuesta volvía a ser el silencio. Todo ello me desesperaba todavía más.

Una noche que no conseguía dormir, cogí el teléfono y le llamé, su teléfono sonó lejano, pero lo escuché, sonaba en el cajón de su mesilla, allí estaba suena que te suena. En el estaban todas mis llamadas y mensajes no recibidos, no me pude reprimir y comencé a hurgar en el archivo de sus mensajes, los celos me comían por dentro y por fuera también. Ni ética ni leches, leí todos sus mensajes, todos eran míos, lloré de desesperación.

No podía dejar de pensar en él, me cuidaba como una reina, me trataba como una princesa y haciendo el amor me acometía con el ardor de un miura.

Había pasado ya una semana, esa misma noche mientras dormía noté como sus manos se deslizaban sobre mí, sus brazos abrazaban mi cuerpo y con firmeza lo apretaba contra el suyo.

Sé que esos días estuvo visitando a conocidos que hacía tiempo que no veía, lo sé, seguro que eso fue lo que hizo, estoy convencida, totalmente segura, segurísima.

Jamás me atreví a preguntárselo.

36º Un joven donante

Una enfermera entró en mi despacho con ánimo alterado. Me comunicó que una de sus compañeras estaba poseída, y estas fueron sus palabras, poseída por una crisis nerviosa y sollozando de manera inconsolable. Por mi cargo de enfermera jefe, me sentí obligada a intervenir, tanto por trabajo como por humanidad.

La encontré en el estado en el que me habían advertido, pero su estado era peor de lo que en un primer momento me pareció. Hice que nos dejaran solas en la pequeña salita, sin compañía ya, me senté a su lado y con voz firme, marcando intencionadamente mi autoridad a aquel cuerpo tembloroso y convulso, le dije con palabras secas y cortas, para lograr un mayor efectismo teatral.

- Deja ya de llorar como una muchacha noña de prácticas. Ahora no es el momento de lloros ni de lágrimas, ahora es momento de hablar, por tanto, cíñete a los hechos y dime que te ha ocurrido. Hasta ese momento sospechaba dos cosas, una negligencia profesional grave que hubiese puesto la vida de un paciente hospitalizado al borde de la muerte o a la muerte misma, o que hubiese sufrido un acoso sexual traumático por parte del personal del centro hospitalario.

La primera opción la descartaba prácticamente, porque se me hubiese comunicado y como última responsable me enteraría con prontitud, la segunda opción es a la que daba más verosimilitud.

La enfermera permanecía con la cara entre sus manos, llorando como María Magdalena ante la crucifixión del Nazareno.

- Quieres dejar de llorar de una vez, insistí, hablar y ceñirte a los hechos. Si no me lo cuentas no podré defenderte, soy tu superior responsable. En este punto le acaricié la cabeza y lentamente le retiré las manos de la cara.

- Cálmate ¿hubo alguna negligencia con algún paciente?, pregunté mientras sujetaba afectuosamente sus manos entre las mías. Ella negó con la cabeza. Por mi parte, ante esa respuesta me tranquilicé, pues, aunque creía que ese no fuese el motivo, de serlo sí que era una situación muy complicada, ya que en esos aspectos era muy inflexible e insobornable.

- Alguien del centro se propasó contigo, tuviste algún acoso violento, ya entiendes a lo que me refiero, ella negó con la cabeza y entre sollozos exclamó.

- Esas serían tonterías, ojalá hubiese sido eso.

- ¿Ha habido un fallecimiento familiar muy cercano y la noticia te afecta de tal manera que te derrumbó?, volví a preguntarle con voz relajada y tratando de tranquilizarla, porque no se me ocurría ninguna otra cosa que pudiese afectarla de esa manera.

No es que la conociese demasiado, pero no era especialmente nerviosa ni excitable, estaba considerada como buena profesional y su carácter era por lo común animoso y querida por los enfermos.

Negó moviendo la cabeza, mientras por sus mejillas se deslizaban abundantes lágrimas.

Le acerqué unos pañuelos de papel y yo misma le sequé sus húmedas mejillas.

- Si nada me cuentas, nada podré saber, y como soy la jefa de enfermeras, yo tengo la obligación de saber y tú tienes la obligación de contar. Siempre que sean hechos profesionales referentes al hospital. Si son cosas personales ajenas al hospital y al trabajo, no hay obligación ninguna por ambas partes.

Levanté su rostro por el mentón y la fijé mi mirada directamente en sus ojos, ¿tiene que ver con el hospital y con tu trabajo?

- Sí, sí, sí, respondió y volvió a sollozar de nuevo.

- Pues como son cosas del hospital, que nos afectan directamente, te dejas de ñoñerías, abres la boquita y me cuentas lo ocurrido sin guardarte nada, porque tengo ocupaciones que me esperan y por la que me pagan por hacer.

Hice una pausa, otra vez cogí sus manos y añadí,

- Estoy esperando escucharte.

- Estaba en servicio de quirófano, dijo, íbamos a extraer órganos para trasplantes. El donante, era joven, estaba en la mesa de operaciones, hablábamos las conversaciones normales de las operaciones, casi siempre de futbol, el Barcelona jugaba con no sé quién y empezaron a cortar, siguieron hablando y se contó algún chiste, nos reíamos. De pronto me fijo y el donante estaba llorando, las lágrimas corrían por sus mejillas. Mientras la escuchaba tenía yo sus manos entre las mías, al oír esto último las apreté con fuerza de manera involuntaria al tiempo que sentí un tremendo golpe en el pecho que casi me arroja del asiento. Ella continuó hablando.

- Di un grito, solté las pinzas y les mostré lo que sucedía, los cirujanos se quedaron de piedra, comenzaron a decir tacos, nerviosos, no sabían que hacer, llamaron a anestesia, mientras tanto las lágrimas seguían rodando por las mejillas del donante, en un movimiento involuntario puse una de mis manos en la frente del joven, pues para mí ya no era un donante. Le inyectaron una dosis para dormir a medio hospital, estábamos horrorizados. Poco después las lágrimas cesaron.

Únicamente se hizo un comentario, ¡joder, hay que seguir, ahora hay que seguir, todos estamos en esto!

Durante el resto del trabajo no se hizo ni un solo comentario, el silencio del quirófano era tal que se podían oír los latidos de nuestros corazones. Cada uno realizó su parte del trabajo, pero los pensamientos debían estar volando a distancias lejanas del quirófano.

Finalmente, se recomendó que aquel incidente no debía salir de allí.

En todo momento me mantuve realizando mi cometido, con una serenidad, creo, superior a la de los cirujanos, pero al salir del quirófano me derrumbé, me asaltaron mil dudas, porque el donante estaba consciente, no sé si vivo, pero consciente sí lo estaba, y su cara, por la que se deslizaban lágrimas no puedo quitármela de la cabeza.

Con cada una de sus palabras se formaba un nudo en la garganta que me impedía tragar, me levanté y bebí agua, ofreciéndole un vaso a ella.

- A veces sucede, empecé a decirle, que se le escapan algunas lágrimas al donante, tu esto ya lo sabes, son como espasmos reflejos, involuntarios, no pude seguir hablando, corté rápidamente variando mi falso discurso. Voy a llamar a un neurocirujano y que te lo explique mejor que yo, que para eso es neurocirujano.

Me ausenté de la salita, pálida como un cadáver, eso fue lo que me dijeron a la salida, yo respondí que era un poco de vértigo debido a las cervicales.

Descolgué el teléfono, me pusieron con neurocirugía, me debían algunos favores, además de un buen trato tenía amistad con alguno de ellos.

- Si no estás ocupado y puedes, te rogaría que bajases lo antes posible a la planta tercera, te pongo en antecedentes, la enfermera estaba de servicio en quirófano...

Al cabo de un rato escucho del otro lado, ¡no me lo puedo creer! ¡no me lo puedo creer!

- Pues créetelo y le vas a explicar todo el protocolo desde el principio hasta el final y te las vas a ingeniar para convencerla de que es un efecto normal pero infrecuente, que está descrito científicamente, etc., etc. En otras palabras, miente como un político, o como un médico que por ahí andaréis, aunque los primeros lo hacen intencionadamente y a sabiendas y vosotros por ignorancia.

No tardó en presentarse, su rostro, lo observé, estaba contraído y tenso.

La enfermera repitió ante él, lo que antes me había contado a mí, me fije como tragaba saliva varias veces intentando mantener una compostura de autoridad médica sabelotodo, yo sabía que estaba tan horrorizado como la enfermera y desconocía la causa para que pudiese impresionarlo tanto, siendo todo esto a él ajeno.

Escuchó hasta la última palabra, le preguntó si había movido algún párpado o había realizado algún movimiento del rostro, la enfermera respondió que no era consciente de eso. Pero al poner mi mano sobre la frente del joven sentí como una especie de extraña sensación, como una especie de descarga energética muy sutil y ligera, que resultó ser agradable, reconfortante mientras mi mano estuvo posada sobre su frente.

- Voy a explicarte lo sucedido, el donante ingresó por traumatismo craneal por accidente, la inflamación del cerebro motiva que la vascularización sea tan mala que impide que la sangre pueda transportar oxígeno al cerebro, con lo que, un cerebro sin oxígeno conduce a un estado letal. Por otro lado, el cerebro al inflamarse cada vez más aumenta de tamaño, este al no tener la posibilidad de expandirse dentro del cráneo, aumenta la presión y fallece. Es lo que se denomina, como bien sabes, muerte cerebral o muerte encefálica. Esto es lo que le ha ocurrido a este donante.

La enfermera lo interrumpió,

- Pero estuvo llorando, se deslizaban lágrimas por sus mejillas.

- Tranquilízate, le dijo, dos médicos y un neurocirujano certificaron su muerte clínica, después hubo la certificación legal o administrativa por parte del juez.

La enfermera volvió a insistir,

- No era una lágrima, eran regueros de líquidos que se desprendían de sus ojos lo que indica que sentía lo que se le estaba haciendo o al menos que escuchaba lo que se estaba hablando.

- Puedo asegurarte, continuó el neurocirujano, que las pruebas clínicas que se hicieron fueron las estipuladas para estos casos, y puedo asegurártelo porque yo mismo tomé parte en esas pruebas y en ese informe en el que consta mi firma.

Al oír esto, se me desveló el motivo del por qué se encontraba tan afectado, el caso no le era ajeno, al contrario, le tocaba de lleno.

- Además, siguió hablando ante la muchacha que lo escuchaba con atención, pero a todas luces bien lo veía, que, aunque creía en sus palabras, no creía en sus intenciones. Además, nosotros los que certificamos su muerte cerebral, no podemos por ley y protocolo hospitalario participar ni en la extracción de órganos, ni en sus posibles trasplantes, impidiendo con ello o poniendo dificultades a posibles comercializaciones, preferencias de trasplantes o intereses de otros tipos. Puedes estar tranquila, el donante se encontraba en muerte cerebral, se le mantenía con las constantes vitales en vida artificial y asistida, como tu bien sabes, con aparataje y fármacos.

La enfermera insistió,

- Por qué se pusieron todos los del quirófano nerviosos y a gritar y a no saber qué hacer y después de proporcionarle una sedación para una manada de caballos, todos permanecemos en el más estricto silencio. Allí paso algo muy raro. Estoy convencida que nos escuchaba y era consciente de donde estaba y de lo que se le estaba haciendo.

El neurocirujano palideció, le acerqué agua, la bebió de un trago.

Un instante después ya repuesto siguió hablando.

- Es normal que sucediese así, no es frecuente pero alguna vez ha sucedido, su mirada se cruzó con la mía buscando complicidad, hay referencias en la literatura científica de idénticos casos como el que has descrito, casos que están bien estudiados y obedecen a causas fisiológicas y neuronales complejas.

Las reses muertas en el matadero después de horas, tienen espasmos musculares, una persona fallecida, si es varón, la barba le sigue creciendo, al igual que su cuerpo se alarga quedándole la ropa pequeña, en este último caso es debido a que los músculos con el relajo del rigor mortis se estiran.

En lo referente a la tensión de los que estabais en el quirófano, fue una situación peculiarmente anómala que os cogió desprevenidos, originando momentos de confusión porque no era eso lo esperado, eso ha sido todo. No obstante, hablaré con mis colegas porque el caso es curioso e interesante para enviarlo a alguna revista de neurocirugía y neurología. Debes tranquilizarte y hacer caso de lo que te he dicho.

En este punto intervine, recomendando unos días de baja laboral, a él le pareció una idea excelente en vista del estado alterado en que se la veía,

- Diez días estaría bien, dijo él.

- Quince días y tendrá un restablecimiento completo, dije yo.

Le redactaron el informe para su médico de cabecera.

- Pero lo pondrás con fecha de dos días a partir de hoy. Me dirigí a ella, el motivo no es otro que verte mañana en el hospital y entrar en servicio de quirófano consiguiendo con ello eliminar la mala impresión causada. Si no lo haces y cogieses mañana mismo la baja laboral, cuando te incorporases esa impresión podría estar incrementada o incluso permanecer para siempre limitando parte de tu futuro laboral. Ahora puedes irte con mi permiso y bajo mi responsabilidad a tu casa.

Al quedarnos solos le dije,

- Ha sido una gran actuación y muy convincente, ¿has pensado alguna vez dedicarte a la política?, y entre nosotros, ¿Qué ha pasado, cómo pudo haber sucedido?

Se encogió de hombros, suspiró y dijo,

- No lo sé, ni quiero saberlo, añadiendo, necesito olvidarlo yo también y lo antes posible, aunque sospecho que esto me atormentará de forma recurrente durante largo tiempo.

37º Sirenita

Llevaba desempeñando el cargo de jefe de enfermeras en un importante hospital, mi edad rondaba por los sesenta años. Un médico joven cada vez que nos encontrábamos se dirigía a mí con frases que a mí me parecían poco respetuosas.

- Buenos días sirenita, adiós sirenita, hola sirenita, etc. y la palabra sirenita siempre iba y venía.

Dejé de saludarlo, pero seguía con su cantinela, las enfermeras comenzaron a reírse por lo bajo, ya que sin recato alguno se dirigía a mí de esa forma estuviese quien estuviese. Sirenita comenzaba a convertirse en un alias, creí que eso menoscababa mi autoridad, sintiéndome ofendida le dije que se abstuviese de llamarme de esa manera y le rogaba que se dirigiese a mí únicamente para temas profesionales y con el debido respeto.

Me quedé como un témpano cuando me respondió –veré lo que puedo hacer sirenita, y siguió caminando por el pasillo como si nada le hubiese dicho.

Estaba enojada, dispuesta a poner el caso en manos de la dirección y poner denuncia judicial si persistía en su actitud.

Quien se creía ese mozalbete recién incorporado en la sanidad, acaso le había dado yo motivos para tal exceso de confianza.

Su actitud no varió, decidí hablar con el director del hospital antes de pasar a realizar quejas administrativas formales. Me dolía lo que iba a hacer, como profesional a pesar de su juventud era excelente, su preocupación y entrega a los pacientes era inmejorable. Me informé de él por las enfermeras a mi cargo, casi podría decir que lo espiaba, recibía informes diarios de su persona.

En pocos meses sus colegas por envidias unos, falta de conocimientos otros y pereza los más, le dejaban campo abierto pasándole trabajo que a ellos les tocaba realizar. Pocas veces era puntual por las mañanas, pero su hora de salida nunca era la acordada, con frecuencia comía en las habitaciones de los enfermos, la comida que estos habían rechazado. Se sentaba en sus camas, les daba un rápido masaje en las piernas, les contaba algún chiste o les hacía cualquier monada.

Realizaba las visitas acompañado por una enfermera y una auxiliar. Siempre hacía dos visitas, la oficial y la última antes de marcharse como para despedirse, esta visita la realizaba sólo, a veces con alguna enfermera.

Los pacientes lo adoraban, las enfermeras estaban todas sin excepción cautivadas por él, las auxiliares lo veían como un protagonista de película, el personal masculino lo admiraba. En fin, a los seis meses el servicio donde él estaba destinado, funcionaba como para ser ejemplo del manual médico más avanzado.

Por mi parte, reconocía todo esto y me maravillaba y la verdad es que yo tampoco me libraba de pertenecer al secreto grupo de sus admiradoras.

Todos los médicos, sin excepción, llevaban en el bolsillo delantero de su bata doscientos bolígrafos y trescientos rotuladores, ladeándoseles la bata por el peso de tanta tinta inútil, me recordaban a los tratantes de ganado y a algunos campesinos que veía de niña cuando estaban en las antiguas ferias y mercados quincenales, ellos al igual que los médicos traían el bolsillo delantero de sus americanas cargado de bolígrafos.

Le había preguntado a mi padre el por qué de transportar tantos bolígrafos y me respondió que era para demostrar que sabían escribir y que no los iban a engañar fácilmente, añadiendo, la mitad de ellos tienen la tinta seca y la mitad de los que los llevan no saben escribir.

El llevaba un solo bolígrafo en su bata, un bolígrafo publicitario de plástico de un antiguo medicamento.

Una vez perdió su bolígrafo, en compañía de dos auxiliares, casi deshicieron las camas de la planta, revisando personalmente los baños e incluso las papeleras, finalmente lo encontró debajo de su ordenador.

Fue sonado el revuelo que armó, por mi parte me alegré tomándolo como una pequeña venganza.

Como su actitud no variaba, realice mi queja al director, además conocido mío. De nada sirvió, así que una mañana nos reunimos en su despacho, el gerente, el director, el jefe de personal, el joven médico y yo.

La reunión trataba de solucionar el problema internamente, por aquello de que las cosas de casa se solucionan en la casa misma.

Yo tenía una cara de perro rottweiler que debía dar miedo, solamente me faltaba gruñir.

Después de oír mis acusaciones, manteniendo con esfuerzo la compostura, después de oír las palabras conciliadoras del gerente, del jefe de personal y del director, sonriendo, el joven médico contó que de niño, sobre la edad de 9 años, había sido hospitalizado por una caída en el patio del colegio debido al empujón de otro niño. Una enfermera joven, atractiva y muy simpática le había contado que una vez, una niña le gustaba tanto nadar, que pasaba todo el día metida en el agua, no había niño que le ganase en competición alguna.

Cierto día comenzaron a dolerle los pies, el dolor se fue extendiendo a las piernas, por la noche el dolor se incrementó y al amanecer los pies y las piernas se le habían convertido en una hermosa cola de sirena. Sus padres la introdujeron en la bañera llena de agua, donde la niña sirenita chapoteaba con felicidad y con su aleta salpicaba todo el baño.

La noticia corrió por todo el pueblo y como eran muy brutos andaban todos con tenedores en los bolsillos para comérsela, pues creían que en lugar de una hermosa sirenita, era una hermosa merluza.

Así estaban las cosas, muy complicadas por cierto, porque había que hacer vigilancia en la casa ya que se temía que viniese el propietario de algún restaurante y la introdujese en una cacerola para prepararla de las mil maneras que los cocineros saben. Pero todo se resolvió bien, a los pocos días la niña comenzó a sentir dolor en su cola y en su aleta de sirenita, volviendo a tener en su lugar los pies y las piernas.

Aprendiendo la lección de que no podía permanecer tanto tiempo en el agua y que debía por lo menos pasar la mitad del tiempo caminado.

La enfermera que esto me contó me regaló este bolígrafo, bolígrafo que he guardado todos estos años, prometiendo utilizarlo cuando ejerciese de médico. La idea de estudiar medicina se incorporó a mi desde ese día, no fui alumno brillante, pero si he sido un estudiante excelente, estudiaba lo que mis compañeros no estudiaban y mis conocimientos eran muy superiores a los de ellos, los profesores a pesar de ser estúpidamente engreídos, me han tenido siempre en gran estima.

Extendió su brazo hacia mí, ofreciéndome el bolígrafo, has sido tú quien me lo has regalado, dijo.

En mi paso por el servicio de pediatría, tenía yo la costumbre de contar historias a los niños y de regalarles objetos de publicidad que nos dejaban los visitantes médicos.

Un silencio de representación teatral se posó en aquel despacho, no éramos capaces de articular palabra alguna. Yo me sentía ridícula, estúpida y enfadada conmigo misma.

Me levanté, deposité el bolígrafo en el bolsillo de su bata, golpeé con los dedos de mi mano, a decir verdad, con bastante fuerza la parte posterior de su cabeza y me dirigí a la puerta.

- Oí su voz, ¿te vas sirenita?
- Sí, doctor, tengo trabajo que realizar.

Caminaba por el pasillo, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas hasta la comisura de los labios, nunca tan agradables me supieron unas lágrimas.